

Bianca

Venganza inmerecida

Jennie Lucas

Venganza inmerecida
Jennie Lucas

Venganza inmerecida (2008)
Título Original: The Spaniard's defiant virgin (2007)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 1834
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Marcos Ramírez y Tamsin Winter

Argumento:

Había cometido un gran error, aquella mujer era completamente inocente y no merecía su venganza…

En aquel castillo enclavado en los acantilados contra los que rompían las olas, Marcos Ramírez había planeado cuidadosamente su venganza contra la familia Winter. Ahora había llegado el momento de poner en práctica el plan.

Tamsin Winter estaba prometida a otro, pero Marcos se acostaría con ella y destruiría a su familia.

Pero Tamsin resultó no ser la niña rica y mimada que Marcos esperaba. Era una joven hermosa y valiente a la que sería un placer seducir…

Capítulo 1

Tarfaya. Marruecos.

Marcos Ramírez alzó sus prismáticos y miró la limusina cubierta de flores salir de la villa pesquera en medio de un torbellino de pétalos de rosas. Desde donde estaba, la robusta cerca que protegía la villa de las tormentas de arena por un lado y el mar al otro parecía acribillada por agujeros de balas rojas.

Tamsin Winter, por fin. Nunca había dejado de pensar en ella a pesar de los diez años que había permanecido en colegios internos hasta que hacía un año había regresado a Londres. Desde entonces, la joven heredera había aparecido con frecuencia en la prensa del corazón, siempre con un hombre diferente de su brazo.

—El coche está llegando a la posición, patrón —dijo en voz alta Reyes, su jefe de seguridad.

—Sí —Marcos bajó los prismáticos.

Sabía que sus hombres podían secuestrar a la joven Winter sin su supervisión y evitar que llegara a su boda con el jeque, en el norte. Marcos podría haber estado en ese momento tranquilamente en Madrid, tomando café y echando un vistazo a las cifras de los mercados de Londres y Nueva York en lugar de mascando la arena del desierto.

Pero llevaba veinte años soñando con esa venganza, y ese día era la culminación de todo. En cuanto tuviera a la chica, tanto ella como su familia, serían destruidas. Como merecían.

Marcos sonrió. Sólo sentía no poder ver el rostro de su prometido cuando se enterara de la noticia, al maldito canalla.

La limusina salió de la villa, recorrió la carretera cubierta de arena que separaba el Sahara del Atlántico. Se colocó el pasamontañas y le dijo Reyes.

—Vámonos.

Tamsin Winter acababa de vender su virginidad al mejor postor.

Mientras miraba por la ventanilla, sentía como si el caftán de novia, blanco y bordado con plata y pedrería, fuera un sudario. Casi sintió envidia de una arrugada mujer que vendía naranjas en la calle. Vender fruta le parecía un placer en comparación con casarse con un hombre que ya había matado a golpes a otra esposa.

Respiró hondo y cerró los ojos. No importaba, se dijo a sí misma. Dejaría que Aziz al—Maghrib la manoseara con sus dedos carnosos, la besara con el hedor de su asqueroso aliento y tomara su

inocencia con su cuerpo fofo y arrugado. Sería un pequeño precio a pagar si así salvaba a su hermana menor de una vida de miseria.

Pero, hasta hacía tan poco como un mes, había pensado que se enamoraría y se casaría con un hombre al que apreciara. Había soñado con tener una carrera profesional y, algún día, tener hijos. Se había pasado los veintitrés años que tenía soñando con el día en que su vida empezaría de verdad.

Era extraño pensar que ya había terminado.

Salvar a su hermana era la mejor elección que había hecho jamás. Pero, incluso sabiéndolo, una parte de ella sufría por todo el tiempo que había perdido, los romances que nunca tendría, las oportunidades que no aprovecharía. Si hubiera sabido que su vida sería tan corta…

—¡Tamsin! Para quieta. Vas a arrugar el vestido. ¡Oh!, lo estás haciendo a propósito, estúpida.

Tamsin abrió despacio los ojos, pintados con Kohl y miró el odioso rostro de la esposa de su medio hermano. Camila Winter tenía veinte años más que Tamsin y su tensa piel, gracias a la cirugía, dejaba ver la forma del cráneo.

—¿Has pagado la reparación de la cara con el dinero de Nicole, Camila? —preguntó Tamsin con curiosidad—. ¿Por eso estás dejando morir de hambre a una niña de diez años? ¿Para poder parecer una muñeca?

Camila suspiró.

—No temas. Mi hermano domeñará a golpes ese espíritu rebelde —dijo en tono confidencial Hatima, su futura cuñada.

Hatima y Camila constituían su negaffa, las dos parientes mayores que, según la tradición marroquí, se suponía que tenían que ayudar a la novia, darle consejos, aplacar los temores que en ella despertara el matrimonio.

Menuda ayuda, pensó con amargura Tamsin. Bajó la vista, se miró las manos pintadas de henna y las cruzó con cuidado en su regazo. Pero Hatima tenía razón, su marido la golpearía antes o después de acabar con su virginidad. A lo mejor antes y después.

Miró por la ventanilla cuando atravesaron la puerta de la valla que rodeaba la villa. No debería haberse mantenido intacta por amor, pensó. Debería haberse acostado con el primer muchacho que la hubiera besado borracho en una fiesta de la universidad. A lo mejor así no sufriría tanto en ese momento. 6

—¿Qué? ¿Ninguna respuesta ingeniosa? —se mofó Camila—. Ya no eres tan valiente, ¿verdad?

Parpadeó para contener las lágrimas, se moriría antes que llorar

delante de Camila, y miró los barcos de pesca que se movían en la orilla y el vuelo libre de las gaviotas sobre el océano. Aparentemente decepcionadas por su falta de ánimo, las otras dos mujeres empezaron a hablar de algunos sucesos recientes ocurridos en la cercana Laayoune.

—La mujer del *wali* fue secuestrada —susurró Hatima—. A plena luz del día.

—¿En qué se está convirtiendo en mundo? —respondió Camila —. ¿Qué le ha pasado?

El tráfico se redujo mientras viajaban hacia el norte por la costa, pero el coche se movía a veces deprisa y a veces despacio. Tamsin miró al conductor con el ceño fruncido. A pesar del aire acondicionado, sentía la nuca cubierta de sudor.

—El *wali* ha tenido que vender todo lo que tenía para pagar el rescate. La familia está arruinada, por supuesto, pero al menos la mujer ha vuelto.

—¿No le hicieron nada? —preguntó Camila decepcionada.

—No, sólo querían dinero. Era…

La voz de Hatima se convirtió en un grito cuando el chófer dio un volantazo a la derecha y frenó en seco. La limusina dio dos vueltas sobre sí misma antes de empotrarse en una duna.

El conductor abrió su puerta y salió corriendo en dirección a Tarfaya.

—¿Adónde vas? —gritó Camila clavando las largas uñas en la puerta mientras buscaba el picaporte.

La puerta le fue bruscamente arrancada de las manos desde el exterior. Tres hombres con pasamontañas negros y ropa de camuflaje se asomaron al interior del coche gritando algunas órdenes en un idioma que Tamsin no entendió.

La puerta de su lado se abrió y se giró a mirar dando un grito.

Un hombre, más alto que los demás, se inclinó sobre ella. A pesar del pasamontañas, pudo ver una boca cruel y unos ojos grises como el acero que se clavaron en ella como el cañón de un revólver.

—Tamsin Winter —dijo en inglés—. Por fin eres mía.

Sabía su nombre. Un bandido extraño, pensó ella mientras las otras dos mujeres seguían gritando. ¿Por qué sabía cómo se llamaba un bandido del desierto?

¿Habían sido escuchadas sus plegarias y había ido a salvarla?

«No», pensó desesperada, «nadie puede salvarme». Tamsin tenía que casarse con Aziz o su hermana pagaría un alto precio.

¿Qué había dicho Hatima que querían los salteadores? ¿Dinero?

Humedeciéndose los labios, se irguió en el asiento y dijo:

—Soy la prometida de Aziz Ibn Mohamed al—Maghrib —dijo ella—. Tócame un solo pelo de la cabeza y te matará. Devuélveme intacta y te recompensará.

—Ah —en la boca del hombre se dibujó una sonrisa—. ¿Y cómo me recompensará?

Tenía un acento extraño, las vocales llanas de un americano, pero con un punto exótico… las erres de un español. ¿Quién era ese hombre? Era más que un simple bandido. La idea le dio miedo.

—Un millón de euros —dijo Tamsin imprudente.

—Una bonita cifra.

—Serás rico —dijo ella con la esperanza de que el tío de Aziz, quien tenía la fortuna de la familia, accediera apagar.

—Una generosa oferta —dijo el bandolero—, pero, por desgracia, no persigo el dinero.

La agarró de un hombro. Tamsin gritó, dio patadas e intentó arañarle la cara.

—No te resistas —rugió él.

Siguió gritado y dio patadas más fuertes. Uno de sus zapatos salió lanzado y le golpeó en el bajo vientre. Maldiciendo, la agarró de las dos muñecas con una mano, sacó un pañuelo de uno de los bolsillos y le cubrió la boca con él.

¡La estaba narcotizando! Tamsin trató de no respirar, pero después de un minuto, no pudo evitar hacerlo. Sintió un olor dulzón, trató de apartar la cara, pero él hombre no se lo permitió. Volvió a respirar y el horizonte y el desierto empezaron a girar hasta volverse negros.

Tamsin se despertó en un blando lecho. Abrió los ojos despacio. El corazón le latía acelerado. Podía oír sonido de agua, crujido de madera y los gritos de las gaviotas.

De pronto fue consciente de que estaba desnuda.

Se sentó en la cama y apartó las lujosas sábanas de algodón. Sólo llevaba el transparente sujetador y las bragas, su lencería de noche de bodas. Nada más.

—Confío en que haya dormido bien —dijo un guapo extraño desde el umbral de la puerta.

Era alto, de anchos hombros, piel bronceada y pelo negro y corto. Llevaba una camisa blanca y unos pantalones oscuros que ceñían su musculoso cuerpo.

No lo había visto antes, pero reconoció su voz. Y esa boca cruel y sensual; además de los ojos oscuros y fríos.

—¿Dónde estoy? —tenía un recuerdo borroso de un helicóptero y después de las calles de Tánger—. ¿Qué le han hecho a Camila y

Hatima?

Entró al camarote y la miró con ojos malvados.

—Debería estar preocupada por lo que le pueda hacer a usted.

Eso era exactamente en lo que estaba intentando no pensar. Si lo hacía, se pondría a chillar de terror. No sólo por ella sino por Nicole, que seguía en Tarfaya y que dependía de ella.

Tenía que mantener la calma el tiempo suficiente como para pensar en el modo de escapar.

—¿Las han secuestrado también a ellas? —preguntó intentando disimular el temblor en la voz—. ¿Adónde me han llevado? ¿Han mandado alguna nota pidiendo un rescate al jeque?

—No habrá ningún rescate —dijo el hombre cruzando los brazos.

—¿Qué?

Se acercó más a la cama.

—He dejado a las otras en Tarfaya, sólo la buscaba a usted.

—¿A mí? ¿Por qué?

Se limitó a mirarla, su rostro era una hermosa máscara.

—¿Dónde estamos? —volvió a preguntar.

—En mi yate —dijo con un gesto de triunfo en el rostro.

Bueno, sí, eso ya lo sabía. Miró por la ventana. Estaba empezando a ponerse el sol tiñendo el agua de naranja y carmesí. No se veía nada de tierra. Estaban en mar abierto, pensó, nadie podría oír sus gritos.

Si no la había secuestrado para pedir un rescate, entonces ¿para qué? Daba igual lo que dijera de ella la prensa del corazón, no tenía nada de especial. Y su famuja no tenía nada que pudiera querer ese hombre. La empresa de su hermano pendía de un hilo.

—¿Quién es usted? —preguntó en un susurro.

—Su captor. Eso es todo lo que necesita saber.

Tamsin apretó las sábanas para disimular el temblor de las manos. No podía permitirse que viera que estaba asustada. Los matones pretendían mantener el control, inspirar temor. Había aprendido eso de su padre. La única manera de sobrevivir era mostrarse desafiante.

—¿Qué quiere de mí?

El hombre se sentó en el borde de la cama y le acarició la mejilla.

—Es una hermosa mujer, famosa por su poder sobre los hombres. ¿No adivina lo que quiero?

Se estremeció al sentir su tacto. De cerca era incluso más guapo. Oscuro y peligroso, emanaba poder. Si se lo hubiera encontrado en

una discoteca de Londres, se habría sentido atraída por él, incluso fascinada.

¿Podía realmente enfrentarse con un hombre como ése y soñar en ganar?

Agarró aún con más fuerza la sábana como si fuese un escudo. «Nicole», se dijo, «piensa en Nicole».

Había encontrado a su hermana pequeña un mes antes en la fría y oscura mansión de su hermanastro en Yorkshire, sin dinero ni comida, mientras Sheldon y Camila destinaban todos sus fondos a mantener su desenfrenado estilo de vida. Tamsin sintió un escalofrío al recordar el momento de entrar en la oscura casa llamando a gritos a su hermana. Nicole había corrido hacía ella llorando y se había lanzado a sus brazos. Había pensado que Tamsin la había abandonado.

Nunca perdonaría a su medio hermano por aquello. Odiaba a Sheldon, odiaba a Camila, despreciaba a cualquiera que hiciera daño a una persona inocente y desamparada.

Como el hombre que tenia delante en ese momento. Entornó los ojos. No le dejaría evitar que se casara con Aziz.

—Si piensa poseerme, olvídelo —dijo rotundamente— y lléveme de vuelta a Marruecos para que pueda casarme.

El hombre abrió los ojos de par en par y se le notó sorprendido, pero casi tan deprisa como esa expresión había aparecido, se esfumó. Se puso en pie y volvió a parecer tan frío como al principio.

—Ahora puedo entender por qué tiene fama de coqueta.

—Perdóneme sí no conozco el protocolo adecuado para cuando te secuestran el día de tu boda y te despiertas desnuda en el yate de un extraño.

—No está desnuda.

—¿Cómo lo sabe? ¿Me ha quitado usted la ropa?

—No, no he tenido ese placer —dijo, pero antes de que ella se pudiera relajar añadió—. Todavía.

La mirada que le dedicó, podría haber derretido una piedra. Estaba llena de odio, pero también de algo más. Tamsin sintió que le recorría el cuerpo una descarga eléctrica. Se descubrió a sí misma mirándole los labios, preguntándose cómo estaría sin la camisa, cómo sería sentir su cuerpo contra el de ella.

Apartó esas ideas de su cabeza. Lo único que importaba era averiguar la forma de salir de allí. Tenía que proteger a Nicole. Sobre todo porque lo que había pasado. Era culpa de Tamsin. Era cierto que nunca habían estado muy unidas: Tamsin había sido enviada a un internado en los Estados Unidos cuando su hermana

era aún un bebé. Su madre había muerto cuando eran pequeñas y su padre unos pocos años después.

Pero Tamsin nunca debería haber confiado en que Sheldon fuera el cuidador de Nicole. Y mientras había estado en Londres disfrutando por primera vez de la libertad, Sheldon había dilapidado los fideicomisos de sus dos hermanas. Había despedido a la institutriz de Nicole y había dejado sola a la niña.

Tamsin debería haberlo sabido, debería haberla protegido…

—Estamos muy cerca —dijo su guapo y arrogante captor mirando por el ojo de buey.

—¿Dónde?

—En Andalucía, mi hogar.

¡España! Tamsin sintió que le invadía la esperanza. España significaba tierra bajo sus pies, civilización… ¡y libertad! Podía subirse al primer trasbordador que saliera de Algeciras y estar de vuelta en Marruecos para la caída del sol.

El hombre se dio la vuelta bruscamente y la miró, ella bajó los ojos temerosa de que pudiera leerle la mente.

—Dígame, señorita Winter, ¿habla español?

—No —mintió intentando no mostrar ninguna emoción—. ¿Y usted?

—Por supuesto —le dedicó una sonrisa que en absoluto lo era—, pero mi madre era norteamericana. Viví seis años en Boston antes de que muriera. Hablaré en inglés por usted.

—Entonces, explíqueme en inglés, por qué me ha secuestrado.

—¿Ya echa de menos a su prometido? —preguntó frío.

—No… —tartamudeó sintiéndose descubierta—, digo, sí —respiró—. Si lo echo de menos o no, no viene al caso. Prometí casarme con él, así que debo hacerlo. Algunas personas —dijo retadora—, tienen honor.

—Así que reconoce que no lo ama…

—Nunca he dicho eso.

—No, es verdad, pero Aziz al—Maghrib tiene fama de cruel —la miró de un modo que le hizo preguntarse si sería capaz de ver su cuerpo desnudo a través de las sábanas—. ¿Es tan superficial que la riqueza de su tío le hace desear ser su esposa?

No tenía ninguna intención de discutir con ese hombre las causas de su boda.

—Si conoce la reputación de Aziz y aun así me ha secuestrado es que está loco. Lo matará.

El hombre se sentó en la cama. Cerca. Demasiado cerca. Ella deseó alejarse, pero el peso de él impedía que tirara de la sábana.

Nunca había permitido que un hombre la viera en ropa interior y no iba a empezar en ese momento. Sobre todo porque sólo tenerlo cerca estaba provocando en ella extrañas reacciones.

Abrió la boca para exigirle que se apartara, pero sus miradas se encontraron y la mirada de él era oscura, tan oscura… Y tan llena de emociones que era como un océano en el que zambullirse.

Llamarlo guapo no era suficiente, pensó ella. Su rostro quitaba el aliento por su siniestra belleza, lo mismo que su nariz romana y las huesudas mejillas. Los ojos gris oscuro contrastaban con la piel olivácea y el pelo negro. Era tan alto que, incluso sentado a su lado en la cama, tenía que alzar la vista para mirarlo. Tenía los hombros tan anchos y aspecto de ser tan fuerte que, fácilmente, podría hacerse con ella. Podía hacer con ella lo que quisiera. La idea la atemorizó.

Tendió una mano en dirección a ella. Tamsin se preparó para recibir un golpe, pero la acarició.

—He esperado mucho tiempo para esto —su caricia era posesiva, amable, como si ella fuera un caballo salvaje al que había que aplacar—. Toda una vida.

—¿Por qué? —consiguió preguntar ella.

—Por usted.

—¿Por mí? —casi deseó que la hubiese golpeado, habría sabido cómo enfrentarse a ello.

En lugar de eso, lo que hacía era temblar por sus caricias. No le haría falta ni siquiera recurrir a la fuerza, sólo el roce de sus dedos era suficiente para que ella accediera a lo que quisiera, y sólo le había rozado la mejilla. ¿Qué pasaría si le acariciaba un pecho, si la besaba, si la tumbaba en la cama…?

Apartó el rostro.

—¿Por qué me ha secuestrado?

—Botín de guerra —le susurró en el oído—. Y quiero averiguar si la venganza sabe dulce…

Mientras hablaba, ella sentía el roce de los labios en la oreja. Sentía el aliento caliente en el cuello lo que provocaba descargas que le recorrían el cuerpo.

—Por favor —susurró ella tensa y cada vez más caliente.

El hombre pasó la mano por la mejilla, llegó a la sensible oreja, bajó por el cuello. Le echó hacia atrás el pelo dejando expuesta la vulnerable garganta, la boca anhelante. Involuntariamente, ella se humedeció los labios. Durante un instante eterno, los ojos de él siguieron la lengua. Después su boca estaba en la de ella.

Su beso estaba lleno de deseo, exigencia. La lengua invadió su

boca y se enredó con la de ella. Sintiendo que un incendio recorría su cuerpo, Tamsin le pasó los brazos por el cuello y enterró los dedos en el oscuro pelo mientras él profundizaba aún más el beso.

—Las fotos no le hacían justicia —susurró él con los labios en la mejilla—. Los hombres empiezan guerras por mujeres así…

Tamsin notó que se le erizaba el vello de los brazos al bajar la vista se dio cuenta de que la sábana se había caído. Los ojos de él se detuvieron en sus pechos, su vientre, los erectos pezones que asomaban bajo el tejido casi transparente.

Antes de que ella pudiera levantar la sábana, las manos de él estaban sobre la piel desnuda de su cintura tirando de su cuerpo hacia él.

Ella no se resistió. No podía. La besó mientras las grandes manos le recorrían la espalda y ella no podía pensar en otra cosa que no fuera que nadie nunca la había besado así. Estaba perdida y el mundo parecía dar vueltas alrededor como si ella fuera el centro de un torbellino.

Sin pensar, buscó bajo la camisa imitando el modo en que él la tocaba, acarició su vientre, recorrió el musculoso pecho con las yemas de los dedos. Un gemido se escapó de la garganta de él cuando sonó el cierre del sujetador.

Llamaron a la puerta con fuerza.

Se apartó de ella. Respirando aceleradamente, los dos se miraron. Parecía confuso, pensó Tamsin, pero no tanto como ella.

Repentinamente, la expresión de él cambió.

—Es buena —dijo con tono de acusación.

¿Era buena? Como si hubiese sido ella la que lo había seducido.

El hombre fue hasta puerta. Una joven esperaba fuera con los brazos llenos de cosas.

—La ropa de la señorita, patrón —dijo en español y se fue.

Se volvió hacia Tamsin y le lanzó un vestido negro y unos zapatos de tacón.

—Tome. María le quitó el caftán para que estuviera más cómoda en la cama —su voz era casi de desprecio—. Esa ropa le quedará bien.

—¿Se… se va? —tartamudeó ella perdida toda su osadía por el beso.

La miró un momento con el ceño fruncido, después sin decir nada, se volvió hacia la puerta.

—Espere —dijo ella en voz baja intentando retener las lágrimas —. ¿Es eso todo lo que tiene que decirme? Me ha arrastrado desde un coche, llevado secuestrada por el Atlántico, besado ¿y se va a ir

sin una sola palabra de explicación?

El hombre entornó los ojos.

—Muy bien, se la daré —dijo—. ¿Qué quiere saber? ¿Mi nombre? Marcos Ramírez. ¿Qué quiero de usted? Es sencillo, señorita Winter. Trato de destruir a su prometido y a su familia, y usted me va a ayudar a conseguirlo.

Capítulo 2

Quizá debía haber dejado que Reyes secuestrara él solo a la chica después de todo.

Marcos miró a la mujer que estaba sentada a su lado en el Rolls Royce mientras el chófer los llevaba unos cinco kilómetros tierra adentro.

Por fin en silencio. Era un progreso después de las horas que se había pasado pidiendo que la dejara ir para casarse con Aziz. Cuando las peticiones no habían funcionado, había pasado a los insultos y las amenazas. Recordarlo casi le hacía reír. No era uno de sus pretendientes. Sus cambios de humor no lo afectaban.

¿O sí? Una imagen del beso seguía flotando en su memoria. No había querido besarla en el camarote, pero era tan deseable… Y el propio beso…

Apartó esas perturbadoras ideas de su mente. Esa mujer era una coqueta experimentada. Según las revistas, se había acostado con todos los famosos que habían puesto los pies en Londres; lógicamente sabía besar. Eso no cambiaba nada. En todo caso, sólo empeoraba su opinión sobre ella. Sus intentos de parecer inocente, el modo en que se había ruborizado tras simular que se le había caído la sábana… era algo que podría hacer cualquier mujer si así conseguía volver a Marruecos y poder poner las garras en la fortuna de al—Maghrib.

El le había dicho la verdad sobre sus planes de destruir a su familia, y ella no le había preguntado nada. Parecía que su familia podía morirse de hambre mientras ella estuviera cubierta de diamantes y rubíes com0 la honorable esposa del sobrino del jeque.

Sería tan venal como su prometido y tan falta de seso como su medio hermano. Una lástima que también fuera la mujer más hermosa que había visto jamás.

Su belleza no estaba sólo en su piel de porcelana, los rosados labios o los grandes ojos azules. Era algo más. Su encanto estaba en el modo que se movía, como una bailaora de flamenco. Estaba en la forma en que su largo pelo rojo se mecía sobre la palidez de sus hombros. Estaba en el sonido de su voz, profunda y melódica. Estaba en su delgada cintura, las largas piernas, los rotundos pechos. Todo junto hacía lógico que hubiera sido considerada la mujer más deseada de Gran Bretaña. Un hombre menos fuerte que él podría volverse esclavo de su encanto.

La observó mientras, al otro extremo del asiento, miraba por la ventanilla. Cómo iba a disfrutar quebrando su voluntad. Haciéndola gemir y gritar de placer. Sintió que su cuerpo entero se tensaba al pensar en ello.

«¡Maldición!», pensó apretando la mandíbula, consciente de que esa atracción podía poner en peligro su objetivo primordial. Era evidente que era tan susceptible de sucumbir a sus encantos como cualquier otro hombre. Eso lo hacía sentirse airado. No tenía ninguna duda de que podía resistirse a ella, pero sólo haber pensado en llevársela a la cama demostraba lo peligrosa que era.

Mientras el coche se detenía ante las escaleras de un castillo, recorrió sus curvas con la mirada. La veraniega noche andaluza estaba henchida de aroma a jazmín y, tras un gesto a su chófer, se dirigió él a abrirle la puerta.

Ella siguió ignorándolo. Sin decir una palabra, se agarró de su brazo y salió del coche. Subieron las escasas seguidos por Reyes, María y el resto del personal.

Se tropezó al mirar hacia arriba para admirar los almenados muros de la fortaleza del siglo XIV.

—¿Ésta es su casa?

—Sí —respondió él—. Y la suya por unas semanas.

—No me quedaré —dijo ella con expresión de rebeldía—. No puede hacerme esto.

Entre su belleza y su insolencia estaba consiguiendo hacerle perder la paciencia.

—Se quedará todo el tiempo que yo quiera.

Se apartó de él y cruzó los brazos sobre sus deliciosos pechos. Entraron en el castillo. La dejó separarse de él, confiado en que no podría escapar tras cerrar las altas y pesadas puertas. El sonido de los altos tacones reverberó contra los muros de piedra mientras lo seguía mirando sorprendida los impresionantes artesonados de letras árabes y motivos geométricos.

Recordó que ella se había dedicado brevemente a los estudios medievales antes de cambiar a la economía. Por suerte, el recibidor la había impresionado, pensó Marcos sonriente. Ya no estaba en Londres. Era el momento de dejar claro quién estaba al mando allí.

Manteniendo allí a su prisionera, diezmaría económicamente a sus dos enemigos. Sin la boda entre las dos familias, el jeque no vendería a crédito su producción de aceite de argán a Sheldon Winter, quien la necesitaba para relanzar sus beneficios. Los miembros del consejo de Winter International venderían la empresa por partes, y Sheldon se hundiría bajo el peso de sus deudas

personales.

Aziz quedaría incluso peor parado. Sin el regalo de boda de su tío, no podría seguir ocultando su ludopatía. El jeque, un hombre honorable pero estricto, podría desheredarlo, y sus acreedores le romperían las piernas. Un final perfecto, en opinión de Marcos.

Lo único que podría ser incluso más satisfactorio sería que Aziz fuera a España para iniciar una guerra por Tamsin. Después de lo que ese hombre le había hecho a su padre, nada produciría más placer a Marcos que ocuparse de él con sus propias manos. Estaba enfermo de secretos. Enfermo de mentiras. Y, sobre todo, enfermo de esperar. Quería castigar al hombre que había destruido a su familia.

Mientras tanto, permanecería al lado de Tamsin como su prisionera.

Recorrió con la mirada su bonita figura y el rojo pelo cayendo sobre la espalda desnuda. Su piel era tan pálida como el invierno y parecía tan suave como la brisa del verano. Deseaba acariciarla y comprobar si era tan suave como parecía.

Sólo era su prisionera, se dijo, nada más. Apretó la mandíbula y la miró con frialdad.

—Cenará conmigo esta noche.

—Prefiero morirme de hambre —dijo ella apretando los labios.

—Como quiera —se dio la vuelta y se dirigió a su jefe de seguridad—. Reyes, encierra a la señorita Winter en la torre.

—¡No! —gritó ella dando un paso hacia Marcos—. ¡No puede encerrarme!

—Puedo y lo haré —la habitación que le había preparado era lujosa y cómoda y no estaba en la torre, pero no pensaba decírselo —. No me ha dado ninguna razón para querer su compañía.

—He cambiado de opinión —dijo ruborizada y apretando los dientes—. Me encantaría cenar con usted.

«A buenas horas», pensó Marcos. Sus constantes insultos estaban aumentando de intensidad. Se volvió a su ama de llaves que acababa de entrar en el recibidor.

Cenaremos en la sala, Nélida. Es tarde, trae toda la comida junta.

—Sí patrón —respondió ella.

—Te avisaré si te necesito —dijo Marcos a Reyes, y éste se marchó con el resto del equipo de seguridad—. Por aquí —dijo dirigiéndose a Tamsin y ofreciéndole un brazo.

Ella miró el brazo desconfiada. Aceptarlo era evidentemente lo último que deseaba en el mundo, pero, para sorpresa de Marcos, le

sonrió antes de apoyar la pequeña mano en el pliegue del codo. El brillo de su expresión fue tan inesperado que casi se quedó sin aliento.

—Gracias —dijo ella con voz dulce y prometiendo con sus ojos algún misterio femenino.

—Sígame, señorita Winter —dijo él acercándose un poco más.

Ella se echó a reír de un modo puro y cristalino, como una melodía. Le tocó ligeramente el hombro y dijo:

—Si realmente voy a pasar aquí unas semanas, creo que no hace falta tanta formalidad, ¿no le parece? Llámame Tamsin, Marcos.

Al ver aquellos labios pronunciar su nombre, Marcos de pronto sintió hambre por algo más que la cena. En un momento, la princesa de hielo se había convertido en una tentación abrasadora y, a pesar de que no era lo más racional, lo único que deseaba era lanzarse a sus llamas.

Pero, ¿por qué ese cambio d conducta? Seguro que no estaba tan aterrorizada porque la encerrara en la torre.

De pronto lo vio claro: había cambiado de estrategia, en lugar de insultarlo intentaría encandilan0 y convencerlo de que la dejara marchar.

No funcionaría, por supuesto. Lo tomaba por medio tonto si creía que lo iba a engañar con una estrategia tan evidente, pero, cuando ella se acercó balanceando su hermoso cuerpo, pensó que, después de todo, disfrutaría de dejarla intentarlo.

No se sentía tentado por ella, se dijo, sólo era curiosidad por ver hasta dónde podía llegar.

Tamsin se había dado cuenta de que era una estupidez perder el tiempo con insultos.

A diferencia de su pomposo e inconsciente hermano, Marcos Ramírez no picaría su anzuelo tan fácilmente. Era inteligente, ordenado e implacable. Había ido a Marruecos a secuestrarla. Era evidente que había dedicado mucho tiempo y dinero a su venganza contra Aziz y su familia. ¿Y se había creído que la dejaría marchar por ser grosera? Era el momento de pensar un nuevo plan.

Marcos le dedicó una mirada rápida mientras subían las escaleras de piedra en dirección a la sala. El deseo era patente en sus ojos, aunque rápidamente lo disimuló con una sonrisa. Era evidente que pensaba de ella que era superficial, promiscua y con mucha vida social. Y, a juzgar por la ropa que le había dado: un Gucci negro de escote caído, había estado observándola algún tiempo. El vestido era una copia de uno que había llevado en una fiesta muy famosa. Había hecho que las revistas la declararan la

chica del mes de Londres.

Pero en ese momento lo que más deseaba en el mundo era un chándal y unas zapatillas de deporte. Los tacones, por muy bonitos que fueran, no eran lo más apropiado para escalar muros de piedra o escabullirse entre los guardias.

Sí tendría que vérselas con ese desafiante español. Todo lo que tenía que hacer era conseguir que Marcos siguiera pensando que era tal y como la prensa del corazón decía: una coqueta superficial a la que sólo reocupaba la moda y la admiración de los hombres. Tendría que convencerlo de que estaba encantada de permanecer allí en medio de tanto lujo, mientras él evitaba su matrimonio y arruinaba a su familia. Entonces, cuando bajara la guardia y menos se lo esperase, escaparía a Marruecos y evitaría que lo consiguiera.

Sonrió imaginando el gesto de su cara cuando sus planes fueran arruinados por una mujer a la que había subestimado.

—Ya hemos llegado —dijo él cuando llegaron a un amplio comedor.

—Es precioso —dijo ella sonriendo hasta que le dolieron las mejillas.

No era mentira. La arquitectura era de apariencia medieval aunque las paredes estaban cubiertas de modernas obras de arte. Reconoció un Picasso. Los techos eran altos y la larga mesa de oscura madera estaba decorada con una enorme variedad de exóticas flores. Las puertas de un balcón de balaustrada de piedra, estaban abiertas. Tamsin respiró hondo el aroma del jazmín.

Marcos la escoltó hasta un sitio próximo al extremo de la mesa en frente de la ventana abierta. Llevaba la misma camisa blanca y pantalones oscuros del yate y Tamsin captó su fragancia en la brisa. Olía a cálido sol y mar Mediterráneo y a algo más… algo indefinible pero totalmente masculino. Muy diferente de Aziz, que se echaba tanta colonia que costaba respirar a su lado.

El aroma de Marcos, su cuerpo, su voz, todo provocaba en ella una deliciosa tensión. Era… desconcertante. ¿Cómo podía sentirse atraída por él cuando lo que deseaba era romperle un jarrón en la cabeza?

—¿Algo de beber? —preguntó él.

—Sí —dudó un momento—, por favor.

Marcos se acercó al bar que había al fondo del comedor y ella los siguió con la mirada. Caminaba co movimientos lentos y sinuosos, como un león recorriendo la sabana. Se volvió a mirarla. La fuerte mandíbula estaba ligeramente oscurecida por una ligera barba y su pelo era negro y rizado. Con su perfil aquilino y sus

labios carnosos, su rostro era tan perfecto y frío como el de una estatua de Miguel Angel.

Marcos Ramírez era un ángel oscuro, pensó con un estremecimiento. Hermoso, cruel y sin remordimientos.

—El brandy procede de mis propios viñedos —puso la copa de ella en la mesa y se sentó a su lado. Ella dio un salto cuando sintió el roce de su rodilla contra la piel desnuda de la pierna—. ¿Te he sobresaltado?

Tamsin se ruborizó furiosa consigo misma por actuar como la virgen que era. Trató de recomponerse.

—No. Es que tus piernas son muy… grandes.

—Gracias.

Mejor, pensó ella y le tocó una rodilla con la mano.

—Me gustan las piernas fuertes en los hombres. Las manos grandes. Los pies grandes —le dedicó una mirada llena de sentido —. Tan importantes para levantar pesos.

—No sólo tengo fuerza, sino resistencia —apuntó él mirándola por encima de la copa con expresión divertida—. Puedo levantar lo que quieras. Toda la noche.

Flirtear con Marcos era muy distinto que bailar con un pálido conde o tomar una copa con un famoso cabeza en una discoteca de Londres. Marcos era un hombre de una pieza, y muy peligroso. Podía hacer con ella lo que quisiera. Jugar con el era jugar con fuego.

«Puedes hacerlo», se dijo a sí misma, «hacerle pensar que lo deseas. Actuar como la promiscua mujer que cree que eres. Acercarte y besarlo».

Pero no pudo. Era demasiado poderoso, demasiado masculino, tenía demasiado autocontrol. Y eso le hacía perder los nervios.

Se llevó la copa a los labios y dio un sorbo, pero la fuerza del licor le hizo toser.

—Cuidado —dijo él dándole una palmada en la espalda—. ¿Falta de experiencia con el brandy?

Se sentía falta de experiencia y no sólo con el brandy.

—Tenía sed —respondió ella sin darle importancia.

—Sí, ya lo veo —los grises ojos brillaron—. ¿También tienes hambre?

—Mucha —dio otro sorbo con más cuidado esa vez—. Por cierto, debo darte las gracias.

—¿Por qué? —la miró desconfiado.

—Por secuestrarme —dijo ella mirándolo con admiración—. Por salvarme de Aziz.

—¿Salvarte? Estabas tan desesperada por casarte con él que querías saltar al mar y volver nadando a Marruecos.

—Eso era sólo porque estaba asustada. No sabía qué querías hacerme, pero nunca he querido casarme con Aziz, nunca. Me hubiera tenido en medio del desierto a miles de kilómetros de las tiendas, las discotecas, Harrods, todo —se estremeció—. ¿Qué clase de vida para una chica es ésa?

—¡Qué lástima! —dijo él—. Tienes razón, hubiera sido una tragedia.

«La única tragedia es lo fácil que te estás creyendo esto», pensó ella.

—No soy tu enemiga, Marcos —dijo apoyándole una mano en la de él—. No siento ningún amor por mi hermano o por Aziz. A lo mejor podríamos… ayudarnos uno a otro.

—¿Qué tienes en la cabeza? —preguntó mirándole la mano.

Marcos miró la boca y ella se humedeció los labios De nuevo Tamsin tuvo la sensación de no estar a la altura, de estar perdiendo la cabeza. No podía manipular a un hombre como ése.

Se bebió lo que le quedaba en la copa, la dejó en la mesa y lo miró con una sonrisa.

—¿Me echas un poco más de brandy? —dejó escapar una risita tonta—. Mi cabeza está empezando a girar de un modo muy agradable.

Sin decir ni una palabra, Marcos tomó la copa y cerró el comedor. Ella lo miró con los ojos entornados, pero en el momento que él se dio la vuelta para mirarla, sonrió afectada.

—Dime cuáles son tus planes y te diré cómo puedo ayudarte — se tocó la cabeza con las manos y bostezó completamente consciente de que ese gesto levantaría sus pechos hasta el borde del escote—. Sigo sin entender por qué crees que raptarme haría daño a Aziz y a mi hermano.

Marcos siguió con la mirada el movimiento de los rotundos pechos.

—Sé que les dolerá.

—¿Pero por qué quieres hacernos daño?

—A ti no, querida, a ellos.

—¿Por qué quieres hacerles daño?

—Ya te irás enterando —dijo él encogiéndose de hombros.

«Canalla egoísta», pensó irritada porque no le contara más «No permitiré que arruines la vida de Nicole por tu estúpido deseo de venganza».

Tamsin ya había visto bastante ruina en la vida, esencialmente

en el caso de su padre. Había muerto de una apoplejía, sin amigos Y sin una sola queja. Y Tamsin se había sentido muy aliviada de que ya nadie pudiera hacerle daño.

—Aquí tienes —dijo Marcos volviendo a dejar la copa en la mesa.

—Gracias —cruzó las piernas mostrando gran parte de ellas y dejando caer de modo accidental uno de sus zapatos.

Se inclinó a ponérselo para ofrecerle una mejor visión del escote. Cuándo volvió a incorporarse, él la estaba mirando como un lobo hambriento mira a un cordero.

A lo mejor su estrategia estaba funcionando demasiado bien, pensó mientras él paseaba por detrás de ella. Podía sentir el calor que él desprendía y casi dio un salto cuando sintió unas manos en sus hombros desnudos. No había esperado que sus propios sentidos tuvieran una reacción tan fuerte.

—¿Qué haces? —preguntó con voz temblorosa.

La miró sonriendo mientras le apartaba el pelo con suavidad.

—Has tenido un día difícil, pero tenemos toda la noche por delante. Para comer. Beber… Disfrutar.

Sintió que el corazón le daba un vuelco mientras él seguía con el masaje en los hombros. Cada vez sus manos bajaban un poco más por su espalda desnuda, deteniéndose en los tensos músculos de debajo de los omóplatos. Cerró los ojos incapaz de resistirse a la tentación de recostarse.

—¡Qué belleza! —susurró él mientras recorría con los dedos la línea que iba de los hombros al cuello—. Eres tan hermosa.

—No soy yo —jadeó ella—. Es el vestido.

—Es la mujer que lleva el vestido —se inclinó hacia delante, la rodeó con un brazo—. A lo mejor tienes razón, a lo mejor podríamos ayudarnos el uno al otro.

—Cuéntame tus planes —dijo casi sin poder creer que lo estuviera consiguiendo engañar— y te diré cómo puedo ayudarte.

—A lo mejor —dijo acariciándole los brazos y sonriendo de modo enigmático—. Ya veremos.

¡Estaba funcionando! ¡Creía que podía confiar en ella! Pero, justo cuando empezaba a pensar que podía ganar, apareció el ama de llaves y dos camareros con la cena. Para su irritación, Marcos se separó de ella y se sentó en su silla.

—Traigo todos los platos de una vez, como me pidió —dijo el ama de llaves en español dedicando una extraña mirada a Tamsin, eso la desconcertó.

¿Por qué no le gustaba al ama de llaves?

—Para su cena romántica —añadió el ama agria.

—Gracias, Nélida —respondió Marcos también en español—. Nos arreglaremos solos.

La rolliza mujer de mediana edad pareció complacida.

—Ha pasado hambre, eso seguro. Vive de cafés y tapas y se olvida de comer bien. Siempre pierde peso en Madrid.

—Pero siempre vuelvo para que tú puedas engordarme. Buenas noches, Nélida.

—No creo gustarle a tu ama de llaves —dijo Tamsin cuando la mujer se hubo marchado.

—No es nada personal —dijo él untando mantequilla en una rebanada de pan—. Nélida era mi cuidadora cuando era pequeño. Está chapada a la antigua y es posesiva. No aprueba a las mujeres ligeras…

Tamsin se sintió indignada. Miró su plato.

—¿Qué es esto?

—Salmorejo: tomate triturado, espesado con pan duro y huevo cocido y jamón.

Lo miró dubitativa, pero finalmente tomó una cucharada. Estaba frío, pero delicioso.

—Sabe como el gazpacho.

—Sí.

—¿Y esto?

—Pato a la Sevillana: pato al horno con cebolla, puerro y zanahorias y un toque de jerez. Es la especialidad de Nélida.

Tamsin lo probó y se dio cuenta de varias cosas: primera, que se moría de hambre; y segunda, que si estaba mucho tiempo allí prisionera, también pondría unos kilos.

Eso si Nélida no decidía envenenarla por ser ligera. Frunció el ceño.

—¿Te gusta? —la miró de un modo que pareció que le estaba preguntando otra cosa.

«A lo mejor realmente soy tan estúpida y superficial como él cree», consideró Tamsin sonriendo. ¿Por qué si no iba a sentirse atraída por un hombre tan frío y cruel?

Se obligó a dedicar su atención a la cena.

—Está delicioso —respondió y comió más deprisa—. Tu ama de llaves es un tesoro.

La siguiente hora la pasó batiendo las pestañas y sonriendo, tratando con todas sus fuerzas de conseguir que le dijera por qué la había secuestrado, conocer sus planes, saber qué habían hecho su hermano y Aziz para que deseara vengarse de ese modo. Pero él

habló poco y no reveló nada. Era como hablar con un muro.

Lo siguió intentando desesperadamente, probando cualquier tema de conversación que pudiera hacer que él se abriera… viajes, negocios, incluso fútbol finalmente, desistió. Nunca se había encontrado con un hombre tan desesperante.

«Bien», pensó resentida, «si así es como quieres que sea, veamos qué te gusta». Se terminó la cena en absoluto silencio.

Eso no pareció importarle lo más mínimo.

—Tenías hambre —observó Marcos cuando hubo dejado el plato vacío.

—Es algo que se produce cuando te secuestran —murmuró y después soltó una carcajada como si fuera un chiste.

—¿Quieres más pato? ¿Algo de postre?

Era más de lo que habían hablado en toda la cena, pero si comía más reventaría dentro del estrecho vestido. Otra razón más para desear llevar un chándal.

—Gracias, pero no. Aunque sí hay algo que quiero.

—¿Tu libertad y un vuelo a Marruecos? —preguntó él alzando una ceja.

Volvió a reírse nerviosa, dado que eso era exactamente lo que quería. Pero no se lo iba a poner tan fácil. Negó con la cabeza, se cruzó de brazos y se apoyó en la mesa intentando fingir una mirada de sinceridad.

—Sólo quiero saber qué hicieron mi hermano y Aziz para enfadarte tanto.

Por un momento pareció que se lo iba a decir, después alzó una mano.

—Vamos fuera a admirar la vista.

Reacia, dejó encima de la mesa la servilleta y se dirigió a la puerta del balcón.

—Se puede ver todo el valle hasta el mar —dijo Marcos—. ¿Ves esas luces? Ese es el Puerto de las Estrellas.

El pueblo era famoso por sus contrabandistas, piratas y ladrones.

—Parece que aún lo es —murmuró ella.

—A lo mejor sí —bajó la oscura mirada—, ahora que estás aquí. Los Winter son mentirosos y ladrones y tu prometido es peor.

Se mordió la lengua para no responder, dado que eso no ayudaría a su causa. Además… bueno, esa acusación era cierta.

Sheldon había mentido sobre muchas cosas. Particularmente cuando había prometido hacerse cargo de Nicole. Y, aunque no conocía a Aziz muy bien, estaba bastante segura de que tenía una amante y pensaba seguirla teniendo después de casarse. Además

estaba ese pequeño asuntó del asesinato de su primera esposa.

Mientras estaban en el balcón de piedra, una fría brisa recorrió el valle, haciendo que Tamsin se estremeciera en su vestido de fiesta. Sin una duda, él la rodeó con su brazo.

—Estoy contento de que estés aquí conmigo —dijo Marcos con suavidad.

Tamsin, involuntariamente, se recostó contra él. A lo mejor lo había juzgado mal, pensó de pronto. Por lo que sabía, tenía buenas razones para odiar a su familia. Su hermano y su prometido habían hecho bastantes enemigos, incluso ella los despreciaba. A lo mejor tratar de engañarlo y escaparse era un error. Quizá si le contaba a Marcos la verdad sobre por qué estaba obligada a casarse con Aziz, podría ayudarla…

—Eres la espoleta de mi granada —le dijo él con una sonrisa—. Sin ti, no podría destruir a tu hermano ni a alMaghrib tan fácilmente.

Estaba intentando que ella picara el anzuelo. Tamsin se mantuvo inexpresiva, pero por dentro estaba temblando. Quería darle una patada, patearse ella misma por pensar bien de él.

¿Qué tenía ese hombre que lo hacía tan atractivo? Era tan despiadado como el mar. La oscuridad de sus hermosos ojos tenía una poderosa resaca que la atraía hacia sus profundidades.

—¿Menos frío? —preguntó él.

—Sí —dijo ella mirándolo.

La luna estaba cubierta por unas nubes grises, la única luz que había era la que salía del salón y hacía que alrededor de la cabeza de Marcos se formara una especie de halo dejando su rostro en sombra.

Angel oscuro, pensó de nuevo.

—El aire freso sube desde el Atlántico por la noche —dijo él mirándola fijamente.

Desde esa altura, Tamsin pensó que podía ver un atisbo de la luna sobre el distante océano. Algo cuadrado y duro le rozó en la cadera y bajó la vista para mirar. Vio un destello plateado en el bolsillo de Marcos: ¡su teléfono móvil!

Si pudiera hacerse con él, podría llamar a Aziz. Podría recogerla con el helicóptero de su tío. O podría llamar a Bianca o a Daisy, sus dos mejores amigas. La acaudalada familia de Bianca tenía aviones privados. Tanto con el helicóptero como con los aviones, podría estar esa misma noche en Marruecos. Tenía que conseguir quitarle el teléfono. ¿Pero cómo?

«Bésalo», le dijo una voz interior. Si él la rodeaba con sus brazos,

ella podría sacarle el teléfono del bolsillo. Podría ocultarlo bajo el vestido y luego inventar una excusa para marcharse un momento. Así podría llamar. Era un plan perfecto.

Una lástima que no estuviera segura de poderlo llevar a cabo.

¿Besar a Marcos? Se humedeció los labios nerviosa. Estaba acostumbrada a que la besaran, no a besar ella. Y Marcos parecía la clase de hombre de gran experiencia. No como ella.

Se obligó a tomarle la mano.

—¿Qué te han hecho Aziz y mi hermano?

Él no la rechazó.

—¿Por qué sigues preguntándome? ¿Tanto te importa?

—Me importa porque yo también los odio. Son diabólicos. No sólo conmigo, sino también con alguien a quien quiero.

«Bésame», pensó acercándose más a él a la luz de la luna y casi empezando a olvidarse de por qué hacía eso. Sólo podía pensar en que los dos odiaban a los mismos hombres que quería que Marcos la besara.

Lentamente dejó caer la mano por el pecho. Notó los músculos bajo el lino almidonado, apreciar el latido del corazón.

—Dime —dijo en un susurro—. Dime qué te hicieron y qué piensas hacerles para vengarte.

Le agarró la mano y la miró con ojos feroces, salvajes.

«Bésame». Dio un paso y apoyó el cuerpo en el de él. Alzó la vista. Era mucho más alto que ella, pero en ese momento, mientras lo miraba desde abajo, se dio cuenta de que había perdido el miedo.

—No estás solo, Marcos —apoyó la mejilla en la de él y le rozó una oreja con los labios mientras decía—. Déjame ayudarte…

Lo oyó inspirar de pronto. Se echó hacia atrás para separarse de ella.

—No funcionará —dijo él con voz ronca.

—¿Por qué no? —preguntó ella aturdida por el súbito deseo, como si todo lo que pudiera pensar fuera en que él la besara.

—¿De verdad te crees que con coquetear y soltarte el pelo vas a conseguir alterarme lo bastante como para que te deje escapar?

Tamsin se ruborizó. Se había dado cuenta. Sabía que estaba tratando de engañarlo.

—No, yo…

—No soy tan estúpido. No dejaré que te vayas sólo por cuatro besos de nada.

¿Qué le estaba intentando decir? Conmocionada, lo miró a los ojos, pero no tuvo tiempo de sentirse humillada, no tuvo tiempo de pensar. Estaba desesperada, lo bastante desesperada como para

ofrecer cualquier cosa… Respiró hondo.

—¿Qué pasa si te ofrezco algo más que cuatro besos?

—¿Te refieres a tu cuerpo? —aparentemente sugerir algo así no lo había alterado lo más mínimo—. Si te quisiera, podría seducirte. Fácilmente.

—¡Eso no es verdad! —dijo ella con un jadeo. Herida.

—Los dos lo sabemos.

Tamsin apretó los dientes. A lo mejor era cierto, que en su inexperiencia, hubiera revelado que lo deseaba, pero hubiera muerto antes de reconocerlo.

—Para tu información, me he resistido a hombres mucho mejores que tú. Más guapos. Más ricos. Más inteligentes.

—¿Sí? —dijo él finalmente, pasándole la mano por debajo de la barbilla y alzándole el rostro para que lo mirara—. ¿Así que me estás diciendo que si te besara ahora, no sentirías nada?

—Nada de nada —dijo ella desafiante.

—¿De verdad? —la rodeó con sus brazos, despacio, bajó la boca y se detuvo cuando sus labios estaban a un milímetro de los de ella —. ¿Así que esto te deja fría? Podía sentir su aliento, oler el brandy dulzón. Sus labios se hincharon como buscando los de él.

—Completamente.

—¿Y esto?

La abrazó y mientras la besaba, Tamsin sintió que la sangre le hervía y su cuerpo ardía. El esqueleto se le ablandó. Una voz en su interior le gritaba qué se suponía que tenía que hacer mientras él la besaba.

Sintió las manos de él acariciándole la espalda desnuda mientras la aprisionaba entre la balaustrada y su cuerpo. Sus labios seguían besándola y ella suspiró. Quería algo. ¿Qué era? ¿Apretar aún más su cuerpo contra el de él? ¿Rodear su cintura con las piernas? ¿Dejar que le hiciera el amor y descubrir el secreto que la mayor parte de las mujeres de su edad ya conocían?

Se sentía aturdida entre sus brazos. Tratando de sostenerse, pasó la mano por la cadera de él. Notó el pequeño rectángulo del móvil en su bolsillo y de pronto su plan volvió a llenarle la cabeza.

Su móvil.

«Después», pensó confusa. Tendría mucho tiempo después, después de que la hubiera llenado de besos…

Pero entonces recordó el rostro de Nicole, demacrada y hambrienta, como la última vez que la había visto. Odiaba a Marcos por su fría arrogancia, por secuestrarla, por mantenerla cautiva.

¿Entonces por qué era tan difícil dejar de besarlo?

Se llenó de valor y se obligó a deslizar la mano en el bolsillo y sacar el teléfono. Lo ocultó en la palma de la mano y se separó de él. Lo miró a los ojos y mintió:

—No siento nada.

Marcos parpadeó y con voz ronca replicó:

—Estás mintiendo.

—Soy una Winter —dijo ella—, como tú has dicho.

—Una mentirosa y una ladrona —dio un paso hacia atrás—. A lo mejor deberías encerrarme en la torre.

—Quizá debería —murmuró pasándose la mano por el pelo.

Tamsin se dio la vuelta para marcharse. Por un momento, pensó que realmente le iba a dejar irse, pero entonces la agarró de la mano en la que ocultaba el móvil y la hizo girar y apoyarse en la balaustrada.

—Espera.

—¿Qué? —el corazón se le salía del pecho, en cualquier momento iba a descubrir que escondía el teléfono.

Se inclinó sobre ella y le dijo al oído:

—Tengo que decir, después de todo lo que he oído sobre tus artes de seducción, que estoy decepcionado. Ha sido un intento de lo más burdo.

Su insulto le hizo vibrar de indignación y de rabia.

—¡Has sido tú quien me ha besado!

Marcos soltó una carcajada.

—Sólo quería ver hasta dónde podías llegar. Ahora lo sé. Has demostrado mi punto de vista: te meterás en mi cama a la mínima provocación. Así que, por favor, no trates de tentarme con tu cuerpo de nuevo —esbozó una sonrisa—. Puedo conseguirlo gratis.

Tenía que salir de allí antes de que la provocara lo bastante como para decir algo de lo que luego se arrepentiría. Con el móvil aún oculto, se soltó la mano. Apretando el puño contra la tela del vestido dijo furiosa:

—Preferiría estar encerrada en la torre que pasar un minuto más contigo.

—Muy bien —rugió él—. Me pone enfermo ver… —de pronto se detuvo y le agarró la mano—. ¿Qué escondes en la mano?

—Nada.

—¿Nada? —le abrió los dedos y apareció el teléfono. Con una carcajada, se lo quitó de la mano—. Vaya con la astuta fulana —la miró sorprendido—. Eres incluso más lista de lo que pensaba.

¿Lista? Se sentía mareada. Había perdido. Casi la había matado reír y coquetear toda la noche con esa bestia sin corazón, pero lo

había logrado. Todo para nada.

Pero no podía permitir que se diera cuenta de su angustia. Ignorando el nudo que sentía en la garganta, alzó la barbilla y lo miró directamente.

—¿Por qué sino iba a besarte? Sólo con que estés cerca se me eriza la piel.

Marcos le dedicó una sonrisa divertida, pero en sus ojos había rabia y algo más… ¿amargura?

—Y pensar que casi me he creído tu actuación… «Me importa, Marcos» —la imitó—. «No estás solo, Marcos». Realmente eres una Winters, una mentirosa y una ladrona. Casi he llegado a creer que realmente odiabas a Aziz.

—¡En eso no mentía! —gritó ella.

—Sí, lo odias tanto que no puedes esperar para lanzarte a su cama; después de salir de la mía. Dime, ¿te cuesta mucho verte con tus amantes en orden? Acostarse con tantos hombres cada día debe hacer difícil llevar la cuenta. ¿Das citas o simplemente hacen cola en la puerta de tu dormitorio?

Con un gemido, alzó la mano y abofeteó el rostro de Marcos.

Capítulo 3

Marcos se tocó la mejilla. Se lo merecía, supuso.

Pero, maldición, había jugado con él como con un muñeco. Y él había caído. Besarla había sido embriagador. Debería haberlo esperado tras el beso del yate, pero se había creído que era un fuera de serie. Había pensado que podría mantener el control. Se había equivocado.

—Me debes una disculpa —dijo ella.

—No te debo nada.

—No soy la fulana que tú te crees.

Marcos simuló una risa contenida.

—De acuerdo —dijo ella en tono cansado—. Salía con un montón de hombres en Londres. Por primera vez en mi vida no estaba bajo el control de nadie y podía hacer lo que me viniera en gana. No me importaba lo que eso significara para mi reputación. Salía todas las noches, pero nunca me he enamorado de ninguno de los hombres con los que he salido. Y nunca…

—¿Nunca qué?

—Olvídalo —dijo dándose la vuelta.

Su rostro parecía tan triste, que Marcos se acercó un poco más a ella. Se sintió impelido a reconfortarla. Y, sobre todo, a volverla a besar.

«¿No tendrán fin los trucos de esta mujer?», pensó, «¿no tiene vergüenza?»

Furioso, abrió el móvil.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—Algo que debería haber hecho hace horas. Llamar a tu hermano y a Aziz para hacerles saber que te tengo —apretó la mandíbula y la miró—. ¿A quién debería llamar primero?

—¡A ninguno!

—¿A ninguno? Me sorprendes. Cualquier mujer normal estaría deseando llamar a su familia y amigos, aunque sólo fuera con la esperanza de que la rescaten.

—Quiero que me rescaten, solo es que… —se mordió el labio.

—¿Sí? —apoyó un dedo en el dial del móvil.

—Tengo miedo de que no me rescaten.

—¿Crees que les da igual que te hayan secuestrado? Eres la prometida de Aziz. Medio hermana de Sheldon. En último caso les preocupará perder su negocio…

—¿Sabes algo de eso? —preguntó ella con los ojos muy abiertos.

—Por supuesto —dijo Marcos impaciente—. Sin la boda no habrá acuerdo. Winters International se venderá por partes por menos de lo que vale y tanto Aziz como Sheldon estarán en la ruina.

—Así que me has secuestrado por eso —dijo ella con suavidad.

Irritado consigo mismo por haber hablado demasiado, apretó la mandíbula y la miró.

—Pero si Sheldon convence al jeque de que cierre el trato aunque no haya boda, tu plan habrá fracasado —musitó ella y después respiró hondo—. O si Aziz encuentra a otra con la que casarse.

—¿No sería eso un sueño para ti? —preguntó Marcos alzando un ceja—. Sinceramente, no puedes querer casarte con Aziz. Eres inteligente y sabes la vida que te espera con él.

—Pero necesito que él me necesite. ¡Es mí única moneda de cambio!

—¿Moneda de cambio para qué?

Lo miró con una expresión que Marcos no había visto antes en sus ojos azul profundo.

—Por favor, Marcos, deja que sea yo quien llame a Aziz.

—¿Por qué?

—El y yo apenas nos conocemos, pero estoy segura de que tiene una amante. He visto cosas en su habitación, oído llamadas de teléfono que él no quería que oyera —tragó saliva—. ¿Qué pasa si yo no me presento a la boda y simplemente decide casarse con su amante?

—Mis detectives no han encontrado pruebas de que tenga una amante. Sólo ha estado contigo, Camila y su hermana.

—Tiene una amante. Sé que tengo razón —dijo con gesto testarudo.

—Aunque fuera así, dudo de que el jeque encuentre a una fulana de clase baja aceptable para esposa de su sobrino —dijo con una sonrisa sardónica—. Mejorando lo presente, por supuesto.

Tamsin apretó los labios y apoyó las manos en la balaustrada.

—Insúltame todo lo que quieras, pero deja que llame a Aziz. Piensa en lo devastadora que puede ser la llamada —añadió en tono de negociación—. Puedo parecer asustada, llorosa, lo que tú quieras. Puedo decir que me has maltratado y rogarle que me salve.

—¿Qué persigues realmente? —exigió él—. ¿Cuál es tu objetivo esta vez… darle datos sobre nuestra localización?

—Si es eso lo que temes, lo llamaré delante de ti —dijo ella—. No diré nada que no quieras que diga.

—No entiendo —dijo sacudiendo la cabeza incrédulo —¿Por qué estás tan desesperada por casarte con un hombre a quien dices que odias?

—Tengo mis razones —se humedeció los labios—. Y no pienso compartirlas. Lo mismo que haces tú.

—Entonces no puedo confiar en ti —empezó a marcar el número de Aziz, un número que involuntariamente había memorizado hacía mucho tiempo—. He esperado demasiado…

De pronto Tamsin le arrancó el teléfono de la mano y lo lanzó al vacío. Los dos lo miraron volar en la oscuridad y desaparecer entre las palmeras que había más abajo.

Alzó la cara y lo miró. Tenía los ojos muy abiertos, pero debajo de su miedo, parecía firmemente decidida.

Marcos se dio cuenta de que había cometido un gran error pensando que Tamsin Winter era una coqueta sin cerebro. La había subestimado. Y mientras él pensaba que estaba manteniendo el control, ella lo había estado manejando a su antojo. ¿Cuál era su objetivo?

Ninguna mujer lo había intrigado tanto jamás… o vuelto tan loco.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó con calma.

Ella soltó una carcajada fingida.

—¿No quieres llamar hasta después de las nueve? Piensa en la factura…

La agarró de los hombros y ella lanzó un grito.

—¿Por qué has tirado mi teléfono?

—¡Me haces daño!

—Dímelo.

—¡Sólo quiero ser yo la que hable con él! —gritó—. Puede casarse con cualquier otra. Tengo que convencerlo de que soy la única a la que quiere, o sí no mi hermano no…

—¿No qué?

—Amo a Aziz, ¿de acuerdo? Lo amo, lo echo de menos. ¡Necesito hablar con él!

—¡Mentirosa! Amor es lo único que no sientes Por Aziz —apretó los labios—. Estás fingiendo. Y llevas haciéndolo toda la noche.

—No he…

—¿Qué pretendes? ¿Encontrar la forma de hablar con tu hermano? —la zarandeó—. ¿Sabe Winter que estás aquí? Respóndeme, maldita sea, o te juro que…

—¡Por favor, no! —gritó ella cubriéndose la cara con las manos.

La miró. Estaba temblando. Estaba tan pálida como la nieve.

Se dio cuenta de que había creído que iba a pegarle. Eso lo conmocionó tanto que la soltó.

—Madre de Dios, Tamsin. No voy a hacerte daño.

—Olvídame —respondió abrumada.

Marcos le levantó la barbilla con suavidad, pero ella giró la cabeza para no mirarlo a los ojos. Al iluminar su rostro la luz proveniente del comedor vio una magulladura desvaída en la mejilla izquierda.

—¿Quién te ha pegado? —preguntó en voz baja—. ¿Aziz?

—No —susurró ella—. Aziz no.

Marcos de pronto lo vio claro.

—Tu hermano —dijo severo—. Winter te ha hecho eso. Tamsin apretó los labios y cuando, finalmente, alzó los ojos azules, estaban inundados de lágrimas.

—Mi padre solía pegarme continuamente. Al menos Sheldon sólo me ha dado una bofetada una vez —con una risa nerviosa se cruzó de brazos—. Traté de escapar con mi hermana. Ni siquiera pudimos salir de Tánger antes de que nos encontrara. Por eso nos llevó a Tarfaya, con el Sahara a un lado y el mar a otro, sabía que no podía huir antes de la boda.

—¿Por qué trataste de escapa?

No respondió.

—¿Para evitar casarte con Aziz? —la cabeza le daba vueltas, nada de todo aquello tenía sentido—. Si el matrimonio es en contra de tu voluntad, ¿por qué quieres tan desesperadamente que se celebre?

—¿Por qué debería confiar en ti? —cortó ella—. Me has secuestrado. Quieres destruir a mi familia. ¡No voy a decirte nada!

—La boda está cancelada. No permitiré que tu hermano o Aziz te vuelvan a hacer daño.

Tamsin apartó la mirada de nuevo.

—No es en contra de mi voluntad. La semana pasada… Cambié de opinión sobre Aziz. No me importa casarme con él. Yo… quiero.

—Quieres.

—Sí.

Estaba mintiendo. Lo notaba por su postura, por el modo en que temblaba en la cálida noche.

—Pero Aziz ya ha estado casado una vez —presionó Marcos acercándose a ella para poder verle la cara—. Mató a golpes a su mujer.

—Fue un accidente —se humedeció los resecos labios—. La patearon los caballos en el desierto.

—Ah, sí, un accidente —su tono era ácido—. También será un accidente cuando te suceda a ti —la oyó respirar sobresaltada de pronto, pero siguió sin piedad—. ¿No te preocupa que tu hermana crezca sin ti? ¿Realmente estás tan ansiosa por morir?

Vio cómo le temblaban las piernas y se le doblaban las rodillas. En un movimiento rápido, Marcos empujó una silla debajo de ella. Tamsin se dejó caer. Parecía frágil y desconcertada. Fue por un brandy al comedor y se lo puso en la mano.

—Bébetelo.

—No.

—Bébetelo —ordenó.

Dio un largo trago, después respiró con un jadeo.

—Es como fuego.

Acercó otra silla y se sentó a su lado. Durante un instante ninguno de los dos dijo nada.

—¿Por qué de pronto quieres parecer agradable conmigo? —preguntó finalmente ella en tono tranquilo.

La pregunta casi le hizo reír. En toda su vida nadie lo había acusado de ser agradable. Se encogió de hombros.

—Eres mi invitada.

—Pero quieres destruirme.

—A tu familia.

—Eso me incluye a mí.

Apretó la mandíbula y miró a la oscuridad. Era cierto que había pensado que su venganza alcanzase a Tamsin y a su hermana lo mismo que a Sheldon. Aunque las hermanas no habían estado implicadas en la ruina de la familia de Marcos, en el caso de la hermana pequeña ni siquiera había nacido, las odiaba. Las odiaba por haber tenido todo lo que él había perdido: seguridad, hogar, dinero, familia…

La familia sobre todo. Apretó los puños recordando sus últimas vacaciones. Su hermano Diego, siempre tan serio y estudioso, había corrido por la playa intentando hacer volar una cometa. No lo conseguía, pero lo seguía intentando.

—¿Por qué no puedes ser como tu hermano pequeño? —había dicho su madre a Marcos que utilizaba su cometa como blanco de las piedras.

Después lo había besado en la mejilla con calidez en sus ojos castaños, como si quisiera demostrarle que lo quería aunque fuera un imprudente medio salvaje.

Pero al día siguiente los ojos de su madre estaban enrojecidos de tanto llorar. Y un día más tarde toda su familia había muerto.

Marcos apartó esos recuerdos de su mente. Había recuperado casi todo lo que le habían robado. Gracias a su empresa de capital riesgo, tenía seguridad y riqueza. Tenía un piso en Madrid, un apartamento en Nueva York, una estancia en Argentina. Tenía un avión privado un Aston Martin, un Lamborghini, una Ducati. Tenía las amantes que quisiera. Tenía todo lo que un hombre podía desear.

Pero no importaba cuánto dinero gastara, la sensación de vacío nunca lo abandonaba. Su única esperanza era que la venganza consiguiera que los fantasmas desaparecieran.

Miró a la chica que tenía sentada a su lado. Su hermoso rostro estaba pálido por el sufrimiento. Ya no podía ver la marca en la mejilla, pero esa contusión había echado todo a perder. Su objetivo era una orgullosa y malcriada heredera que merecía un escarmiento, no una muchacha que había sido maltratada, herida y prácticamente forzada a casarse.

A menos que aquélla fuera la última de todas sus mentiras. Apretó la mandíbula.

—No te haré daño, Tamsin —dijo con frialdad.

—¿Cómo puedes decir eso? Ya me estás haciendo daño.

—Si te refieres a impedir que te cases con Aziz, entonces es verdad. No voy a permitirlo. Jamás. Así que deja de intentar convencerme de que te deje marchar.

—No puedo.

—¿Por qué? —sacudió la cabeza frustrado—. ¿Porque lo odias? ¿O porque lo amas? Me has dicho las dos cosas. ¿Cuál es mentira?

Tamsin miró las piedras de la balaustrada.

—La única persona a la que quiero es a mi hermana pequeña. Nunca he conocido a nadie como ella. Recoge animales heridos y trata de curarlos. Cuando tiene dinero se lo da a las personas sin techo que encuentra por la calle —lo miró—. Se merece una familia mejor que nosotros, pero yo soy todo lo que tiene.

Diego también había querido a los animales. Los recuerdos de su hermano menor acudieron a su mente con tanta fuerza que Marcos apenas podía respirar. Recordó cómo había pasado un año entero intentando convencer a sus padres de que debían tener un perro. Había argumentado tanto, leído tantos libros sobre cuidado de perros, que sus padres finalmente habían accedido. Una semana antes de que Diego cumpliera diez años, sus padres habían compartido con él el secreto de que le regalarían un perro en cuanto volvieran a España.

Pero Diego no había vivido para tener el perro. Había muerto

con sus padres en un accidente en una autopista cerca de Londres. Marcos después se enteró de que su hermano había sobrevivido una hora después del impacto. Se atormentaba desde entonces preguntándose cómo habría sido esa hora para su hermano pequeño. Deseando haber estado allí para agarrar su mano. Deseando haber tenido la oportunidad de despedirse. Deseando haber sido él quien hubiera muerto.

Marcos se puso en pie bruscamente.

—Ahí la tienes —dijo Tamsin con tranquilidad—. Esa es la verdad. Ahora dime por qué estás tan decidido a vengarte de Aziz y mi hermano que incluso me has arrastrado hasta aquí.

—No importa —dijo con frialdad—. Lo único que importa es que van a pagar. ¿Nunca te has preguntado por Winter International está al borde de la bancarrota? Tu hermano es el peor hombre de negocios que he visto nunca, pero en los últimos cinco años, he ayudado. He comprado sus deudas, subsidiado a sus competidores, susurrado críticas sobre su capacidad de liderazgo en los oídos de sus socios. Y me he asegurado de que todas las inversiones de Aziz se convirtieran en polvo y que perdiera siempre en el juego.

—Has sido tú quien ha provocado la quiebra de Sheldon —lo miró con los ojos entornados—. Dime, ¿tienes idea de cómo se las ha arreglado para mantener su lujoso ritmo de vida los último meses?

—Ni lo sé, ni me importa. Créditos, supongo. Es como Aziz, sólo le importa la imagen y el dinero. Matarlo hubiera sido más fácil, pero quería que comprendiera lo que se siente cuando pierdes lo que más amas. Me quedaré con sus fortunas y los dejaré en la ruina. Y el resto de sus vidas recordarán lo que hicieron para merecerlo.

Marcos se quedó de pie con las manos apoyadas en la balaustrada mientras miraba a la oscuridad de la noche. Casi dio un salto cuando oyó una voz gélida justo detrás de él.

—No eres mejor que nosotros.

—¿Qué? —dijo volviéndose a mirarla.

—Eres egoísta y despiadado. Haces daño a gente inocente, pasas por encima de ella.

—¿De quién? —se mofó—. ¿De ti?

—No —dijo suavemente. Sus hermosos ojos rezumaban tristeza —. Al menos yo soy lo bastante mayor para cuidar de mí misma.

¿Qué demonios se suponía que significaba eso? De pronto Marcos se sintió harto de acertijos, harto de sentir que tenía la guardia baja. Estar en una celda parecía mejor que pasar más tiempo con aquella hermosa y perturbadora mujer.

—¿Sigues pensando en escapar?

—Sí —le sostuvo la mirada—. No puedes retenerme aquí.

—Entonces, deja que te ayude —dijo brusco—. Le diré a Nélida que te dé un paseo por el edificio. Podrás organizar tu vía de escape —se alejó unos pasos y después se dio la vuelta con una sonrisa—. Pero una advertencia, Tamsin, no vuelvas a besarme, si lo haces no me contendré. No seré un caballero. Ofréceme tu dulce cuerpo sólo una vez más y te haré mía.

Tamsin paseó furiosa por el balcón. Miró hacia abajo desde la balaustrada. Con aquella oscuridad ni siquiera podía ver el suelo. Se preguntó si tendría alguna posibilidad de bajar por la pared de estuco y mampostería.

Al menos Marcos había cometido su primer error al hacer que el ama de llaves le mostrara el castillo. Conocerlo podría ayudar. Con un poco de suerte podría escapar esa misma noche.

El ama de llaves hizo con ella el recorrido. Tamsin había estudiado algo de arquitectura medieval, así que reconoció la antigua base morisca, construida y reconstruida repetidamente durante siglos hasta la época actual con todas sus comodidades. Y, en el caso de Marcos, esas comodidades incluían guardias, guardias y más guardias, sinuosos pasillos y una plata baja como un laberinto. Incluso los teléfonos requerían una clave de acceso para llamar fuera del castillo.

No había cometido ningún error pidiéndole a Nélida que le mostrase el castillo, se dio cuenta. Era el modo de decirle que ni se molestase en intentarlo.

Aunque eso sólo incrementó su determinación de escapar. Cuando atravesaban el antiguo corredor de los retratos, Tamsin aprovechó la oportunidad.

Parece un lugar muy antiguo.

—Lo es —respondió escueta Nélida.

—Un sitio tan antiguo debe de tener historia —dijo Tamsin—. Fantasmas, raptos —Y añadió esperanzada—, viejos túneles.

—Hay uno pero no se lo voy a enseñar.

—¿Por qué no? Me encantaría…

El ama de llaves la miró suspicaz.

—Porque arranca de la habitación del señor al final del pasillo. Y ése es un lugar que no tengo intención de mostrarle. Sospecho que lo encontrará por sí misma —en su inglés con marcado acento se notó el sarcasmo—. Esta es su habitación —abrió una puerta de

dos hojas y se marchó antes de que Tamsin pudiera responderle—. Llámeme si necesita algo. Buenas noches.

La habitación parecía más de un hotel de cinco estrellas que la celda que temía. Una antigua cama con un dosel azul en frente de una televisión de pantalla plana que estaba encima de la chimenea. Anaqueles de libros en diferentes idiomas encuadernados en cuero cubrían las paredes.

Tamsin encendió la luz y miró en el armario. En su interior colgaba ropa nueva de su talla y del mismo estilo que con la que la fotografiaban los paparazzi. Era como mirar el interior del armario de su piso en Knightsbridge. Espeluznante. ¿Cuánto tiempo llevaba espiándola Marcos?

Las gotas de lluvia golpearon contra el cristal de la ventana. La abrió y respiró el olor a tierra mojada. En la distancia, creyó oír el sonido del mar. Estaba a la misma altura que las palmeras. Una lástima que tuvieran cinco pisos de altura y estuvieran sobre rocas.

Cerró los ojos. Marcos Ramírez parecía haber pensado en todo. Incluso aunque pudiera salir del castillo ¿cómo contactaría con Aziz? No tenía un móvil, pasaporte, dinero.

Se preguntó qué estaría haciendo Nicole en ese momento. ¿Seguirían Sheldon y Camila en Tarfaya? ¿Se habrían marchado al palacio del jeque en las montañas o vuelto a Inglaterra?

¿Sabría Nicole que habían secuestrado a su hermana? ¿Tendría miedo?

Aún recordaba lo asustada que estaba la niña cuando la había encontrado en la oscura y fría mansión. Lo que Nicole había sufrido sola había sido como volver a perder a su madre, pero en esa ocasión no había sido la enfermedad, ni su frío y vengativo padre quien había provocado el dolor. Lo habían hecho Sheldon y Camila. Una crueldad. Tamsin no podía quitarse de la cabeza qué habría pasado si ella no hubiera ido a Yorkshire. ¿Qué le hubiera pasado a su hermana?

Apretó los puños. Sheldon, Camila, Aziz, Marcos… los odiaba a todos por su egoísta arrogancia, por meter a Nicole y a ella en medio de su guerra. Lentamente abrió los puños. Sus manos seguían cubiertas de intrincados arabescos de henna.

Con amargura sacó las manos a la lluvia y después se las frotó con fuerza contra el vestido de Gucci. La henna había estado demasiado tiempo en su piel, pero perdió algo de color. Sacó las manos de nuevo mientras intentaba ordenar sus ideas mirando a la oscuridad del exterior. El agua resultaba fría y agradable en su piel tras un largo día de polvo y sal marina.

Entonces sus ojos se detuvieron en medio de la oscuridad en algo brillante que había en un tejado fuertemente inclinado.

Un segundo después se quitaba los zapatos y abría por completo la ventana. Salió al exterior y la lluvia mojo todo su cuerpo haciendo que se le pegara el vestido a la piel. De algún modo se las arregló para deslizarse por el tejado sin caer en las rocas de debajo. Jadeando, volvió a subir a su habitación.

Por un momento acunó en sus manos el premio mirándolo llena de preguntas, como si fuera una lámpara que pudiera frotar y hacer salir a un genio que le concediera tres deseos.

Pero no necesitaba tres deseos. Sólo necesitaba uno. El agua le escurría por el cuerpo hasta la alfombra blanca que tenía bajo sus pies mientras marcaba en el móvil de Marcos un número de Marruecos.

Marcos se quitó la suciedad y los restos de madera de las manos. El fuego crepitaba en la antigua chimenea de piedra de su dormitorio. La temperatura había caído en la última hora. Miró el reloj. Había pasado casi una hora desde que la había dejado. ¿Habría visto el castillo? ¿Estaría dormida ya?

Una imagen de Tamsin en la cama lo atravesó con la fuerza de un huracán: el pelo rojo esparcido sobre la almohada, las curvas de su pálido cuerpo enredadas con las sábanas. Y estaba al final del pasillo.

Se desabrochó la camisa con gestos bruscos. Había pasado veinte años planeando esa venganza. Sería una locura cambiarlo todo en ese momento por acostarse con Tamsin. La chica era demasiado inteligente y tenía demasiado talento para su propio bien.

«Bien», reconoció, lo intrigaba. Y se sentía atraído… demonios, sí. La quería en su cama. Esa noche. Ya.

Besarla en el balcón le había hecho notar el fuego que había en ella. Su espíritu era tan ardiente como su pelo. Quería más. Más de ella.

Y quería ser sincero con ella. Aparentemente ella tenía sus propias razones para odiar a su hermano ¿Por qué no convertirla en su aliada si compartían el mismo enemigo? Como se solía decir: el enemigo de mi enemigo es mi amigo…

Pero eso volvía a ser la lujuria que lo atacaba de nuevo tratando de darle una excusa para acostarse con ella. No lo haría. Tenía que mantenerse tan alejado de ella como pudiera.

Le había contado demasiadas mentiras ya, y aún ocultaba un

secreto.

Se quitó la camisa y la arrojó al suelo. Se sentó en la cama y miró la fuerte lluvia que golpeaba los cristales. Se quitó los zapatos y los dejó en el suelo. Acercarse a ella sólo sería fuente de problemas, se dijo. Tenía que centrarse. Dejar que fuera ella quien llamara a Aziz sería un riesgo innecesario. Podía llamar él mismo a los dos hombres e informarles de que la había raptado y por qué. Había soñado con ese momento durante años. Ya había esperado bastante.

Tendió la mano al teléfono que había en la mesilla, pero recordó el torturado rostro de Tamsin en la terraza. Dudó. Furioso por su propia indecisión, se levantó de la cama y se acercó al fuego. La tarima resultaba fría bajo los pies desnudos, el fuego cálido en el pecho.

Se detuvo a dos pasos del teléfono y lo miró con el ceño fruncido. Se pasó las manos por el pelo con frustración, se dio la vuelta bruscamente y salió de la habitación. Sin pararse a pensarlo recorrió el pasillo hasta la habitación de ella. Llamó ligeramente y abrió la puerta.

Abrió los ojos de par en par.

Estaba de pie completamente empapada al lado de la ventana abierta. Tenía el pelo y el vestido pegados a la piel. Ella lo miró sorprendida El Kohl había dibujado surcos negros bajo sus Ojos dándole el aspecto de una prostituta callejera.

Cruzó el dormitorio de cuatro zancadas y llegó a la altura de ella. Estaba temblando cuando la rodeó con los brazos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Marcos apretando los dientes.

Durante unos instantes ella no dijo nada, después tiritando dijo:

—He… he tratado de escaparme. Creía que podría saltar desde la ventana a las palmeras.

Algo en su rostro no estaba bien. Estaba mintiendo, pensó Marcos. Sabía perfectamente que las ramas de las palmeras no aguantarían ni el peso de un gato. Además estaba al menos a cinco metros del borde del tejado, demasiado a menos que intentara suicidarse.

¿Pero por qué iba a mentir sobre algo así? ¿Qué quería ella ocultar más que un fallido intento de fuga?

—Ven conmigo —ordenó él.

—No, estoy bien —protestó—. En realidad…

Sin decir una palabra, la tomó en brazos y la llevó a través de todo el pasillo hasta su habitación. La dejó al lado del fuego y trató de darle calor con su cuerpo apretado su pecho desnudo contra la

piel de la espalda de ella. Estaba fría, demasiado fría. La sentó en una silla que estaba al lado del fuego y la envolvió con una manta.

—Estoy bien —repitió ella sin dejar de tiritar.

Se dejó caer en un sofá mientras ella seguía en la silla y apretó el botón de un intercomunicador.

—¿Señor? —la voz de Nélida sonó de inmediato.

—Necesito algunas toallas adicionales para mi invitada —dijo en español—. Lo antes posible.

—¿En la habitación de ella?

—No, en la mía —una pausa—. ¿Nélida?

—Sí.

Notó desconfianza en el rostro de Tamsin cuando volvió a mirarla. Esperó un momento antes de repetir la orden.

—¿Hay algún problema?

—No —dijo Tamsin—, me preguntaba de qué estabas hablando.

Se sorprendió un momento hasta que recordó que ella seguía simulando que no sabía español. Probablemente porque pensaba que le sería más fácil escapar si hablaban delante de ella sin ninguna precaución. Una buena estrategia, pensó, pero de pronto se sintió harto de tantas mentiras.

De pie delante de la silla de ella, rodillas contra rodillas, la miró desde arriba.

—Tamsin, sé que sabes español —dijo en ese idioma.

—No —protestó en inglés.

Marco disimuló una sonrisa.

—He visto tus calificaciones. Tenías unas notas excelentes en español. Lo estudiaste durante ocho años. Así que hazme el favor —dijo en español— de dejar de fingir.

—¿Cómo conseguiste mis notas? —dijo con gesto oscuro.

—Eso no importa.

—Ya es bastante malo que me hayas estado espiando, pero ver mis notas… ¿No tienes el más mínimo sentido de la decencia?

—No —entornó los ojos—. He pasado veinte años planeando esto. ¿Crees que me importa que suspendieras química? Lo sé todo sobre ti. La ropa que prefieres. La ruta de la limusina en tu boda. Lo vital que era tu matrimonio para la empresa de tu hermano.

—Sí, bueno, pero no lo sabes todo —murmuró ella.

—¿Qué no Sé? —preguntó poniéndose en guardia de inmediato.

Tamsin miró al fuego y no dijo nada.

—¿Qué no sé? —la agarró de los hombros.

—Tú eres el que tiene todas las respuestas —respondió ella sacudiéndose para que la soltara—. ¡Averígualo!

Marcos se inclino hacia delante.

—Dímelo —exigió con el rostro a pocos centímetros del de ella.

Incluso con el pelo así y el maquillaje desvaído, estaba guapa. Como una princesa de cuento. Pelo como fuego, piel blanca como la nieve de Sierra Nevada y los ojos azules como el cielo de Andalucía. Era la clase de mujer que podía hacer a un hombre perder el sentido de la realidad. Podía hacer a un hombre perder cien años en un abrir y cerrar de ojos.

Había habido mujeres en su vida, pero nunca había conocido a una mezcla tan perfecta de inocencia y seducción. Era tierna y dura al mismo tiempo. Lo ponía furioso y lo llenaba de deseó de un modo que no podía entender Sacudió la cabeza tratando de aclarar su mente.

Aquello no era sólo deseo. Era algo más profundo. Casi primario.

Dejó a un lado esos pensamientos. ¿Qué demonios le pasaba? Era sólo sexo, se dijo con rabia. La deseaba, nada más. Si se la llevara a la cama, vería que era una mujer como todas las demás. Nada de magia.

A lo mejor, después de todo, sí tenía una buena razón para seducirla…

Le levantó la barbilla para que lo mirara.

—No te diré nada —susurró ella.

—Lo harás —le acarició la mejilla—. Me lo contarás todo. Quiero saber y te ruego que me cuentes más.

Deliberadamente despacio se inclinó hacia ella y le acercó los labios a los suyos. La besó hasta que oyó un suave gemido surgir de lo profundo de la garganta de Tamsin. Se detuvo y la miró.

—¿Cómo lo has hecho? —parecía confusa, casi asustada—. Nunca me han besado así. Nadie. Me da miedo.

—Bien —se sintió aliviado por recuperar el control.

Estaba en suelo firme. Sexo, lujuria, deseo… de eso sí entendía. Eso podía resolverse.

¿Por qué no seducirla? Llevarla a su cama y demostrar que no había ningún poder por encima de él y descubrir el secreto que guardaba.

Además le había advertido que no volviera a besarlo de ese modo. Podía haberse mostrado fría, podía haberse apartado de él. En lugar de eso, había devuelto el beso apasionadamente, gimiendo entre sus brazos. Lo deseaba tanto como él a ella.

¿Entonces por qué daba un paso atrás como si fuera un santo? No era como si la chica fuera virgen. Acostarse con ella no haría que cambiara sus planes respecto a su prometido y su hermano.

Seguiría queriendo vengarse.

De hecho, seducirla haría su venganza más afilada y dulce. Sonrió al imaginar el rostro de Aziz cuando se diera cuenta de que Marcos había poseído a su prometida…

Llamaron a la puerta. Entró Nélida con una pila de toallas, una caja de cerillas y un cuenco de pétalos de rosa. Entró al cuarto de baño y abrió el agua. Dos minutos después salió cerrando tras ella las puertas con un sonoro portazo.

Marcos le quitó la manta de los hombros a Tamsin y la dejó caer al suelo. La tomó de las manos y la puso de pie.

Tamsin había estado mirando a su alrededor como si examinara la arquitectura, pero cuando Marcos empezó a desabrocharle el vestido, le sujetó la mano con un ruego en los ojos.

—Deja que te ayude, querida —dijo él con suavidad.

—¿Quieres ayudarme a tomar un baño?

—Quiero que entres en calor —dijo mientras el masajeaba los hombros—. Estás mojada, fría y triste. Has tenido un día difícil y en parte es por mi culpa. Déjame compensarte.

—No voy a acostarme contigo, si es eso en lo que piensas —dijo en un jadeo mientras se balanceaba bajo la caricia de los dedos de Marcos.

—Vuelve a tu habitación entonces. No te detendré.

Tamsin se quedó mirando los azulejos de la pared y los paneles de madera. Debía de estar demasiado nerviosa para mirarlo a los ojos, pensó él. Cuando finalmente lo miró, entendió por qué.

—No —dijo ella—. Quiero quedarme contigo esta noche.

Su sinceridad lo sorprendió. Un parte de él se preguntaba si tendría la esperanza de que pasar la noche con él la ayudara a escapar, pero incluso sabiéndolo, era incapaz de resistirse.

La tomó de las manos. Tenía los labios separados y húmedos. Se lo había advertido: la haría completamente suya. Conocería todos sus secretos. De su cuerpo… y de su alma.

Le apartó el pelo mojado a un lado y le bajó la cremallera de la espalda del vestido. Podía sentir cómo se estremecía. ¿O eran sus manos que temblaban? No, imposible. No podía estar tan afectado por una simple aventura sexual. Siempre disfrutaba completamente y luego olvidaba con rapidez.

El vestido cayó al suelo. Tamsin se quedó sólo con las bragas de encaje blanco.

Marcos se quedó sin aire. Era exquisita, con la forma de una hurí, con grandes, redondos y turgentes pechos, labios perfectos y una cintura que podía abarcar con las manos. Tuvo que hacer un

gran esfuerzo para no tomarla entre sus brazos, arrancarle el virginal encaje y llevarla hasta la pared. Para no besar todo su cuerpo. Para no llenarla con su calor.

Una mirada a sus ojos le dijo que no sería el movimiento más inteligente. Seguía temblando por el frío y los nervios.

La poseería despacio. Primero, tenía que tranquilizarla; después la seduciría.

Tomárselo con calma era lo menos que podía hacer, pensó, dado que no pensaba concederle lo que realmente quería: la libertad. Y en ese momento, al mirar las pálidas curvas de su cuerpo, su orgulloso y bello rostro, no podía siquiera imaginarse deseando dejarla ir.

Capítulo 4

Un momento antes estaba helada y, en ese instante, se sentía arder.

Marcos acariciaba su cuerpo lentamente. Las manos bajaron de la cintura y recorrieron la curva de sus caderas. Con suavidad, tiraron hacia abajo de las bragas hasta que las dejaron caer al suelo. Todavía de rodillas, Marcos alzó la vista para mirarla.

—Qué belleza —dijo en español.

Tamsin sólo podía pensar que era la primera vez que estaba desnuda delante de un hombre. Había sabido que ocurriría esa noche, pero se había imaginado a Aziz poseyéndola brutalmente en la oscuridad y bajo una pila de mantas. Aquello era totalmente diferente.

El fuego acariciaba el cuerpo de Marcos con un color rosado. La suave luz iluminaba el cincelado perfil de su musculoso torso. Era hermoso, pensó ella. Su ángel negro. Murmurando algo en español, se levantó del suelo, lentamente, recorriendo su cuerpo con besos.

Tamsin cerró los ojos, incapaz de protestar, incapaz de moverse. Unas pocas horas antes, ese hombre era un extraño. Un enemigo de su familia. En ese momento parecía adorarla, y ella le estaba permitiendo que lo hiciera. ¿Qué le estaba pasando?

«No tengo elección», se dijo desesperada. Cuando había hablado con Aziz, se había indignado tanto por la afrenta contra su honor que quería mandar a los mercenarios de su tío para que mataran a sus secuestradores. Ella no podía permitir que algo así sucediera. No era que le importara Marcos, se decía a sí misma, pero no hubiera estado bien dejar que el servicio, que era inocente, sufriera el castigo con él. Incluso el ama de llaves no se merecía que la dispararan a sangre fría.

Así que cuando Aziz había exigido saber el nombre del secuestrador y su ubicación, le había dicho que no lo sabía. No era completamente falso. No conocía la ubicación del castillo, pero se las arreglaría para reunirse con él en Puerto de las Estrellas al amanecer.

Todo lo que tenía que hacer era escapar del castillo. Por algún milagro, Marcos la había llevado a su habitación y, si el ama de llaves decía la verdad sobre el túnel secreto, había sido un golpe de suerte. Lo distraería, encontraría el túnel y escaparía al pueblo. Incluso entregaría a Marcos su virginidad si era necesario. No tenía

elección. Por Nicole sacrificaría cualquier cosa.

Pero cuando empezó a sentir las fuertes manos acariciando su cuerpo, se preguntó si realmente sería un sacrificio…

Gimió al sentir cómo recorría su cuerpo desnudo. Marcos tomó un pecho con una de sus manos, se detuvo en el anhelante pezón mientras con la otra mano fue trazando una línea vientre abajo hasta llegar a la mata de pelo que había entre las piernas.

Bajó la boca hasta el pecho, lo chupó y ella sintió que perdía la capacidad de pensar. La lengua giraba alrededor del pezón haciendo que gimiera y se agarrara a los hombros de él. Dejó caer la cabeza para atrás, cerró los ojos mientras él la devoraba con los labios y la lengua y los dientes, llevándola hasta el límite entre el dolor y el placer. Cambió al otro pecho mientras con la otra mano le acariciaba las caderas y los muslos, sus dedos se enredaban en la mata de pelo.

Un gruñido se escapó de la garganta de ella cuando finalmente encontraron el camino entre las piernas. Casi gritó por la extraña mezcla de dolor y deseo. Dejó caer las manos por la espalda de él, deseando que la acariciara en su centro… deseando que la tocara por dentro.

De pronto Marcos apartó las manos de ella.

—Me haces olvidar —dijo él con suavidad mientras la miraba a los ojos.

—¿Olvidar? —jadeo ella.

—Olvidar mis planes para ti.

—¿Planes? —de pronto, asustada, se echó para atrás tratando de leer su rostro inescrutable.

Marcos se inclinó y le besó un sensible pliegue del cuello, bajó las manos por la espalda, la cintura, las nalgas. Y Tamsin supo que daba igual lo poco que confiaba en él, no iba a poder decirle que parara.

La levantó como si no pesara nada. Ella apoyó la cabeza en su hombro. «Al fin», pensó Tamsin. Por fin la llevaría a su cama, se quitaría los pantalones, la cubriría con su cuerpo desnudo. Cerró los ojos, deseándolo, queriendo rendirse.

Pero no la llevó a la cama. En lugar de eso, la llevó al enorme cuarto de baño de elegantes azulejos blancos iluminado por una docena de velas. La dejó en la bañera cubierta de pétalos de rosas y Tamsin suspiró cuando sintió que el agua caliente la envolvía. No se había dado cuenta hasta ese momento de lo sucia que se sentía, cubierta de lluvia, sal del mar y polvo de dos continentes. Músculos que ni siquiera sabía que tenía, se relajaron al instante.

—Reclínate —ordenó Marcos.

Obediente, dejó caer la cabeza y el pelo frío y húmedo se sumergió en el calor y el placer. Se sentó y apoyó la cabeza en el borde de la bañera sintiéndose renacer. Estaba tan relajada que ni siquiera se preocupó de que él podía ver atisbos de sus pechos bajo los pétalos flotantes.

Marcos se sentó en el suelo al lado de ella y se echó un poco de champú en las manos. Empezó a masajear el cabello lentamente. Tamsin suspiró y cerró los ojos entregándose a la sensación.

—Aclárate —dijo él y ella obedeció.

Con una esponja marina y jabón de lavanda, Marcos empezó a lavar su cuerpo frotándole la piel en círculos. Empezó por los hombros, después bajó por los brazos, los pechos, el vientre, las piernas. Le sacó los pies del agua y los masajeó profundamente, después hizo lo mismo con las manos.

Tamsin sentía todo el cuerpo caliente y reconfortado. Se puso las manos delante de los ojos. Los hermosos motivos geométricos de henna que la habían marcado como prometida de Aziz estaban tan desvaídos que casi habían desaparecido por completo.

Y fue como si unas esposas hubieran caído de sus muñecas.

Si sus planes se cumplían, en dos días sería la esposa de Aziz. Estaría a su entera disposición, soportando su fétido aliento, su cuerpo fofo y sus crueles manos el resto de su vida, pero esa noche era otra historia. Esa noche era dueña de sí misma, libre para gozar y hacer sus propias elecciones. Y su elección era Marcos.

Por mucho que estuviera obligada a rendirse a Aziz, no quería entregarle a él su virginidad. Antes de enterrarse en vida en el desierto, quería tener un recuerdo claro y puro de lo que era el placer para agarrarse a él para siempre.

Deseaba a Marcos. Le hacía sentir y desear cosas que ni siquiera sabía que existían. Era capaz de ir despacio para que ella sintiera calidez y placer.

No como Aziz, quien sólo esperaba tenerla en su cama para que le diera placer y que luego se mantuviera callada y temerosa. Podría golpearla cuando descubriera que ya no era virgen, pero la golpearía de igual modo con cualquier pretexto.

Hacer el amor con Marcos haría que valiera la pena. En ese momento sabía que valía la pena a cualquier precio.

—¿Lista? —preguntó Marcos ofreciéndole una toalla.

—Sí —dijo, y era cierto.

Estaba preparada, preparada para una noche de libertad y gozo antes de destrozar su vida por la seguridad de su hermana.

Se puso en pie y el agua con olor a rosas escurrió por su cuerpo. Marcos la ayudó a salir de la bañera. La puso frente al fuego mientras la secaba con la toalla. El corazón de Tamsin latía acelerado mientras la envolvía con la enorme toalla blanca. Podía sentir el calor de las manos a través del grueso algodón.

La miró.

—Mucho mejor —dijo Marcos con suavidad.

—Mucho —susurró ella mirando la sensual boca.

Marcos le pasó un dedo por el labio inferior.

—Tamsin, no te prometo nada. Al contrario. Pasaremos esta noche juntos, unas pocas semanas como máximo. Después, no habrá ninguna posibilidad de relación de futuro.

—Bien —dijo ella.

Sería demasiado horrible verlo de nuevo tras la boda con Aziz. Demasiado terrible recordar toda la sensualidad que no volvería a sentir.

—¿Bien? —preguntó él levantando una ceja.

No podía explicarse por mucho que quisiera. El reloj corría, tenía muy pocas horas para disfrutar, para ser libre, salvaje.

—Marcos, ¿te ha dicho alguna vez alguien que hablas demasiado?

—Eres la primera mujer que me lo dice —dijo parpadeando.

«Y tú eres el primer hombre que me va a hacer el amor», pensó ella, pero no pronunció las palabras por miedo de que le hicieran dudar o echarse atrás. Ya había tratado antes de disuadirla. Esa era su noche decisión.

Dejó caer la toalla al suelo deliberadamente.

Lo oyó respirar agitado. Por un momento se la quedó mirando como si no pudiera apartar los ojos de su cuerpo. Después le alzó la barbilla y se inclinó para darle un beso suave. Sintió que se le estremecían los pechos al sentir el roce del vello del musculoso pecho de él. Devolvió el beso con fervor. El beso se profundizó y se hizo más exigente.

La luz del fuego hacía que pareciera que la habitación se movía y diera vueltas alrededor de ella, como la noche anterior a su veintiún cumpleaños cuando Bianca, Daisy y ella se habían bebido una botella de champán y habían dado vueltas bajo las hojas que caían del brillante cielo de octubre. Besar a Marcos era como diez veces aquello. Sabía a champán y a pasión y a libertad. Hacía que se sintiera aturdida, achispada, borracha.

La tomó en brazos y, sin dejar de besarla, la dejó suavemente en la cama. Dio un paso atrás y se quitó la ropa que le quedaba. Por un

momento permaneció de pie desnudo a la luz del fuego mirándola desde arriba.

Ella lo miró, ruborizada hasta la raíz del cabello, pero incapaz de apartar la vista. Nunca había visto a un hombre desnudo. Era hermoso, musculoso y duro y todo lo que ella no era. ¡Y tan grande! ¿Qué pasaría si ella era torpe? ¿Qué pasaría si se reía de ella? Sintió que los nervios la atenazaban.

Pero cuando se metió en la cama, a su lado, sintió el calor de su piel y los nervios desaparecieron. Su musculoso pecho rozó sus pezones. Sintió que se deslizaba entre sus piernas. La besó, se colocó sobre ella y Tamsin arqueó el cuerpo buscándolo.

—Por favor —susurró ella sin estar muy segura de lo que estaba pidiendo.

Había visto películas y leído libros, pero experimentarlo ella misma era abrumador y extraño. Nada que ver con lo que se había imaginado…

—Espera —dijo él con firmeza.

Sintió su aliento en el vientre, después en los muslos, y se arqueó tanto que casi se salió de la cama. No podía ir a hacer… no, seguro que…

Sintió la lengua entre las piernas. Al principio delicada, después más avariciosa, saboreándola. Separó los muslos abriéndose totalmente. Sentía todo el cuerpo en tensión, tan tenso que casi saltó hacia delante cuando las primeras olas chocaron contra ella haciéndole gritar.

Marcos se incorporó, se apoyó en los brazos y tras ponerse un preservativo, entró en ella de una vez.

Era enorme. El dolor fue inmediato.

Marcos se detuvo y la miró conmocionado. Ella le sostuvo la mirada y, aunque se debatía entre una mezcla de oleadas de placer y dolor, supo que no quería que parara. Se arqueó hacia él y le clavó las uñas en la espalda.

—Eres virgen —susurró.

Tamsin movió el cuerpo hacia él tentándolo con los pechos.

—Ya no —murmuró tímida.

Un temblor recorrió el duro cuerpo de Marcos.

—No entiendo —arrugó la frente. Parecía más joven, casi desconcertado—. Todo lo que había oído sobre ti…

—Traté de decírtelo —no podía dejar que parara en ese momento, que saliera de ella. Tomó una de las manos de él y le chupó un dedo—. Estaba esperando. Para ti.

Marcos jadeó e, incapaz de resistir, volvió a empujar con más

fuerza, despacio al principio. Tamsin gimió por un placer que empezaba a superar el dolor. Volvió a embestir, más fuerte. Se inclinó y le mordió los pezones. Tamsin sintió que la tensión formaba un espiral en su vientre, dejó caer los brazos hacia atrás y rodeó la cintura de él con las piernas mientras entraba en ella una y otra vez, cada vez más fuerte, más profundamente.

Marcos jadeaba, el cuerpo cubierto de sudor, y de pronto gritó.

Oír que él perdía el control provocó que ella sobrepasara el límite y su grito se unió al de él mientras un segundo orgasmo sacudía su cuerpo de un modo incluso más profundo y tremendo que el primero.

Después, lo mantuvo dentro aturdida. Sus brazos la rodeaban con fuerza, su piel estaba caliente. Podía oír el crepitar del fuego.

Por fin entendía por qué le había advertido que no habría ninguna posibilidad de relación entre ellos. Porque en ese momento se sentía tan aturdida y protegida y amada, que todo lo que deseaba era permanecer entre sus brazos para siempre.

Pero tenía una cita al amanecer. No con un pelotón de fusilamiento, pero casi.

—Me he equivocado contigo —dijo Marcos con suavidad sin alejarse de ella.

—Sí.

—Te he acusado de cosas horribles —dijo tras respirar hondo— y eras virgen.

—Así es, no pasa nada.

—Sí, sí pasa. Te he secuestrado, culpado de crímenes que no eran tuyos, insultado —miró al techo—. Me equivocaba.

Parecía tan enfadado consigo mismo que quiso suavizar las cosas.

—No he tenido cuidado con mi reputación —señaló ella.

—Pero debería haberlo sabido. Durante diez años he recibido informes sobre ti, la clase de chica en que te ibas convirtiendo. No debería haber pensado mal tan deprisa —la miró y dijo en una voz tan baja que tuvo que leerle los labios—. Te debo una disculpa.

Lo vio tan conmocionado que se preguntó si sería la primera vez que pedía perdón.

—¿Qué fue lo que dijiste? —murmuró—. ¿Que pasaba por encima de gente inocente para conseguir lo que quería? —la miró con una súbita ferocidad en los ojos—. ¿Ha sido por eso por lo que me has entregado tu virginidad? ¿Te he forzado de algún modo?

—¡No! —no importaba cuánto deseara escapar, cuánto necesitara descubrir el túnel secreto, no podía dejar que creyera eso

—. Te deseaba. Eres el primer hombre a quien realmente he deseado. Y no me arrepiento. No me arrepiento ni un segundo.

Al escuchar esas palabras la dura línea que había entre sus cejas, se suavizó.

—Gracias —dijo Marcos con suavidad. La besó en la sien, un beso amable que afectó a Tamsin más que los apasionados de antes —. Repararé, Tamsin, todos los errores que he cometido contigo. El resto del tiempo que pases aquí, voy a tratarte como a una princesa. Como a una diosa.

Volvió a besarla, le acarició la mejilla y el pelo. Durante un tiempo bastante largo permanecieron abrazados, ella apoyada en su hombro. Sin mover la cabeza, lo miró.

Tenía los ojos cerrados y una sonrisa en los labios. No parecía la sonrisa de un bandolero del desierto. Parecía la de un niño relajado. Parecía la de un hombre al que podría amar.

Oh, no, pensó. ¿Amar a Marcos? No podía permitir que eso sucediera. Ya sería bastante difícil abandonarlo después de lo que acababa de experimentar entre sus brazos. No podía ser tan estúpida como para enamorarse de él. ¡No!

«Ninguna mujer olvida a su primer amante» se dijo, «eso es todo».

Tenía que descubrir el túnel secreto y escapar. Esa noche. No tenía elección. Ya lo había aplazado demasiado.

—Di… dijiste que esto fue una vez un castillo árabe.

—Sí —respondió él con voz de sueño.

—¿Cuál es la parte más antigua de la habitación?

—Es difícil de decir. Ha sido reformado durante ciento de años. Esa de ahí seguramente será la más antigua —parpadeando señaló la pared más próxima a la chimenea que estaba decorada con paneles de madera—. ¿Por qué, querida?

Por primera vez había utilizado ese apelativo con sinceridad, sin ninguna clase de ironía. La ternura en su voz le provocó dolor en el corazón.

—Siempre me ha interesado la arquitectura —dijo sobreponiéndose al nudo que tenía en la garganta—. Ya lo sabes, has visto mis calificaciones —hubo un diseño en particular que atrajo su atención: una pieza grande y ovalada decorada con motivos geométricos y pájaros diminutos.

Empezó a levantarse de la cama.

Una mano le sujetó el brazo.

—¿Adónde vas?

—A buscar…

—Quédate aquí —dijo tirando de ella—. Quédate a dormir conmigo.

—Necesito un camisón —improviso.

Acercó su cuerpo desnudo al de ella.

—Me gusta el que llevas puesto.

A ella también, pero eso no importaba. Nada importaba que no fuera encontrar el túnel y salvar a su hermana.

—¿Pero y si me ven así los criados?

—Será el mejor día de su vida si son bendecidos con semejaste Visión.

—Nélida ya piensa que soy una fulana.

—Una opinión errónea que va a cambiar, te lo aseguro. Te respetará, lo mismo que yo.

—No si me encuentra desnuda dando vueltas por el pasillo.

—Bien —dijo en tono de broma—, ya veo que puedo darme por vencido. Traeré su camisón, *milady*.

En cuanto Marcos salió de la habitación, saltó de la cama. Tenía sólo unos pocos segundos. Pasó los dedos por los bordes del panel de la pared. ¡Era una puerta! Oculta a uno de los lados, encontró la cerradura, pero ¿dónde estaba la llave?

Miró alrededor. ¡La mesa! Corrió hasta la mesa y abrió los cajones. El podía volver en cualquier momento. Si la descubría mirando en sus cajones, empezaría el baile, como solía decir Daisy.

Oyó cerrarse una puerta al final del pasillo. Sus dedos tocaron un llavero en el que había una vieja llave maestra. Oyó los pasos que se acercaban. Dejó las llaves en su sitio y se metió en la cama en el momento en que la puerta se abría. Cerró los ojos haciendo como si estuviera medio dormida cuando él se metió en la cama.

Le acarició suavemente el pelo. Cuando ella abrió los ojos, Marcos dejó el camisón encima de sus pechos.

—No me había sorprendido nadie tanto en muchísimo tiempo —dijo él con suavidad—. ¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué me has entregado tu virginidad después del modo en que te he tratado?

—Ya te lo he dicho. Eres irresistible —dijo sonriendo aunque en su interior se sentía abrumada, sólo pensar en separarse de él la estaba matando.

Marcos se echó a reír de un modo tan sincero y abierto que a ella se le hizo un nudo en la garganta,

—Irresistible, ¿no?

—Sí —respondió ella en español con una sonrisa pícara.

—Ajá, así que hablas español —le devolvió la sonrisa—. Me gustaría que me confiaras el resto de tus secretos, Tamsin. Sé que crees que no puedes, pero sí puedes tu hermano y Aziz son los únicos que me interesan. Tú no. Déjame ayudarte con lo que tengas contra ellos. Déjame protegerte.

Era tan tentador contarle todo. Qué maravilloso sería sencillamente confiar en Marcos para que la protegiera, para que salvara a su hermana pequeña y liberara a las dos del poder de Sheldon y Aziz. Sería libre de vivir el resto de su vida como quisiera. Libre para pasar el resto de sus noches en la cama de Marcos.

«No habrá ninguna posibilidad de relación de futuro».

«Pretendo destruir a tu prometido y a tu familia y tú me vas a ayudar a conseguirlo».

—Marcos, estoy demasiado cansada para hablar —dijo metiéndose el camisón por la cabeza—. Ha sido un día demasiado intenso. Sólo quiero dormir.

—Bien, querida. Mañana —suspiró y le acarició el pelo.

Se tumbó en la cama al lado de ella y la abrazó. Tamsin cerró los ojos simulando que dormía. Después de un largo rato notó que la respiración de él cambiaba. Abrió los ojos y lo miró dormir. Le pareció diferente. Dormía como un niño, con una ligera sonrisa en los labios.

Sintió un nudo en el corazón, se libró de sus brazos y fue hasta la mesa. Sacó la llave maestra del cajón y fue hasta la cerradura de la pared. La llave ajustaba perfectamente y abrió la cerradura de la puerta que no chirrió lo más mínimo.

El destino, pensó sintiéndose enferma. Había sido egoísta manteniendo la esperanza de que la llave no abriera. O de que hubiera hecho mucho más ruido y hubiera despertado a Marcos y hubiera tenido que volver a sus brazos porque no habría tenido otra opción que quedarse.

Pero Aziz la esperaba. Y Nicole. ¿La estarían dando de comer Sheldon y Camila? ¿Dándole calor? ¿Diciéndole que la querían?

Tuvo serias dudas.

Tamsin había tenido su noche gloriosa. Tendría que ser suficiente. Desde ese momento, su hermana sería lo primero.

Con una última mirada de arrepentimiento a Marcos, respiró hondo y se metió descalza en el frío, húmedo y oscuro túnel.

Marcos se despertó solo en la cama.

La habitación estaba a oscuras. Era tan temprano que ni siquiera cantaban los pájaros.

Podía oler en la almohada el aroma de ella. Se estiró y bostezó. Se sentía tan bien. Aunque técnicamente seguía siendo de noche, había dormido mejor que en siglos. Perezosamente deslizó el brazo por la almohada de Tamsin. ¿Dónde estaba?, se preguntó ¿En el cuarto de baño? ¿En el piso de abajo buscando algo de desayunar?

Deseó que volviera pronto. También estaba hambriento, pero no de comida. Su ligero aroma era como un afrodisíaco. No había empezado a amanecer y se sentía tan excitado como un niño la mañana del día de Reyes.

Abrazó la almohada y esperó a que volviera.

Veinte minutos después, su sonrisa se había evaporado.

Saltó de la cama, miró en el cuarto de baño, cruzó el pasillo llamándola por su nombre. Su voz resonó en su habitación vacía y oscura. Un primer escalofrío de temor le recorrió la espalda.

Podía estar intentando, sin éxito, flirtear con sus guardias, se dijo. Podía incluso estar recorriendo los pasillos en busca de una salida. Cualquiera de esas opciones no le preocupaba. Después de todo, acababa de dormir con él. No le había prometido que se quedaría.

Pero no podía seguir intentando escapar, ¿verdad? No, Tamsin no. No entregaría su virginidad a un hombre y después salir corriendo a casarte con otro. ¿O sí?

Además, incluso aunque la noche anterior no hubiera significado nada para ella y siguiera queriendo escapar, no tenía ninguna posibilidad.

Se puso una camiseta y unos vaqueros y recorrió los principales pasillos del castillo. Habló con los guardias del turno de noche, pero no la habían visto.

Empezaba a ponerse furioso. Despertó a Reyes y a todo el mundo que había en la casa. Si él tenía que estar despierto y buscándola, ellos también. Ordenó que se emprendiera una búsqueda metódica aunque sabía que seria inútil: se había ido. Lo había engañado.

Todo el tiempo había estado pensando que la estaba seduciendo y era ella la que lo estaba seduciendo a él. Le había entregado fríamente su virginidad y cuando había confiado como un estúpido, había desaparecido del castillo como un fantasma.

Volvió a la habitación de ella. Jurando en voz baja, revisó el armario buscando alguna explicación. Buscando algo que se pudiera haber olvidado en la huida. La ropa seguía colgada de las perchas. La cama estaba perfectamente hecha.

No había nada que le permitiera averiguar cómo… Entonces vio

el brillo de su teléfono móvil oculto tras la mesa que había bajo la ventana.

Lo abrió y vio el último número que había marcado y juró en voz alta.

Cuando la había visto la noche anterior, estaba empapada, sorprendida y al borde del pánico. Había tenido la sensación de que algo iba mal, sabido que su explicación era mentira y había creído que seduciéndola le diría la verdad.

En ese momento la verdad le daba en la cara. Había recuperado su móvil del tejado.

La había perdido, perdido todo por una noche de placer. Había destrozado todo por el ansia de llevarla a su cama. Y Tamsin había sacrificado su virginidad demostrando que era la competidora más fría con que se había enfrentado.

No se había equivocado al pensar que era una coqueta calculadora y sin corazón. Había empleado su virginidad contra él y él se sentía como alguien que ha perdido su último vestigio de inocencia y esperanza. Había picado como un muchacho de dieciocho años.

¿Pero cómo había escapado?

Con el teléfono en la mano, volvió a su habitación mientras su cabeza pasaba furiosa de una posibilidad a otra. Confiaba totalmente en sus hombres. Ninguno la hubiera dejado escapar. Ninguno se habría quedado dormido. Era imposible que hubiera bajado por los muros del castillo. ¿De verdad era una criatura mágica que podía desaparecer?

Sus ojos se detuvieron en los paneles de madera de la pared de su dormitorio. Los motivos geométricos apenas eran visibles a la luz del amanecer, pero, por alguna razón, atrajeron su atención. ¿El viejo túnel?

Fue derecho a su mesa, pero no pudo encontrar la llave. Con una preocupación creciente, probó la puerta. Estaba abierta. Dentro del túnel vio la llave en el suelo, exactamente donde la había dejado ella.

El juramento que lanzó fue lo bastante fuerte corno para que pudiera oírse en todo el castillo, ¿Cómo lo había sabido? Recorrió a toda velocidad el corredor haciendo sonar los zapatos.

Nélida se lo tenía que haber dicho. Sabía que la anciana desaprobaba que tuviera amantes, pero nunca hubiera pensado que pudiera traicionarlo.

—Estás despedida —gritó cuando se la encontró en el pasillo.

—Es mejor así, Marquitos —respondió sin creerse ni por un

momento la amenaza—. No necesitas mujeres así en tu vida. Cásate, encuentra una buena esposa.

Encontró a Reyes en el recibidor.

—¿Señor? —dijo Reyes.

—Dejad de buscar dentro del castillo, se ha ido —dijo cortante —. Organiza a los hombres para que busquen en el campo.

Antes de que Reyes pudiera decir nada, salió a grandes zancadas. Su única esperanza era encontrar a Tamsin antes que Aziz. El amanecer teñía de rojo el horizonte mientras bajaba a toda velocidad la colina en su Ferrari. Por un presentimiento, giró a la izquierda por la estrecha carretera que llegaba a Puerto de las Estrellas.

«Por favor», pensó, «Por favor».

Estaba demasiado tenso como para tener hambre. Demasiado furioso. Sólo quería encontrarla. La encontraría. No había planeado aquello veinte años para fallar en el último momento. No habían hecho el amor la noche anterior, se había acostado con ella, para que luego se convirtiera en la esposa de Aziz.

Dio una curva y como un milagro, vio a Tamsin saliendo de un macizo de árboles justo en el límite de sus viñedos. Aún llevaba el camisón y su pelo ondeaba al viento. Iba directa al pueblo por el lado del acantilado. Aceleró el coche y se colocó justo delante de ella. Detuvo el coche en medio de la carretera y salió.

Tamsin dio un grito, se dio la vuelta y se internó corriendo en el viñedo. La persiguió. Con cada paso el recuerdo de cómo lo había engañado, traicionado, le recorría la sangre. Todo lo que había dicho, hecho, era mentira. Siempre había sabido que no podía confiar en ella. A pesar de que le había pedido perdón y prometido tratarla como una princesa se había escapado por la puerta secreta.

—Para —gritó.

Pero ella siguió corriendo en zigzag entre las viñas.

Marcos vio marcas rojas en la tierra casi blanca. Le sangraban los pies, pensó. Iba descalza.

Aquello lo enfureció aún más. ¿Cómo había conseguido una chica armada con nada más que su belleza y coraje escapar de su poder, sus guardias, su tecnología?

—¡Para! —volvió a gritar, pero ella lo miró como un ciervo aterrorizado y siguió corriendo entre los naranjos de las lindes del viñedo.

A pesar de ir descalza, iba bastante deprisa. Marcos apretó los puños, juró en voz alta y aceleró el paso. Finalmente la alcanzó entre un grupo de árboles más altos. Cuando la agarró de los

hombros estaba tan furioso que casi no podía controlar su ira.

—¿Qué tengo que hacer? —exigió—. ¿Encerrarte y tirar la llave?

—¡Inténtalo! ¡Volveré a escaparme! —se dio la vuelta jadeando. El ligero algodón del camisón apenas le cubría los pechos. Tenía las mejillas encendidas y los ojos le brillaban de furia—. ¡No puedes retenerme!

A pesar de la oscuridad y el frío del inicio del amanecer, Marcos podía ver los erguidos pezones bajo la tela.

—¿Por qué estás tan decidida a casarte con Aziz?

—Quizá añoro sus caricias después de haber pasado demasiado tiempo con un hombre como tú…

La empujó contra el tronco de un naranjo y apoyó su peso en ella. Unas cuantas naranjas cayeron al suelo.

—¿Un hombre como yo? ¿Qué clase de hombre soy?

—Eres tan malo como los demás —jadeó haciendo que el roce de sus curvas volviera loco a Marcos—. No te importa si haces daño a la gente si así consigues lo que quieres. Si alguna vez has tenido corazón, lo has dejado escapar.

—¿Corazón? Me has ofrecido tu virginidad en bandeja de plata. Me has seducido para escapar. Me has hecho creer que podía confiar en ti, en ti, calculadora y mentirosa mercenaria…

—¡No tenía elección! —gritó ella aunque no pudo evitar mirar los labios de Marcos—. Me forzaste…

¿Forzarla? Eso era lo último.

—Llámalo como quieras —gritó él—. Soy un canalla egoísta que te ha seducido en contra de tu voluntad.

Me he llevado tu virginidad para mi propio placer. Y pretendo hacerlo tantas veces como me apetezca.

Apoyo los labios en los de ella y la abrazó. Notó sus jadeos provocados por las caricias. Desesperada, Tamsin lo empujó, pero era demasiado fuete. Trató de tener la boca cerrada, pero la obligó a separar los labios y deslizó la lengua entre sus dientes.

De pronto ella se relajó entre sus brazos. Las pequeñas manos que había estado golpeando en su pecho se colgaron de los hombros al tiempo que un gemido se escapaba de la garganta. El beso se mantenía mientras las manos de Marcos recorrieron la espalda, la cintura, las caderas y, finalmente, las nalgas. Estaba levantándola apoyada en el árbol y alzando el camisón cuando recordó que estaban al lado de la carretera, ocultos solamente por un reducido grupo de naranjos. Aziz y sus secuaces seguramente estarían cerca.

¿Qué tenía esa chica que le hacía perder la cabeza constantemente?

—Continuaremos con la discusión más tarde —rugió Marcos.

Tamsin lo miró parpadeando, había confusión en el azul limpio de sus ojos mientras Marcos la levantaba del suelo y se la echaba al hombro como un saco de patatas.

—¡Espera… no! —gritó ella empezando a dar puñetazos y patadas.

La llevó hacia la carretera.

—Por favor —gritó Tamsin terminando en un gemido—. Tienes que dejarme ir.

—¿Por qué habría de hacerlo? —exigió él.

—¡Déjame ir o mi hermana puede morir!

Marcos se paró en seco. Ya podía ver el coche más allá de los árboles, pero la bajó al suelo.

—Cuéntame cómo —ordenó.

Tamsin sacudió la cabeza de forma lastimera.

—Otro truco, lo sé —dijo y se dispuso a agarrarla de nuevo.

—¡No es un truco! —Marcos se alarmó al ver los azules ojos llenos de lágrimas—. Tenías razón cuando supusiste que me caso con Aziz en contra de mi voluntad. Mi hermano me obliga. ¡No tengo elección!

—¿Qué poder tiene él sobre ti?

—Nicole… tiene sólo diez años. Pensaba que estaba a cargo de una cuidadora, pero el mes pasado descubrí que Sheldon había usado su poder como administrador para acabar con mi fondo de fideicomiso y ahora está haciendo lo mismo con el de mi hermana. Encontré a Nicole muerta de hambre en su finca de Yorkshire mientras Camila y él se gastaban su dinero esquiando en Zermatt.

Marcos sacudió la cabeza y apretó la mandíbula preguntándose si podía creer una sola palabra de aquella hermosa y mentirosa boca.

—¿Y tu hermano te ha convencido de que si salvas su negocio casándote con Aziz, cuidará mejor de tu hermana?

—Como si yo me fuera a creer algo así —se secó las lágrimas con un gesto brusco—. Mi hermano me ha prometido que, si me caso con Aziz, me cederá a mí la guarda y custodia de Nicole. No podrá vivir conmigo, por supuesto, pero yo puedo usar su fideicomiso, lo que queda de él, para volver a contratar a la niñera y asegurarme de que Nicole está a salvo y es querida.

La miró conmocionado.

—¡Pero tú estarás atrapada el resto de tu vida! Aziz nunca dejará que te vayas, Tamsin. Como esposa, llevarás su apellido, gestarás a sus hijos. Serás propiedad suya hasta el día de tu muerte.

Te tendrá en menos estima que a sus caballos y te tratará de acuerdo a eso —frunció el ceño—. ¿Te sacrificarías hasta ese punto por tu hermana?

Lo miró llena de tristeza.

—Mi hermana tiene diez años. Diez, Marcos. Es mejor persona que lo he sido yo jamás. Se merece que la protejan y si yo no lo hago. ¿Quién lo hará?

Lo dejó sin palabras.

Diez años. Tan pequeña. Su hermano tenía esa edad cuando murió. Y tampoco había tenido a nadie que lo protegiera. Desde luego no a Marcos. No había ayudado a su hermano pequeño, sólo había provocado su muerte…

Apartó de su mente esos pensamientos. Miró a Tamsin severo.

—Casarse con Aziz es una sentencia de muerte.

—¿Pero qué otra cosa puedo hacer? —preguntó enlazando las manos—. Si tienes una idea mejor, me encantaría escucharla.

—Vete a los Servicios Sociales en Gran Bretaña y lucha por la custodia.

—¿Crees que me darán las custodia a mí, a la chica de todas las fiestas del West End? La mandarían a un hogar de acogida y no puedo dejar que eso suceda. La mayor parte de mi vida la he pasado en Estados Unidos y apenas la he visto. La llamaba, le enviaba regalos para su cumpleaños, la visitaba en vacaciones. Confiaba en que mi estúpido y egoísta hermano cuidaría de ella —se cruzó de brazos y alzó la barbilla—. Así que es culpa mía que estuviera abandonada y muerta de hambre. Culpa mía. Debería haberme ocupado de ella.

—De acuerdo —dijo en tono ácido—, pero cuando Aziz te mate en otro *pequeño accidente*, tu hermana volverá a estar sola. Ni siquiera te tendrá a ti para protegerla. ¿Qué le pasara cuando tú mueras?

Lo miró con los ojos inundados por las lágrimas.

—No… no lo sé.

Marcos oyó un portazo. Miró hacia la carretera y vio una maltrecha furgoneta. Cuatro guardias armados se bajaron por la puerta trasera. Aziz al—Maghrib, vestido con la tradicional túnica blanca de los jeques, bajó del asiento del acompañante como si fuera a una fiesta.

Iba a una fiesta: el funeral de Marcos.

Marcos agarró a Tamsin del brazo y la obligó arrodillarse en el suelo donde los brotes de los naranjos y las matas de lavanda ofrecían mejor cobertura.

Había dejado el Ferrari en medio de la carretera brillando rojo con las primeras luces del amanecer.

«¡Maldita sea!», juró en voz baja sintiéndose un imbécil. Sólo tenía dos opciones.

Luchar o correr.

Vio a dos de los guardias iniciar una búsqueda sistemática por las viñas, mientras los otros dos se dirigían a los naranjos. Su árabe era rudimentario, pero entendía lo suficiente como para saber lo que Aziz estaba gritando a sus hombres y darse cuenta de que sus posibilidades de escapar eran escasas. O Tamsin le había dicho que él la había secuestrado o Aziz lo había descubierto, pero lo que era evidente era que habían reconocido su Ferrari.

Sabía que podía desarmar y anular a uno de los hombres, quizá a dos, pero no podía enfrentarse con cinco hombres armados a la vez. Las posibilidades de acabar con una bala en la cabeza o en el pecho eran muy elevadas. Y aunque Aziz prefería no mancharse las manos y que otros hicieran el trabajo sucio, Marcos tenía que reconocer que ese hombre podía luchar. Era astuto y despiadado y, cuando estuvo en la Universidad de París, había aprendido savate, una combinación francesa de lucha callejera y Kick Boxing.

Marcos sabía que no podía enfrentarse a la vez con cuatro hombres entrenados en la lucha. ¿Y si huía?

Marcos conocía la zona, los bosques, los viñedos, cada palmo de su tierra. Si dejaba ir a Tamsin, eso distraería a Aziz y sus hombres lo bastante para que él pudiera escapar.

Miró a Tamsin entre sus brazos. Estaba pálida, sólo había algo de color en sus labios que mordía con fuerza como para reprimir un grito mientras seguía con la mirada cada movimiento de Aziz.

¿Entregársela a Aziz? ¿Fallar después de veinte años? ¿Permitir que el hombre que había destruido a su familia viviera en paz y prosperidad con Tamsin como esposa? ¿Dársela a Aziz para que la tuviera cada noche a su disposición para hacer con ella lo que quisiera?

No. Apretó la mandíbula. Moriría antes de permitir que algo así sucediera.

La abrazó fuerte y le susurró al oído:

—Es tu oportunidad. Un grito y nos encontrarán. Te llevarán de vuelta a Marruecos. Serás la esposa de Aziz antes de que acabe el día.

Tamsin tragó con dificultad y dijo en un susurro:

—¿Y tú?

Apretando la mandíbula, miró al guardia más cercano, estaba

registrando entre lo árboles.

—Llevan esas armas por algo —la miró—. Un grito y esto se habrá terminado.

Capítulo 5

Marcos parecía tan duro, pensó Tamsin sintiendo un escalofrío. Casi como si hubiera esperado que ella gritara.

Miró a los hombres de Aziz entre los árboles y abrió a boca para gritar. Aziz la encontraría y Marcos tenía razón: sería su mujer antes de que terminase la jornada. Podría asegurar la seguridad de su hermana. ¿Pero cuánto tiempo?

«Después de que Aziz te mate en otro *pequeño accidente*, tu hermana volverá a estar sola. Ni siquiera te tendrá a ti para protegerla. ¿Qué le pasará cuando tú mueras?»

Tenía que seguir viva, se dijo desesperada. Obedecería ciegamente a Aziz. Lo complacería en todas las formas posibles…

Miró a Marcos. Sus ojos estaban oscuros e ilegibles, Hizo un pequeño ruido con la garganta y él no movió ni un músculo. Podía gritar, pensó, él no tenía intención de detenerla.

Pero si gritaba, ¿qué le pasaría a él?

—Tamsin —oyó gritar a Aziz desde la carretera sintiendo que un estremecimiento le recorría toda la espalda—. Sé que estás aquí, *ma petite*. ¿Te tiene él? No temas. Pronto te encontraremos. A los dos.

Algunos rayos de sol empezaban a penetrar a través de las ramas de los naranjos. Los dos guardias más próximos se acercaban. Las ramas caídas crujían bajo sus botas como disparos.

Incluso permaneciendo en silencio, no conseguirían ocultarse mucho más tiempo.

Marcos de pronto entornó los ojos. Muy lentamente sacó el móvil del bolsillo. Ella lo miró sin respiración con una súbita esperanza.

—¿Reyes? —murmuró ella y él asintió.

Mientras apretaba las teclas, la pantalla, se iluminó con un brillo fosforescente. Tamsin lo cubrió con las manos. Marcos empezó a mandar un mensaje de texto con dedos torpes.

Tamsin le apoyó una mano en el brazo y lo miró suplicante. Marcos respiró con fuerza y le tendió el teléfono.

Con la habilidad que da la práctica, Tamsin escribió el mensaje. Le devolvió el teléfono para que pudiera ver lo que había escrito. El asintió y apretó el botón de envío. Cerró el teléfono con un suave clic.

Mientras tanto, los guardaespaldas de Aziz se acercaban. Oyó a uno de ellos decir algo en árabe y lo vio señalar al suelo. Aziz gritó

una orden y los dos hombres que estaban entre las viñas se unieron a los que buscaban entre los naranjos. ¿Qué habían visto en el suelo? Tamsin se mordió el labio. ¿Se le había caído algo cuando Marcos la había alcanzado?

Entonces se miró a los pies ocultos bajo el borde sucio y destrozado del camisón. Se cubrió la boca con la mano para reprimir una súbita necesidad de gritar.

El pie derecho tenía un profundo corte en la planta. No se había dado cuenta, lo tenía insensible, pero había dejado un rastro de sangre en cada paso.

La sangre llevaría a los hombres de Aziz adonde estaban y con cada minuto que pasaba había más luz y la sangre se veía mejor.

Agarró una mano de Marcos y se la llevó al corazón. En ese momento sólo podía pensar en no quería que la encontrara. No quería separarse de Marcos. Sobre todo, no quería que lo mataran.

Volvió a mirarse el pie y él siguió su mirada. La expresión de Marcos era sombría. Apretando los puños se puso en pie y Tamsin pudo ver la resolución en sus ojos.

Intentaría luchar por ella.

Pero, por fuerte que fuera, era sólo un hombre contra cinco. No podía dejar que se sacrificara por ella. Aziz lo despedazaría.

Tamsin se puso en pie también y cuadró los hombros. Dio un paso adelante decidida a correr en dirección a Aziz. Marcos la agarró de la muñeca.

—No —susurró él.

Ella sacudió la cabeza deseando llorar, pero no le quedaban lágrimas.

—Es la única forma de salvarte.

—No —repitió él un poco más alto con una determinación de acero.

Uno de los hombres de Aziz alzó la vista como sí hubiera oído algo. Tamsin tragó saliva destrozada. Marcos no iba a permitir que se entregara a Aziz, pero ¿qué esperaba que hiciera? ¿Mirar tranquilamente cómo lo mataban delante de ella?

Tamsin oyó el sonido de un motor que se acercaba por la carretera. Una falsa esperanza, se dijo. Seguramente un avión volando bajo. Pero, como un milagro, el sonido aumentó de volumen y uno de los hombres de Aziz dio la voz de alarma. Oyó a Aziz jurar en francés y después lo vio darse la vuelta furioso. A su orden, los cazadores desaparecieron, pero no antes de que Tamsin oyera un eco de disparos que sembraron el pánico entre los pájaros del bosque.

Después el silencio.

Tres coches negros rugieron en la carretera. Uno salió en persecución de la furgoneta mientras los otros en el límite del bosque.

—¡Patrón! —gritó Reyes.

Marcos gritó en respuesta. Superada por el alivio, Tamsin se apoyó en él. Marcos la rodeó con los brazos para sostenerla.

—Lo siento —susurró ella—. Lo siento. No quería que te hicieran daño. No quería abandonarte en medio de la noche, pero mi hermana…

—Está bien —dijo él con suavidad. Todo está bien, querida.

De pronto empezó a dolerle todo el cuerpo, el corte del pie de un modo insoportable. Salió tambaleándose del bosque. Sin decir una palabra, Marcos la tomó en brazos y la llevó hasta la carretera.

Estaba demasiado exhausta como para protestar. Demasiado agradecida. Sólo podía pensar en que estaban los dos vivos y que se encontraba entre los brazos de Marcos. Había arriesgado la vida por ella.

El bonito Ferrari estaba acribillado a balazos. Aziz no había podido recuperar a Tamsin o atrapar a Marcos, así que había descargado su frustración contra el lujoso coche. Completamente destrozado, el humo salía de entre los agujeros como un fantasma.

Marcos apretó las manos, pero en su rostro no se notó ninguna reacción. Para Tamsin fue la gota que colmó el vaso.

Aziz era un hombre horrible y cruel. Marcos tenía razón. No se iría con él, pero, ¿qué haría entonces? ¿Qué podía hacer para salvar a su hermana?

Apoyó el rostro en el pecho de Marcos y se puso a llorar. Mientras lloraba sintió cómo el cuerpo de él se tensaba. Empezó a dar órdenes y, un instante después, Tamsin estaba en el asiento trasero de uno de los coches. En poco tiempo, se encontraban en castillo.

Sin decir una palabra, la llevó a su habitación y se marchó. Mientras una doncella la metía en el baño. Tamsin lloró hasta quedarse sin lágrimas. Se puso otro camisón y para cuando llegó el médico para vendarle el pie, de nuevo ya no tenía sensibilidad. La doncella le llevó a la cama un poco de té y unas tostadas.

Por cómoda que fuera la cama, el cuerpo de Tamsin se moría por ir al dormitorio de Marcos, por estar entre sus brazos, el único sitio donde se sentía segura ¿Pero cómo iba a quererla ya? Lo había engañado, había huido, casi conseguido que lo mataran y, finalmente llorado en su camiseta. No le sorprendía que se hubiera

ido.

A pesar de la noche que había pasado, no esperaba dormirse, pero en dos minutos así fue. Se despertó cuando las sombras de la tarde se dibujaban en las baldosas de la habitación. Parpadeó, estaba como aturdida, preguntándose si le habrían echado algo en el té.

—¿Mejor?

Marcos estaba sentado en una silla cerca del fuego, mirándola. Se preguntó cuánto tiempo llevaría allí.

—Sí —era cierto, entonces recordó a Nicole y se sentó en la cama—. ¡Pero mi hermana sigue con Sheldon y Camila! No sé qué le harán si yo no…

—La salvaremos.

—¿Cómo? —preguntó impresionada porque lo hubiera dicho en plural—. Mi hermano nunca la dejará ir. No mientras quede dinero en su fideicomiso.

—No dejaré que os haga daño a ninguna de las dos —dijo—. No investigué a la niña, ése fue mi error. Si hubiera sido más minucioso, habría sabido lo que estaba haciendo Sheldon —apretó la mandíbula—. Hubiera conseguido pruebas de su abuso y ahora podríamos pedir la custodia.

—Ya te lo he dicho. Eso es imposible. Todo el mundo piensa que soy una mujer promiscua —sonrió—. Lo mismo que pensabas tú.

—Ya no pienso eso de ti —la miró a los ojos—. Y nadie pensará eso de mi esposa. ¿Qué clase de drogas le había dado el médico?

—Perdona creo que tengo alucinaciones. ¿Me estás pidiendo que me case contigo?

Se levantó bruscamente de la silla y se sentó en la cama.

—¿Qué pasa si es así?

—Tú no me amas, ¡seguro!

—¿Por qué es eso un problema? ¿Tú me amas?

Sintió una punzada de dolor en el corazón al oír esa pregunta Por supuesto que no lo amaba. Era cierto que le había entregado su virginidad, y que habían hecho el amor de un modo que aún podía sentir en todo el cuerpo. Tampoco había querido alejarse de él y después él le había salvado la vida y ella había sentido… algo.

Pero eso no era amor, se dijo. No podía ser tan estúpida.

—No —dijo ella finalmente—. Por supuesto que no te amo.

—Tampoco amabas a Aziz, pero no podías esperar para casarte con él —le dedicó una sonrisa tensa—. Te prometo que seré mejor marido que Aziz. Por una cosa: te concederé un divorcio rápido. Será un matrimonio de conveniencia. Durará lo necesario para que

consigas la custodia de tu hermana.

Tamsin tragó con dificultad deseando preguntar si la propuesta incluía el perdón por haberlo engañado y escapado por el túnel. Lo miró a los ojos y no tuvo valor.

—¿Por qué vas a ayudarme? —preguntó en un murmullo.

—Porque yo tuve un hermano —dijo poniéndose de pie bruscamente.

—¿Tuviste? —preguntó tímidamente.

—Murió.

—Lo siento mucho. ¿Cómo…?

—No quiero hablar de eso.

Su tono era áspero, brusco. Tamsin quería sabe más, pero se dio cuenta de que preguntar sería una pérdida de tiempo. ¿Tendría algo que ver esa muerte con sus deseos de venganza?

Imposible, pensó. Aziz podía ser un asesino, pero su hermano no. Era un bufón sin carácter con un pésimo gusto con las mujeres, pero no un asesino.

Aunque había abandonado a Nicole… Miró a Marcos.

—Sean cuales sean tus motivos para ayudarme, gracias —dijo con suavidad—. Que olvides tu venganza para ayudarnos a Nicole y a mí…

—¿Olvidar? He planeado esto durante veinte años, ni tú ni nadie va a hacer que abandone.

¿Veinte años? Marcos no podía tener más de treinta y dos o treinta y tres. ¿Había estado preparando aquello desde que era casi un niño? ¿Qué demonios le habían hecho?

—De hecho —se acercó a la ventana, cuando se dio la vuelta su mirada era dura y la sonrisa glacial—, hacerte mi esposa encaja perfectamente en mis planes. Humillaré a Aziz haciéndolo quedar ante todo el mundo como un imbécil. Y mostrará a Sheidon que lo controlo no sólo a él, sino a toda su familia.

La frialdad de la sonrisa llegó hasta el corazón de Tamsin.

«Gracias a Dios que no lo amo», pensó. «¿Qué clase de hombre toma una buena acción y la convierte en algo tan oscuro?»

Apartó la manta y se levantó de la cama.

—Tengo que vestirme.

El brillo de los ojos de Marcos cambió y se acercó a ella.

—Deja que te ayude.

Le pasó las manos por los brazos y el calor de su mirada hizo a Tamsin olvidar el frío de por la mañana. Le hizo olvidar que llevaba un camisón que la cubría desde la cabeza a los pies. Le hizo sentirse desnuda. Desnuda y ardiendo.

—Pensaba que decías que… nuestro matrimonio sería simplemente algo… nominal —tartamudeó.

—Nunca he dicho eso, querida —recorrió todo su cuerpo con la mirada—. He dicho que sería un matrimonio de conveniencia. Y para mí será muy conveniente dormir en la misma cama que tú todas las noches. Muy conveniente tenerte desnuda a mi lado, en lugar de con ese casto camisón. No puedes ocultarme tu cuerpo. No lo permitiré. Lo que he saboreado sólo me produce más hambre.

Le pasó las manos por la espalda y la atrajo hacia él. El corazón de ella empezó a acelerarse y se asustó de él, de sí misma y de lo que Marcos le hacía sentir. ¿Cómo podía un hombre tan frío provocar ese… calor?

Se libró de su abrazo con una risa nerviosa y se acercó al armario a buscar una bata.

—Me muero de hambre.

—Yo también —dijo él con ojos ardientes.

Tamsin tragó con dificultad consciente de la cama que había justo detrás de ella y lo fácil que sería rendirse. Pero tenía que resistir. Hacer el amor con él le hacía sentir cosas que no quería experimentar cosas que no se podía permitir. Si iban a estar casados meses, no podía permitirse enamorarse de él. Para mantener su corazón a distancia, tendría que hacer lo mismo con su cuerpo.

—Me refiero a la comida —se cubrió con la bata y le hizo dos nudos al cinturón—. ¿Puedes decirme donde está la cocina?

—Haré algo mejor —le dedicó una sonrisa diabólica—. Te la enseñaré personalmente.

—No hay necesidad, creo que podré encontrarla…

—Te llevaré —el tono que empleó le hizo estremecerse.

¿Intentaría seducirla en un lugar tan público como la cocina a media tarde? Respiró hondo.

—De acuerdo.

La tomó de la mano, salieron de la habitación y bajaron las escaleras. Bajaron varios pisos hasta una enorme cocina en la parte trasera del castillo. El antiguo horno de ladrillos y las vigas de madera en el techo daban a la cocina un aire medieval que contrastaba con el brillante acero inoxidable de los modernos electrodomésticos.

—Ya estamos —dijo él con suavidad.

Estaban tan solos como en la habitación. Tamsin tragó saliva.

—¿Dónde está todo el mundo? Pensaba que la cocina estaría llena de cocineros preparando la cena.

—Siento decepcionarte, pero es la hora de la siesta. Falta mucho

para la cena ——arqueó una ceja—. ¿Tiene miedo de quedarse sola conmigo, señorita Winter?

—No, por supuesto que no —mintió—. Sólo quiero un sándwich y, por lo que ha dicho tu ama de llaves, no sabrías encontrar el camino a la cocina aunque tu vida dependiera de ello.

—Tienes tan poca fe en mí…

—Todo hombre tiene su punto débil —dijo ella alzando la barbilla y encogiéndose de hombros.

—Ese no es uno de los míos, querida. Raramente presto atención a la comida, sencillamente no me interesa. Pero darte de comer… eso me interesa mucho.

Empezó a sacar cosas de la nevera y de los armarios. Jamón serrano, mostaza de Dijon, lechuga, tomates y un grueso y crujiente pan.

—¿Qué haces?

Colocó todo en el pan e hizo un bocadillo que parecía medir más de quince centímetros.

—Siéntate —ordenó Marcos. Tamsin se sentó junto a una mesa redonda y él se sentó enfrente—. Prueba esto.

—¡No pienso comerme eso! —protestó ella—. Mi boca no es lo bastante grande.

—Creía que podrías hacerte con ello —dijo con una sonrisa malévola.

Le rugió el estómago sólo con ver el bocadillo. Abrió la boca todo lo que pudo para darle un mordisco y todo su cuerpo se alegró con el delicioso sabor. Nunca hubiera pensado que podía estar tan bueno.

—Es maravilloso —exclamó limpiándose un resto de mostaza de la comisura de los labios.

—Así que lo reconoces: hacer un bocadillo no es uno de mis puntos débiles.

—No —tuvo que admitir. Dio otro bocado y otro antes de notar que él seguía inmóvil mirándola—. ¿Tú no te vas a hacer otro?

—Estoy reservando el apetito —dijo—. Para el postre.

—Oh —dio otro mordisco y luego se dio cuenta de a qué se refería—. Oh.

Marcos ensanchó la sonrisa al darse cuenta de lo que ella había pensado.

—Helado —aclaró.

Cuanto más comía, mejor se sentía. Estaba empezando a pensar que tener contacto físico no sería tan peligroso. Sabía que Marcos era frío y vengativo, y que sería un desastre amarlo, pero tenía

confianza en ser capaz de manejarlo.

Hacer el amor podría hacer que otra mujer se enamorara, pero a ella no. Resistiría.

—Me lo he comido todo.

—Por supuesto —le acarició la mejilla—. No eres de esas mujeres enfermizas que sobreviven a base de lechuga y refrescos sin calorías. Eres una luchadora. Enamorada de la vida y de los placeres que nos ofrece.

Ella apoyó la cara en la mano que la acariciaba Marcos se inclinó por encima de la mesa muy despacio y la besó. Tamsin cerró los ojos deseando que no acabara nunca. El la puso en pie y le desató el cinturón de la bata, se la deslizó por los hombros y la dejó caer al suelo. El camisón de grueso algodón le pareció tan fino como una tela de araña.

—¿Quieres algo de postre? —susurró rozándola con los labios.

Con los ojos aún cerrados, se sentía ligeramente mareada. Las dudas que había tenido antes en ese momento le parecían tonterías. Marcos la había llamado luchadora. Ella creía que era fuerte. ¿Por qué iba a privarse del placer de hacer el amor por un temor ridículo a que le rompieran el corazón?

Además ya habían hecho el amor una vez. Otra seguro que no le haría daño.

—Sí —dijo ella con un suspiro—. Postre.

La soltó. Cruzó la cocina y sacó dos paquetes de helado de un congelador.

—¿Fresa o chocolate?

—¿Qué? —tartamudeo ella.

—Helado —agitó los paquetes en el aire—. Has dicho que querías.

—Oh —dijo decepcionada—. Me da lo mismo.

—Entonces de los dos —dejó los paquetes en una encimera de piedra y le tendió las manos—. Ven.

Hipnotizada por la intensidad de su expresión, le tomo las manos. Sin ninguna explicación, la atrajo hacía él y con un solo movimiento le quitó el camisón.

—¿Qué haces? —dijo ella en un jadeo tratando de cubrirse los pechos con los brazos—. Aquí no podemos…

—Puedo —sin esfuerzo aparente la tomó en brazos y en la fría piedra de la encimera donde la dejó solo con las bragas de algodón blanco que llevaba—. Y ahora, el postre —hundió una cuchara en el recipiente de helado de chocolate—. Abre la boca.

Conmocionada, dejó de resistirse y separó ligeramente los labios,

pero él no le puso la cucharada en la boca, le pasó el dorso frío de la cuchara por los labios. Sabía tan bien.

Involuntariamente Tamsin se humedeció los labios.

—¿Más? —sugirió él en un murmullo.

—Sí.

Pero en vez de darle más helado, se inclinó y la besó. El súbito calor de su boca y la caricia de la lengua le provocaron una oleada de deseo que le recorrió todo el cuerpo. Olvidó que estaba prácticamente desnuda en medio de la cocina y que podía verla cualquiera. Sólo quería que Marcos se desnudara también.

—Bésame —dijo incorporándose para acercarse a él. La besó, pero sólo de un modo ligero. Hundió la cuchara en el helado de fresa. Pasó el dorso de la cuchara por los pechos describiendo espirales alrededor de los pezones cada vez más erguidos. Dio la vuelta a la cuchara y dejó su contenido en la tensa piel, después se inclinó y lo recogió con la boca.

Tamsin gimió arqueando la espalda sobre la piedra.

Marcos repitió la operación sobre el otro pecho y ella pensó que se iba a volver loca.

—Por favor —gimió agarrándolo de la camisa y desabrochando algunos botones—. No me hagas esperar.

—¿Quieres que me quite la ropa?

Asintió.

Alzando una ceja le dedicó una sonrisa maliciosa.

—Pero estás cubierta de helado. En la cocina puede entrar cualquiera y vernos.

Así que era eso… Entornando los ojos, se sentó. Si ella podía estar desnuda y que la vieran, él también. Le tiró de la camisa, arrancando dos botones por la impaciencia, y se la puso ella. Apenas le llegaba a la parte alta de los muslos, y el único botón que quedaba era insuficiente para cubrirle los pechos, pero era bastante. Dejando el helado derritiéndose en la encimera, lo agarró de la mano y los sacó de la cocina.

—Señor —oyó decir al ama de llaves tras ellos al llegar a la primera planta—, iba a empezar a preparar la cena y me preguntaba qué preferiría si langostinos o rabo de toro… —terminó con un suspiro.

Tamsin se dio la vuelta para mirar al ama de llaves y vio el pálido rostro y el gesto de desaprobación al ver que ella sólo llevaba la camisa de Marcos, pero por una vez, le dio igual.

—Langostinos —dijo Tamsin y con una sacudida del pelo añadió —, pero no los prepare muy pronto, Marcos y yo vamos a estar

ocupados durante horas.

Después se volvió hacia las escaleras tirando de Marcos y dejando a Nélida farfullando algo en español.

—Has cambiado —dijo él mientras lo arrastraba al interior de la habitación.

Lo miró de hito en hito preguntándose si sería una crítica, pero en sus ojos encontró aprobación.

—El helado provoca esas cosas en las chicas —dijo mirándolo con la cabeza inclinada.

—Un postre peligroso —dijo él mientras le quitaba la camisa y la tiraba al suelo. Cerró la puerta de la habitación, la miró hipnotizado y le quitó las bragas—. Sí, muy peligroso —repitió—. Debería ser una sustancia controlada.

—Creo que tú la has controlado realmente bien —estaba desnuda delante de un hombre a plena luz del día y no le importaba, era estimulante.

—Ven aquí —la agarró por la cintura.

—¿Adónde? —ni siquiera trató de resistirse. La llevó al cuarto de baño. Había una ducha con inyectores de agua en los laterales. La temperatura se controlaba con unos mandos digitales. Tamsin la puso a cuarenta y un grados.

Salió de la ducha, se arrodilló delante de él y le quitó los pantalones y los boxers. Ya estaba excitado. Lo miró un momento. Nunca había mirado a ningún hombre tan de cerca. Era hermoso.

Lo tocó. Marcos casi dio un brinco.

Tamsin alzó la vista y miró el tenso rostro. Así que él no era el único que podía provocar el único que podía hacer que otro se muriera de deseo.

El descubrimiento era revelador… y satisfactorio. Le pasó los pechos por las piernas desnudas, deslizó la mano entre los muslos y fue subiendo hasta alcanzar su sexo. Se inclinó hacia delante y le pasó la lengua ligeramente. Salado, pensó. Suave.

—Dios mío —musitó él dando un paso hacia delante involuntariamente.

Cómoda en su nuevo poder, lo saboreó largamente. Marcos temblaba y con un gemido ronco la levantó en brazos.

—Provocadora —rugió y la metió en la ducha hasta hacerle apoyar la espalda contra los azulejos de colores.

El agua caliente los envolvió. La levantó apoyada en la pared, le separó los muslos y ella le rodeó la cintura con las piernas. Marcos entró en ella.

La conmoción por la penetración hizo gritar a Tamsin. El agua le

masajeaba el cuerpo entero mientra entraba en ella una y otra vez de un modo posesivo. Dejó caer la cabeza hacia atrás y cerró los ojos mientras los pechos se balanceaban a cada envestida. Llegó al orgasmo casi al instante, gritando, y él la siguió de inmediato con un alarido que resonó contra los azulejos de la ducha.

Durante un instante la sostuvo contra la pared mientras el agua los seguía golpeando.

Finalmente, la bajó. Tamsin sentía las piernas demasiado débiles como para sostenerla y se apoyó en el musculoso pecho de Marcos. Salieron de la ducha y se envolvieron en toallas. Marcos le acarició una mejilla y la miró con ternura.

De pronto algo cambió en el rostro de él.

—¿Pasa algo?

Marcos negó con la cabeza. Recogió los pantalones y entró en el dormitorio. Aún desnuda, lo siguió.

—¿Qué pasa?

—Nada —respondió él.

Tamsin se sentó en la cama. Quería proponerle que se metiera debajo de la sábana con ella, pero su gesto era demasiado duro.

—Dime algo.

—No es por ti —se dirigió hacia la puerta, se detuvo y la miró—. Es por lo que me haces. Haces que pierda el control. Nunca había hecho antes eso, Tamsin, nunca.

—¿Hacer qué? ¿Comer helado? ¿Hacer el amor en la ducha? —se ruborizó—. También es mi primera vez. Y tengo algo nuevo que agradecer.

Esperaba que él sonriera, pero su mirada era cada vez más severa.

—Salmos para Madrid esta noche.

—¿Madrid? ¿Por qué no Londres?

—No volveré a poner los pies en esa ciudad —dijo sin emoción —. Hice un juramento cuando tenía doce años y nunca incumplo mi palabra.

Tamsin se humedeció los labios. Sólo cinco minutos antes la había estado secando en su bonito cuarto de baño, frotando su cuerpo con una toalla de algodón blanco. En su rostro había visto cuidado, adoración. En ese momento la miraba como si la odiara.

—Pero, la audiencia sobre la custodia será en Inglaterra —señaló confusa. Y dijiste que estarías allí para hacer que cambiara la opinión sobre mí…

—No —bruscamente se apartó de ella y se sintió sola. El súbito abandono emocional que sintió, le provocó dolor físico. La estaba

castigando y no sabía por qué, pero dolía. Se cubrió con las mantas. Ya no se sentía descarada ni audaz, simplemente se sentía vulnerable.

—Daremos una semana a la prensa, en Madrid, para que cubra nuestro amor repentino —continuó—. Después nos casaremos con una ceremonia de cuento de hadas. La prensa británica se tragará la historia. Todo Londres hablará de nuestro romance.

El énfasis que puso en la última palabra fue casi una mofa. El orgullo de Tamsin empezaba a reaccionar.

—La boda no será necesaria —respondió. Si tus detectives encuentran suficientes pruebas contra mi hermano, podemos presionarlo para que me entregue la custodia.

—He dicho que me casaría contigo y es lo que voy a hacer.

—A lo mejor yo ya no quiero casarme contigo.

—¿Qué demonios significa eso? —preguntó con fuego en los ojos.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué estás tan enfadado conmigo? ¿Qué he hecho?

—Ya te he dicho que no es por ti —dijo pasándose la manos por el pelo.

—¿Entonces por qué actúas como si me odiaras?

—No me he puesto un preservativo, Tamsin —escupió—. Nunca se me había olvidado ponérmelo. Jamás. Nunca había perdido el control así —apretó los dientes—. Puedes estar embarazada.

—Oh —dijo ella casi sin voz.

Embarazada. ¿Cómo se podía haber olvidado ella también? ¿Cómo podía no haberlo notado?

—No te asustes tanto —dijo él con una carcajada.

—No estoy asustada. Estoy segura de que todo va a ir bien —dijo desesperada—. Sólo nos hemos olvidado una vez.

—Es todo lo que hace falta.

—Pero parece muy difícil que… que podamos… que pueda pasar algo —terminó lastimera.

Trataba de parecer despreocupada, pero estaba aterrorizada. Casarse con Marcos ya era bastante malo, pero tener un hijo suyo… Eso sería casi peor que casarse con Aziz. Porque Marcos la afectaba de un modo que Aziz nunca había logrado.

Podía enamorarse de él a pesar de lo oscuro de su alma. Podía arrastrarla a un mundo de sombras mezcla de angustia y deseo del que nunca saldría.

—No había pensado ser padre, ¿comprendes? —dijo airado—. No puedes estar embarazada, eso no puede suceder.

Lo miró parpadeando y le agarró una mano.

—Es muy difícil que esté embarazada, pero si ocurre lo afrontaremos.

—Cierto —murmuró él. Sostuvo su mano un segundo después la soltó—. Vamos. El servicio nos hará el equipaje. Esta noche dormiremos en Madrid y la semana que viene estaremos casados. Por fin harás de mí un hombre decente —le dedicó una sonrisa irónica—. ¿Le damos a Nélida la buena noticia?

«Sólo tengo que conseguir no enamorarme», se dijo a sí misma mientras lo seguía fuera de la habitación. Sólo estaría casada con él hasta que consiguiera la custodia de Nicole. No entendía por qué estaba tan asustado de ser padre, pero todo iría bien. No podía quedarse embarazada por una sola vez.

Podría hacer creer a los paparazzi que estaba enamorada de él. Disfrutaría de su compañía cada día y haría el amor cada noche sin entregarle su corazón.

Pero en el fondo estaba preocupada de que ya fuera demasiado tarde.

Capítulo 6

Marcos había vivido en Madrid durante años, pero volver con Tamsin era una experiencia completamente nueva. Los cinco días que llevaba con ella habían sido más intensos que cinco años.

En ocasiones anteriores había pasado la mayor parte del tiempo trabajando. Había mantenido a raya el estrés asistiendo a un club de boxeo, había salido ocasionalmente a tapear con amigos, o conocido a alguna mujer tomando una copa y se la había llevado a casa. Algo sencillo, sin ataduras. La mayor parte de su vida la había dedicado a amasar una fortuna para poder vengarse.

Pero Tamsin lo había cambiado todo.

Le hacía perder el control. Le hacía sentirse como un muchacho salvaje e impetuoso guiado por sus placeres e impulsos. Aquello no le gustaba, pero no podía resistirse.

Ya era bastante malo haber empezado a confiar en ella; haber dormido en sus brazos y sentido orgullo de haber sido el primer hombre con quien había hecho el amor. Desde entonces, habían hecho el amor tantas veces que había perdido la cuenta. Le hacía sentir. Creer. Soñar con una vida que hacía mucho había pensado que era imposible. Pero si finalmente estaba embarazada…

No podía ocurrir algo así. Toda vida que tocaba, la arruinaba. Todos a los que había amado habían muerto.

No podía tener otra familia. No podía arriesgarse a amar a una esposa. No podía arriesgarse a tener un hijo.

Pero se había equivocado dirigiendo su rabia contra Tamsin en el castillo. No era culpa suya tener ese efecto sobre él. No era culpa suya que aunque su cabeza no estuviera segura de poder confiar en ella, su cuerpo si.

Después de la ducha, habían tenido cuidado y habían usado protección. Los últimos cinco días habían conseguido atraer la atención de los paparazzi y todo el mundo hablaba de su amor salvaje.

Habían recorrido en moto la Gran Vía, montado en barca en la Casa de Campo. Habían bailado hasta muy tarde en un concierto en Suristán y acudido al Teatro Español para ver una obra de teatro clásico a la noche siguiente. La había llevado a la calle Orense a tomar mojitos y bailar hasta el amanecer. En una sensual sala de flamenco en Echegaray se había quedado tan hipnotizado por el efecto de las luces rojas en la piel de Tamsin y su suave balanceo al

escuchar la música que la había mirado a ella más que a las bailaoras.

Como había esperado la prensa los había seguido intrigada por la aventura entre el conocido millonario español y la joven heredera británica.

Siempre llevaban guardaespaldas por supuesto. Marcos no quería dar a Aziz la oportunidad de atacarlos y que se llevase a Tamsin por la fuerza.

No había llamado ni a Sheldon ni a Aziz. No le había hecho falta. Cada foto de Tamsin y él que salía en los medios, informaba a sus enemigos de lo que necesitaban saber y los humillaba.

Pero Marcos estaba centrado en Tamsin. Disfrutaría de ella, haría que consiguiera la custodia de su hermana y después le dejaría seguir su camino. Su tiempo juntos sería corto. Tenía que serlo. No podía arriesgarse a amarla o, peor, que ella se enamorara de él. No podía permanecer para siempre en aquel descontrol.

De momento todo iba como había planeado. Todos los días aparecían fotos suyas en los periódicos y, desde que dos días antes habían anunciado su compromiso, habían empezado a ocupar las portadas de los tabloides británicos.

Su foto favorita era la que había salido el día anterior: él abriéndole a Tamsin la puerta de un taxi en la calle Orense al amanecer. Ella tenía el pelo revuelto y llevaba un arrugado vestido de cóctel; él tenía un hematoma en el cuello.

Sonrió al recordar. Estaba tan hermosa que no había podido evitar besarla en la pista de baile. El beso se había prolongado hasta que no habían podido resistirse y se habían metido en una habitación vacía en el sótano de la discoteca. Rodeados de copas de champán y cajas de botellas, le había levantado la corta falda roja y la había poseído contra la pared de hormigón. Aún recordaba sus gemidos y cómo había temblado entre sus brazos, besándolo en el cuello.

Tenían que salir más a bailar. A lo mejor esa misma noche, pensó.

Por alguna razón, esos últimos cinco días había llegado en algunos momentos a olvidarse de su venganza y se había sentido sencillamente… feliz. Eso le provocaba intranquilidad. Esa mañana, mientras se dirigía a su oficina en la Castellana por primera vez en una semana, se había descubierto a sí mismo silbando. Había pensado dedicar la mitad del día al trabajo, pero cuando llevaba una hora estaba soñando despierto con Tamsin: en la cama, contra la pared, en la mesa, en todas partes…

Miró la enorme mesa de cerezo. Si ella lo hubiera acompañado al trabajo, se habría quedado, pero… Cerró el portátil y le dijo a sus dos asistentes que se tomara el día libre.

—Enamorado —oyó decir a su secretaria ejecutiva.

—Definitivamente —respondió la segunda.

Se dio la vuelta con el ceño fruncido.

—Lo he pensado mejor… —las miró hasta que parecieron preocupadas, entonces terminó la frase—. Tomaos libre el resto de la semana.

—¿También mañana? —preguntó la secretaria—. ¿Qué pasa con el fondo KDL? Y las inversiones de Tokio son tan volátiles…

—No puede hablar, en serio, señor, ¿Qué pasa con la fusión? La oficina de Nueva York…

—Yo me ocuparé —respondió y sonrió—. Me voy a Jávea.

Tres días con Tamsin en una playa de la Costa Blanca. No podía esperar. Se preguntaba incluso si saldrían para ir a la playa de la villa que había alquilado.

Por si eso no fuera bastante, cómo lo miraban sus empleadas no tenía precio. Actuaban como si no lo reconocieran, Bueno, a lo mejor se había comportado de un modo ligeramente diferente últimamente, pero ¿quién podía reprochárselo? Nunca había tenido ningún motivo para centrarse en su propio disfrute y tenía una amante irresistible.

Salió silbando del despacho cruzó las oficinas de Ramírez Ibérica S.R.L. y apretó el botón del ascensor. Se preguntó si Tamsin ya habría hecho el equipaje.

Las puertas del ascensor se abrieron con un pitido. Dentro había cuatro hombres descomunales con turbantes y chilabas. En medio de ellos un hombre mayor con la piel color de avellana lo miró con ojos pequeños y brillantes.

El sonido de la oficina desapareció de los oídos de Marcos al reconocer al jeque Mohamed Ibn Batuta al Maghrib. El tío de Aziz honorable, poderoso e increíblemente rico. También era muy eficaz a la hora de hacer desaparecer a la gente.

El humor de Marcos se ensombreció al instante.

Entró en el ascensor y las puertas se cerraron tras él.

—Tiene algo que pertenece a mi familia dijo el que con un inglés de Oxford.

Miró detenidamente a los guardaespaldas tratando de estimar su peso y la mejor estrategia para hacer frente a un ataque, apretó con fuerza el asa del ordenador preparado para emplearlo como un arma si era necesario.

—Iba a ser obligada a casarse en contra de su voluntad.

—¿Y qué derecho tiene usted sobre ella? Mi sobrino pide a gritos su sangre, lo mismo que su hermana Hatima. Dicen que la venganza es un asunto de familia.

—Aziz no tiene derecho a hablar de honor. Es un asesino y un ladrón.

El jeque lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Pronuncia esas palabras insultantes delante de mí?

—Es la verdad.

Finalmente en los ojos del jeque apareció algo parecido al respeto y dijo:

—¿Tiene pruebas de eso?

Marcos apretó la mandíbula y negó con la cabeza.

—Señor. Si lo que dice es cierto, usted tendrá justicia —lo miró con los ojos entornados—. Tiene tres días para probar lo que dice. Mi sobrino no le atacará ni tratará de llevarse a su prometida por la fuerza. Lo controlaré durante tres días y usted presentará las pruebas.

—¿Y si no lo hago? —peguntó retador Marcos.

El Jeque hizo un elocuente gesto con los hombros. Entonces tendrá algo más que mi sobrino de qué preocuparse.

Tamsin estaba asomada a la gran ventana. El ático de Marcos ocupaba toda la última planta de un elegante edificio modernista. Se asomó al balcón con un café en la mano a contemplar el frío amanecer. A lo lejos podía ver dos torres de cristal inclinadas sobre el tráfico de la calle. Marcos le había dicho que eran las Torres Kio, Puerta de Europa.

Marcos y ella eran como las torres, pensó de pronto. Inclinadas la una hacia la otra, pero incapaces de tocarse. Los separaban demasiadas cosas.

Su elegante ático con unas vistas increíbles a la Castellana y la zona financiera de Madrid, resultaba extrañamente vacío. Marcos había desaparecido repentinamente la noche anterior después de cancelar sus vacaciones en la playa sin darle ninguna explicación. Y sin él ese lugar que había estado lleno de delicia, resultaba solitario.

Solitario…, daba risa. Marcos había dejado seis guardaespaldas dirigidos por Reyes en el piso de abajo. Tenían vigilado el edificio para protegerla de Aziz, los paparazzi y los cazas famosos con frecuencia le preguntaban si estaba bien o necesitaba algo. Se sentía como una niña, pero Marcos había sido implacable.

Lo había echado de menos en la cama la última noche.

Dio un sorbo del fuerte café español. Lo había preparado ella misma esa mañana en la inmaculada cocina de Marcos. Tres guardaespaldas distintos le habían ofrecido traerle café de alguna tienda, pero aquello ya era demasiado. Podía soportar ser vigilada por un escuadrón de guardaespaldas, pero era capaz de prepararse un café.

¿Pero debía bebérselo? ¿Estaría embarazada? A los veintitrés años no se sentía en absoluto preparada para ser madre. Tener un hijo con un hombre que amaba tampoco era su mejor fantasía; tener un hijo con un hombre que no lo quería, sería un desastre.

¿Por qué tenía Marcos tanto miedo de ser padre?

Dio otro sorbo y miró la ciudad. Su propio padre tampoco debería haber tenido hijos. Había estado tan ocupado en sus ridículas y pequeñas venganzas que había hecho daño a cualquier persona lo bastante estúpida como para amarlo. Ni siquiera había estado junto a su madre cuando había muerto: se había dedicado a recorrer los pasillos del hospital insultando al director por un imaginario maltrato de un médico.

Así que su madre había muerto sola. Sin Tamsin, que había creído que su madre estaba mejorando y se había quedado en el internado para los exámenes finales. Y sin Nicole, que sólo tenía dos años y estaba en casa con la cuidadora.

Cuando su padre la había llamado para decirle que su madre había muerto, apenas había hablado de la mujer maravillosa que era, sino que se había pasado diez minutos gritando sobre los médicos y el director del hospital y prometiendo demandarlos. Como si eso le devolviera a su madre.

Y Marcos era igual. Otro hombre volcado en la venganza sin importarle a quién podía hacer daño.

Sintió un escalofrío y se agarró a la bata de seda. Era ella la que tenía que tener miedo de estar embarazada porque Marcos era la clase de hombre que siempre había querido evitar. Peligroso, encantador. Excitante… sí, pero como marido… como padre.

Siempre se había preguntado cómo su padre había conseguido convencer a tres mujeres diferentes para que lo amaran. En ese momento pensaba que lo sabía.

Se apoyó la mano en el vientre. No podía estar embarazada. Rogó para no estarlo. No del hijo de Marcos. Seria demasiado fácil enamorarse de él. Terriblemente fácil.

Y no podía comprometerse con un hombre que fríamente colocaba la venganza por encima de todo, incluso de su propia

familia. No podía permitir que otra criatura inocente sufriera como habían sufrido Nicole y ella e incluso Sheldon.

Entró a la casa y se vistió con esmero. Se miró en el espejo del cuarto de baño.

Debería ser un día, feliz: iba a elegir su traje de novia, pero en lugar de eso, tenía unas grandes ojeras.

Se dio la vuelta con el ceño fruncido. Una lástima no llevar con ella el tratamiento de Winter. Los productos de Cosméticos Winter era difíciles de encontrar fuera del Reino Unido. Una mala gestión, pensó, sacudiendo la cabeza con un suspiro. Si hubiera sido un hombre, a lo mejor su padre le habría dejado dirigir la compañía en lugar de a Sheldon.

Era la segunda vez ese mes que iba a vestirse de novia y ninguna de las dos había sido como en sus sueños. Toda su vida había soñado con casarse por amor.

«No necesito amor», se dijo llenándose las mejillas de maquillaje. Le gustaba Marcos. Disfrutaba del tiempo que pasaban juntos en la cama. Y, más importante, la ayudaría a conseguir la custodia de Nicole.

Eso era lo que importaba. No el amor. El amor era para los sueños, no para la realidad.

De hecho, estaba contenta de no amar a Marcos. Qué desastre hubiera sido eso.

—Mañana busca un vestido —había dicho él antes de marcharse —. Elige el que te gusta y la diseñadora lo tendrá preparado el día de la boda. Disfrutaré quitándotelo —había dicho con un guiño.

Dado que no estaba embarazada, casarse no seria tan malo, pensó mientras se metía en el ascensor. Tendrían su noche de bodas y desde que habían llegado a Madrid, cada momento que había pasado con Marcos había sido como estar de vacaciones.

El sol de septiembre resultaba agradable. Los fotógrafos gritaban su nombre intentando así que mirara a su cámara mientras Reyes y los demás guardaespaldas la llevaban hasta el Rolls—Royce que la esperaba. Se sentó en el asiento de atrás y el coche se puso en marcha suavemente.

Otra boda, otra limusina, pensó recordando Tarfaya. Las cosas habían cambiado, pensó mirando al exterior, el ajetreado Madrid. De pronto se quedó sin respiración.

—¡Pare! —gritó—. ¡ Pare por favor!

El chófer frenó en seco. Reyes, sentado en el asiento delantero, echó mano a su arma mientras salía del coche de un salto. Las dos jóvenes que agitaban las manos desde la acera dieron un salto hacia

atrás asustadas antes de que Tamsin pudiera explicarse. Un momento después, justo cuando estaban empezando a atraer la atención de los paparazzi, las tres chicas hablaban a toda velocidad en el asiento trasero de la limusina.

—¡Por fin! —dijo Bianca—. Llevamos aquí desde ayer. Hemos leído cosas sobre ti en Londres y hemos venido corriendo. Hemos intentado llamarte, pero tu móvil no funciona. Hemos tratado de ir a verte, pero tus guardaespaldas no nos han dejado. ¿Te casas con el tipo más rico del mundo? ¿De verdad necesitas un ejército de guardaespaldas?

—¿Es verdad, Tamsin? —interrumpió Daisy—. ¿Te casas con Marcos Ramírez?

—Es verdad —dijo Tamsin sonriendo entre las lágrimas. Ver a sus dos amigas era maravilloso—. Mi boda con Aziz se canceló.

Las otras dos chicas gritaron de alegría.

—Cuanto me alegro —dijo Bianca dándole un abrazo. —¿Otra boda rápida? —preguntó Daisy con el ceño fruncido. ¿No será otro nuevo plan de tu hermano y su maldita mujer? Aunque es difícil de imaginar. Tu español parece una delicia.

—Sí —suspiró Bianca—. Me gustaría que alguien me obligara a casarme con un hombre como ése.

—En persona es incluso más guapo —dijo Tamsin—. Y no, Sheldon no tiene nada que ver. Ha sido todo idea de Marcos. ¿Podéis quedaros a la boda? Es dentro de dos días.

—Me encantaría —dijo Bianca—, pero esta noche tengo que estar de vuelta en Londres y Daisy se marcha a Nueva York en cuatro horas.

—¿Las dos os tenéis que marchar de Madrid hoy? —dijo triste Tamsin—. ¿No os podéis quedar dos días más?

—Me gustaría quedarme —dijo Daisy sombría—, pero empiezo mañana en un trabajo nuevo.

—Y el curso de biología molecular en Michaelmas empieza muy pronto —dijo Bianca—. El preparatorio ha sido mucho más duro de lo que pensaba.

—Bueno —Tamsin forzó una sonrisa—, entonces sólo tenemos esta tarde. Me hablarás de tu nuevo trabajo, Daisy y tú de Oxford, Bianca. ¡Podéis ayudarme a elegir el vestido de novia!

—¡El vestido! —Bianca gritó tan alto que Tamsin se tapó los oídos riendo—. ¡Tu vestido de novia! —repitió—. ¡Sí, por favor! Creo que yo nunca podré elegir uno para mí. Pronto seré una de esas profesoras solteronas de las que tanto se habla. Y Daisy no confiará nunca lo bastante en un hombre como para casarse con él,

así que nos tienes que dejar vivirlo de forma indirecta en ti.

Parpadeando para contener las lágrimas Tamsin asintió feliz por no tener que elegir el vestido ella sola.

—Gracias por venir a verme.

—Yo no he tenido elección —dijo Daisy recostándose en el asiento de cuero—. Bianca insistió en venir a Madrid y decidí que tendría que acompañarla para que no perdiera el bolso, el pasaporte y la virtud con el primer español que la hablara suavecito.

Bianca empezó a protestar, pero las tres se echaron a reír. Llegaron al taller de la diseñadora. Reyes permaneció en la puerta vigilando mientras ellas tres pasaban a un salón privado. Un asistente les llevó una botella de champán y cerezas recubiertas de chocolate mientras las modelos les mostraban una selección de vestidos. Una hora después, ya por la segunda botella, Tamsin estaba disfrutando.

—Ese —dijo Daisy dando un grito señalando al más feo.

Incluso la modelo parecía avergonzada de llevarlo.

—No, ése —dijo Bianca soñadora señalando a uno de satén blanco que llevaba una modelo de largo pelo negro.

Pero Tamsin había sabido cuál era su vestido en el primer momento que lo había visto. Se dirigió a la diseñadora en español:

—Me gustaría probarme ése, señora.

Sus amigas se quedaron sin respiración al verla salir del probador unos minutos después.

—Oh, Tamsin —susurró Bianca con lágrimas en los ojos—. Pareces un ángel.

—No está mal —dijo Daisy.

Tamsin se vio en el espejo y se quedó sin aire. Por fin algo era como había pensado de pequeña.

El vestido sin tirantes con escote palabra de honor, tenía un corpiño ceñido y una voluminosa falda de seda francesa que colgada sobre un océano de tul. Con una fina diadema de diamantes y un velo, parecía una princesa de cuento de hadas.

Supo de inmediato que no saldría de la tienda sin el vestido.

—Incluso parece hecho para ti. A lo mejor te hacen un descuento.

—No necesito un descuento, Daisy —dijo Tamsin ausente sin dejar de mirarse al espejo.

—Había oído que habías perdido el fideicomiso —dijo Daisy escéptica.

—Eso ya no es un problema, Marcos tiene más dinero del que puede gastar.

—Pero no te casas con él por eso, ¿verdad? —preguntó su amiga.

—¡Claro que no! —protestó Bianca—. Se casa con él por la única razón que se casa una.

—¿Estás embarazada? —preguntó Daisy con el ceño fruncido.

—¡No! —replicó poniendo los ojos en blanco—. No estoy embarazada —al menos eso esperaba—. No estoy embarazada y no me importa su dinero. Me caso con él porque…

«Porque necesito conseguir la custodia de mi hermana», iba a decir, pero le vinieron a la mente las imágenes de Marcos besándola, de su cara de niño cuando dormía, de su dura mirada cuando aceptó morir por ella en el bosque.

Marcos enfadado, riendo. La mirada sensual que tenía cuando la abrazaba por la mañana y la besaba hasta hacerle pensar que iba a morir de felicidad.

Tamsin se sentó bruscamente sobre la seda francesa y el mar de tul.

—… Porque lo amo —dijo despacio—. Oh, Dios, lo amo.

—Por supuesto —dijo Bianca para reconfortarla.

Pero la mirada de Tamsin se encontró con la de Daisy.

—¿Cuál es el problema, Tamsin?

—Se suponía que sería un matrimonio de conveniencia —dijo cubriéndose la cara con las manos, pero me he enamorado de él. No puedo creer que sea tan estúpida.

En un rápido movimiento, Daisy se volvió en dirección a las dos asistentes de la diseñadora:

—Márchense —dijo—, ya les avisaremos cuando necesitemos más champán —luego se volvió hacia Tamsin y con voz suave le preguntó—. ¿Por qué una boda de conveniencia? ¿Por dinero, van tan mal las cosas?

—Sí. No —se frotó las sienes—. Sheldon había abandonado a Nicole. Como esposa de Marcos, podría conseguir la custodia. Puedo darle a mi hermana un hogar, la vida que se merece. Pero nunca esperé…

—¿Enamorarte?

Tamsin asintió lastimera.

—No estés triste, es algo bueno —exclamó Bianca—. Tú lo amas, él te ama, y seréis felices el resto de la vida. ¿Qué hay de malo en eso?

—Nada si él me amara, pero no es así. Y no lo hará. Tiene sus propios planes y yo no tengo nada que ver con, ellos.

—¿Estás segura? —preguntó Daisy.

Recordó el rostro de Marcos cuando dijo: «no habrá ninguna posibilidad de relación de futuro». El modo en que se apartaba de ella cuando se acercaba demasiado. La forma en que caballerosamente había cancelado su viaje a la Costa Blanca sin dar ninguna explicación. Y lo peor de todo, la mirada que tenía cuando había dicho: «no abandonaré mi venganza ni por ti ni por nadie».

—Estoy segura —dijo tranquila.

—No seas tonta —Bianca le dio una palmada en el hombro—. Seguro que funcionará. Sólo tienes que darle tiempo. Nadie puede evitar enamorarse de ti, Tamsin. Una vez que os hayáis casado, se olvidará de todos esos planes y se enamorará de ti hasta la médula. Ya lo verás. Funcionará todo de maravilla.

Tamsin se secó las lágrimas con el borde del velo.

—¿De verdad lo crees?

—Te equivocas, Bianca —dijo Daisy volviéndose a Tamsin—. Si tú lo amas y él no, el matrimonio será un desastre. No puedes seguir adelante con esto —tiró del velo y se puso en pie—. Huye. Confía en mí, huye tan rápido como puedas.

Tamsin pensó en las palabras de Daisy cuando volvió al ático después de dejar a sus amigas en el aeropuerto. Miró el vestido que se había llevado a casa a pesar de las advertencias de su amiga. ¿Qué visión de la vida se creía, la de Bianca o la de Daisy?

Antes hubiera sido la de Daisy, pero eso era antes. Antes de haber recuperado la perdida ilusión. Antes de haberse enamorado perdidamente. ¿Debía casarse con Marcos?

Volvió a mirar el vestido extendido sobre la cama de Marcos. Un instante después lo llevaba puesto de nuevo y recorría el pasillo descalza. Se echó el velo hacia atrás y se miró en el espejo. Cerró los ojos y se imaginó caminando hacia el altar. Marcos la esperaba allí y sus ojos estaban vivos y brillaban de amor…

—¡Dios mío! —le oyó decir con voz ronca.

Se dio la vuelta y vio a Marcos en el umbral de la puerta. Se ruborizó.

—¡Para! —dijo ella alzando una mano—. ¡Espera! —salió corriendo fuera de su vista—. Se supone que no debes verme antes de la boda, da mala suerte.

Marcos dejó caer la bolsa con el ordenador portátil al suelo y salió corriendo tras ella. La alcanzó en la habitación y la besó con ansia a través del velo.

—Tamsin, me estás volviendo loco —le susurró apoyado en la mejilla—. ¿Tienes idea de lo que te he echad de menos? Y vuelvo y te encuentro así vestida…

La volvió a besar salvajemente. Lo rodeó con los brazos mientras él la levantaba del suelo y la llevaba hasta la cama.

Tamsin sintió que el corazón se le desbocaba por algo más que deseo. Quería hablar con él.

La dejó en el colchón, se quitó la chaqueta y la corbata mirándola con ojos de deseo… y todo lo que pudo pensar ella era que lo amaba.

Marcos se desabrochó los gemelos y se quitó la camisa… y todo lo que pudo pensar ella era que lo amaba. Se quitó el resto de la ropa, se quedó desnudo de pie frente a ella, apoyó una rodilla en la cama y se acercó a ella… y todo lo que pudo pensar ella era que lo amaba.

Le levantó la voluminosa falda de tul y se cubrió con ella. No podía verlo, pero podía sentir su aliento, sus labios, su boca recorriendo el interior de sus muslos. Lentamente le separó las piernas y la saboreó haciendo que se arqueara y sus pechos presionaran el ceñido corpiño de seda.

Lo deseaba, pero más: estaba temblando por el esfuerzo de no pronunciar las palabras. No podía decírselo. Acabaría con todo lo que había entre ellos. El no la amaba, y nunca lo haría.

Pero eso era una bendición, ¿no? Si la amaba y no era capaz de cambiar su naturaleza vengativa, no sólo la destruiría a ella, sino a sus hijos. No podía reproducir su terrible niñez en otra generación.

«No lo amo», se repetía a sí misma, «es sólo autosugestión, no amor…»

Sus grandes manos acariciaban sus muslos y empezaron a subir por su cuerpo. La besó en el cuello. Lo sintió entre las piernas exigiendo entrar, y las abrió todo lo que pudo.

—El preservativo —susurró ella en el último segundo.

Marcos sacudió la cabeza y buscó en la mesilla.

—Perdóname —dijo en voz baja—. Pierdo la razón cuando estoy contigo.

Él tenía el mismo efecto sobre ella. Lo miró a la cara y le gustó cada detalle que vio. La nariz romana, las mejillas cinceladas, las pequeñas arrugas que tenía entre las cejas. Le estaba haciendo el amor con el vestido de novia. Tragó sintiendo que iba a estallar de deseo y que se le iba a parar el corazón si no le decía que lo amaba.

Marcos la había echado de menos.

Quería decírselo, pero las palabras se le quedaron en la garganta. Había ido a Agadir para tratar de reunir pruebas contra

Aziz. Al día siguiente, las tendría. Sheldon volaba hacia Madrid en ese momento, pero no era por eso por lo que Marcos había vuelto corriendo desde Marruecos después de una noche sin dormir y un día sin comer.

Había estado consumido por el recuerdo de Tamsin.

En ese momento, cuando la tenía entre sus brazos, experimentó un impresionante sentimiento de alivio. Como si hubiera estado a punto de perder su más preciada posesión, su fortuna, su mejor amigo.

La miró. Su pelo rojo fuego estaba extendido sobre la almohada mezclado con los diamantes Y el velo. Verla con el vestido de la boda, con los pechos levantados por el corpiño y la cintura tan estrecha había colapsado sus sistemas. En ese momento, sobre la enorme cama, observar en sus ojos una embriagadora mezcla de lujuria e inocencia, era suficiente para hacerle olvidar que era un hombre civilizado. Su cuerpo entero era recorrido por el primitivo deseo de poseerla.

Lo miró con los azules ojos tan oscuros como tormenta de verano.

—Yo… tú… —hizo una pausa y se mordió el labio—. Estás arrugando mi vestido de novia.

Le pasó las manos por el corpiño impaciente por llegar a los pechos, al vientre, la suave piel que ocultaba.

—Se interpone en mi camino.

—La cremallera está…

Antes de que pudiera terminar la frase había rasgado la parte delantera del vestido dejando la seda hecha jirones. Tomó los pechos entre sus manos. Tamsin jadeó primero indignada, pero luego de placer.

—Te compraré uno nuevo —dijo con voz ronca mientras la besaba en el cuello. La había echado tanto de menos—. Una docena, todos los que quieras.

—¿Una docena? —soltó una carcajada—. ¿Cuántas veces pretendes casarte conmigo?

La miró desnuda debajo de él.

—Sólo una —le dijo serio, pero se dio cuenta de que ya no quería divorciarse.

No tenía intención de dejarla marchar. Jamás. Quería que estuviera con él para siempre.

Tratό de sacarse esa idea de la cabeza. No podía permitirse necesitarla. No era bueno para un hombre necesitar a nadie. En cualquier momento ella podría abandonarlo, volver a Londres.

Enamorarse de otro. Podía patinar con el coche una noche de lluvia y matarse.

Y él se hundiría, solo. Otra vez. No. No podía permitirse pensar algo así.

Cerró los ojos, se colocó y entró dentro de ella, llenándola por completo. Ella gritó de placer. Marcos se quedó quieto saboreando el momento. Se sentía embriagado, ella le hacía olvidarlo todo menos cuánto la necesita.

Abrió los ojos. Se estaba volviendo demasiado importante para él. Demasiado necesaria para su felicidad. Tenía que terminar con aquello, tenía que dejar que se marchara, por mucho que le costase. Tenía que dejarla libre antes de que sucediese algo terrible, como…

—Te amo —susurró ella.

Se apartó de ella conteniendo la respiración. Lo estaba mirando con el corazón brillándole en los ojos.

—No —dijo él áspero—. En privado no. Guarda esa basura sentimental para cuando puedan oírnos los periodistas.

El rostro de Tamsin pareció congelarse.

—Pero es cierto, Marcos. De algún modo se ha hecho verdad. Te amo…

—¡Deja de decir eso! —se salió completamente de ella y la agarró de los brazos—. No es a mí a quien amas, es a esto.

Le metió la mano entre las piernas haciéndola gemir cuando con un dedo empezó a acariciarle el clítoris de modo rápido, febril hasta que se retorció de placer.

—Por favor —gimió ella—. Por favor, escucha…

Ignorándola, le tomó las manos y se las puso por encima de la cabeza sujetándolas por las muñecas. Le separó las piernas y volvió a entrar en ella. Se inclinó y le mordió un pezón, lo chupó con fuerza. Ella movía la cabeza de lado a lado, gimiendo y meciendo las caderas.

—Marcos, te a… —dijo en un gemido.

El le tapó la boca con un beso antes de que pudiera terminar la frase. Embistió con más fuerza casi como si quisiera parecer una bestia para que ella cambiara de opinión.

En lugar de eso, Tamsin se retorcía sacudida por el placer, alzando las caderas para recibirlo cada vez. Cuando llegó al orgasmo, no pudo evitar que gritara una y otra vez.

—Te amo, te amo…

Lo amaba.

Sólo pensarlo lo dejó conmocionado. No quería hacerle daño. A Tamsin no. Había sido la primera persona en veinte años que le

había hecho reír, le había hecho sentirse alegre, le había recordado lo bueno que podía ser el mundo. Hubiera muerto antes de herirla Hubiera hecho cualquier cosa por salvarla, incluso por salvarla de un hombre como él.

Sin terminar, bruscamente se salió de ella. Fue hasta la puerta a buscar su bata que le tendió bruscamente ella.

—Vístete —dijo crispado—. Te marchas.

Lo miró parpadeando mientras se sentaba en la cama encima de lo que quedaba del vestido.

—¿Irme? —repitió aturdida—. ¿Adónde?

—A Londres —reunió su ropa a toda prisa.

No podía permitirse volver a tocarla. Por el bien de ella, tenía que olvidarla. Olvidar la risa, la alegría, el brillo de sus ojos. Olvidar que la había conocido.

—¿Londres? —la expresión de sufrimiento en sus ojos, lo mataba.

—Para estar con tu hermana. La boda está cancelada.

Capítulo 7

Tamsin se sintió enferma.

Observó a Marcos buscar en el armario y ponerse una camisa sastre sobre el musculoso torso. ¿Por qué no se había quedado callada? Tres minutos antes, la estaba haciendo gritar de placer sin quitarle el vestido de novia. En ese momento, ni siquiera la miraba. El matrimonio más corto de la historia, pensó triste.

Pero sabía que eso podía ocurrir si le decía que lo amaba. Había pronunciado las palabras con la vana esperanza de que eso hiciera cambiar algo en él y olvidara sus planes de venganza.

Y también porque había sido incapaz de contenerse. Nunca antes había estado enamorada, pero ya estaba aprendiendo cuánto podía doler el amor.

Recorrió con la mirada la elegante y espartana habitación. Se detuvo en el enorme edredón blanco sobre la cama enmarcada en negro. Todo era blanco o negro. Nada de color. Nada gris.

—¿Cancelas la boda por lo que he dicho?

Finalmente la miró mientras se abotonaba la camisa.

—Sí.

—Pero tenemos que casarnos. Mi hermana…

—Tengo una reunión con tu hermano esta tarde. Te conseguiré la custodia de Nicole, te doy mi palabra.

—¿Mi hermano va a venir aquí?

—El jeque Mohamed al—Maghrib vino ayer a mi oficina exigiendo pruebas de mis acusaciones contra Aziz. Me fui a Marruecos a después de veinte años, las pruebas son escasas pero necesito la confesión firmada de tu hermano.

—¿Vas a decirme qué te hicieron? —preguntó con voz tranquila.

Marcos negó con la cabeza.

—Le diré a mi secretaria que te reserve un asiento en el primer vuelo a Londres. Mis abogados se pondrán en contacto contigo para arreglar lo de la custodia Es lo mejor para los dos. No volveremos a vernos jamás.

¿No volver a verlo nunca? ¿Jamás?

Sintió el corazón tan hecho jirones como el vestido de novia. Trató de convencerse de que era lo mejor. Se puso en pie y se cubrió con los restos de seda. Era todo lo que podía hacer para no ponerse a llorar.

—No se por qué le das tanta importancia a esto. Incluso aunque

fuera verdad que te amo, ¿por qué me apartas de ti? ¿Por qué te importa?

La expresión de Marcos se endureció hasta parecer salvaje.

—Porque me importas, Tamsin —rugió—. ¿Estás satisfecha? Me importas lo bastante como para no querer verte sufrir. Y si te quedas conmigo, eso es lo que pasará.

Era cierto. Sabía que le haría sufrir y, si tenían hijos, a ellos también. Debería sentirse agradecida porque la dejase marchar. Debería salir corriendo lo más rápido que pudiera y no volver la vista atrás.

Pero no podía correr. Ya no podía. Lo amaba.

—El jeque piensa que he insultado a su familia —dijo Marcos severo— y, a menos que pueda demostrar lo contrario en dos días, será la guerra. Te mandaría a un millón de kilómetros, pero tendrá que ser Londres.

—¿Estás tratando de protegerme de ellos?

—No sólo de ellos. Todos los que me han querido acaban sufriendo o algo peor. No permitiré que eso te suceda. A ti no —se dio la vuelta y se quedó mirando a la puerta—. Adiós, Tamsin.

Lo miró irse y se dio cuenta de que se alejaba de ella para siempre.

—¿Qué pasa si estoy embarazada?

Marcos se detuvo, pero no se volvió. Dijo en voz baja:

—Me ocuparé siempre de los dos. Tendrás más dinero del que necesites, pero los dos estaréis mejor sin mí.

Tamsin se llevó las manos a las mejillas. ¿Cómo iba a discutir con él si todo lo que decía era cierto? Pero al verlo de nuevo echarse a andar, sintió que no podía dejarlo ir.

Corrió y se colocó delante de él.

—Me quedo contigo.

—Tamsin… —dijo con un suspiro de amargura.

—Sólo durante la reunión con mi hermano. No me importa lo que digas. Mi prioridad es el bienestar de Nicole. Por lo que sé, cuando veas a Sheldon puede que se te olvide que tienes que ayudarme y a lo mejor lo tiras por la ventana. No puedo permitir que Nicole acabe tutelada por Camila.

—¿Tirarlo por la ventana? —la miró incrédulo—. Tengo un poco más de autocontrol que eso.

—No me iré hasta que sepa que mi hermana está a salvo.

Los ojos de Marcos eran grises y fríos como un invierno ártico.

—Está a salvo. Sheldon y su esposa se la han llevado a Londres anoche y la han dejado con una antigua niñera, Allison algo…

—¿Allison Holland?

—Sí.

Respiró aliviada. Si Nicole estaba con Allison, suponía que estaba bien cuidada. También había sido la niñera de Tamsin.

—Está intentando parecer un cuidador adecuado —siguió Marcos—. Sabe que andamos tras la custodia.

—Una razón más para que me quede a ayudar.

—Estás perdiendo el tiempo. Unas pocas horas no me van a hacer cambiar de opinión.

—Bien. Lo entiendo. Nada de boda. De todos modos, casarme contigo tampoco era exactamente idea mía —dejó a un lado el dolor en el corazón. Terminar con esa relación era lo mejor—. Me quedo por Nicole. No tiene nada que ver contigo.

—Bien —dijo Marcos apretando la mandíbula.

—Bien —Marcos se dio la vuelta para irse—. ¿Marcos?

—¿Qué?

—Quiero darte las gracias —respiró hondo y lo miró a los ojos —. Gracias por no amarme.

Tamsin estaba sentada en el despacho de Marcos. La amplia ventana tras su mesa mostraba gran parte del Paseo de la Castellana. Casi se podía ver el ático de Marcos a alguna distancia. Deseó estar allí de vuelta, entre sus brazos, en la comodidad de su cama sin haberse dado cuenta de que lo amaba.

Agarrada a los brazos de su silla, sopló su taza de té por décima vez. Sentía en los hombros las manos de Marcos que estaba de pie tras ella, pero eso la ponía aún más nerviosa.

—Tu hermano ya no puede hacerte dañó.

—Puede hacer que Nicole no tenga una infancia en condiciones.

—Eso no va a suceder.

Le temblaban las manos. Tomó su primer sorbo de té y se dio cuenta de que estaba frío. No la sorprendió, la secretaria de Marcos se lo había llevado cuando habían llegado y los últimos veinte minutos los había pasado soplando a la taza como en un curso de parto sin dolor.

Al pensar en ello, Tamsin se llevó la mano al vientre. Se obligó a tranquilizarse. No estaba embarazada y pronto tendría la prueba. Podría dejar a Marcos como él quería y empezar una nueva vida con Nicole. La vida que la niña merecía.

Debería estar agradecida.

Sin embargo, dejar a Marcos le parecía como encerrarse para

toda la vida.

—¿Qué querías decir antes? —preguntó Marcos de pronto.

—¿Cuándo? —preguntó ella aunque sabía a qué se refería.

Seguía apoyado en sus hombros. Cuando la miró su rostro era una máscara inescrutable.

—Cuando me has dado las gracias por no amarte.

—Por tu deseo de venganza —dijo tranquila—. No puedo vivir con un hombre cuya vida está forjada por la furia. Casarme contigo me envenenaría. Envenenaría a nuestros hijos. Pero, incluso sabiéndolo, no puedo resistirme —lo miró a los ojos—. Gracias por no amarme.

—Tamsin… —apretó las manos en los hombros.

—Los Winter están aquí, señor —interrumpió una de sus asistentes a través de intercomunicador.

Marcos apretó un botón de la mesa y dijo:

—Que pasen —soltó el botón y apretó la mandíbula—. Me sorprende que traiga a su mujer.

—A mí no —dio otro sorbo—. Siempre ha sido del tipo lady Macbeth, empujándolo a todo. Antes de que se casaran él no era tan malo.

Se abrió la puerta y Tamsin se puso de pie temblorosa.

—Señor y señora Winter —anunció la secretaria e español y después con un fuerte acento, dijo en inglés—. ¿Un té, café?

—Nada —dijo Camila.

—Preferiría un escocés —dijo Sheldon.

—Yo se lo sirvo —dijo Marcos mirando con agresividad a Sheldon y después hizo un gesto a su secretaria que se marchó.

El medio hermano de Tamsin se retorció incómodo bajo la mirada de Marcos. Al verlo así, con mirada rapaz y los puños apretados, ella se preguntó si realmente sería capaz de tirar a Sheldon por la ventana, Parecía que mantenía el control con todas sus fuerzas, pero que en cualquier momento podía agarrar a su hermano del cuello.

Marcos se dio la vuelta y sirvió un vaso de whisky. Se lo tendió a Sheldon con una sonrisa.

—Siéntese.

—No hasta que me diga por qué estamos reunidos —dijo Sheldon—. Hay que tener valor para…

—Oh, siéntate, Sheldon —interrumpió Camila sentada en una silla con las piernas cruzadas y el caro bolso en el regazo—. Deja que el señor Ramírez hable. Cuanto antes acabemos aquí, antes podremos volver con nuestra querida niña.

—¿Querida? —susurró Tamsin—. La has explotado, hecho pasar hambre para pagarte la cirugía estética y los viajes a esquiar.

Camila le dedicó una sonrisa forzada.

—Sólo le estábamos dando la oportunidad de experimentar que es la independencia. Por ti, claro.

—¿Por mí?

—Por supuesto. Tú creciste encerrada y luego te has convertido en la mayor zorra de Londres. Un cambio de modelo educativo parece tener sentido.

—Oh, tú… —Tamsin saltó de la silla con idea de abofetear el tenso rostro de Camila, pero Marcos la sujetó.

—Sugiero —dijo Marcos a Sheldon— que ates a esa gata antes de que los dos tengan que arrepentirse.

Sheldon pareció sorprendido, como si tener alguna posibilidad de controlar a Camila fuera algo que nunca se le hubiera ocurrido.

—¿Cómo se atreve? —dijo Camila levantando la nariz sintiéndose insultada—. Será usted quien se arrepienta de hablarme así. El precio de la custodia de Nicole se acaba de incrementar cien mil libras.

—¿Estás vendiendo a mi hermana? —gritó Tamsin.

—¿Por qué no habría de hacerlo? Su fideicomiso casi se ha terminado. La niña no nos sirve para nada. Podría venderla por más en algún otro sitio. ¿Cuánto crees que pagaría por una niñita rubia alguien como Aziz?

Tamsin se quedó sin respiración.

—¿Tienes alma? —preguntó.

—Por supuesto —dijo Camila satisfecha de sí misma—. Y un juzgado lo creerá. Convenceré al juez de que adoro a la niña como si fuera mía. Te desprestigiaré en la prensa con cualquier asqueroso secreto que tengas. Incluso aunque tenga que inventármelo.

Tamsin miró a Marcos que había estado escuchando en silencio desde la silla giratoria tras la mesa. ¿Por qué no decía nada?

Camila se miró las uñas de manicura.

—Es mejor que pagues. Sé que el señor Ramírez se lo puede permitir. El precio de Nicole era de dos millones de libras, pero ahora se ha incrementado en cien mil más. Y cuanto más tardes, más subirá.

Marcos cruzó las manos detrás de la cabeza.

—¿Está usted de acuerdo con su esposa, señor Winter?

—Bueno, por supuesto yo no vendería a Nicole a ningún harem. Eso sería una barbaridad…

—Cállate, Sheldon —siseó Camila, él se calló y dio un sorbo de

whisky.

—¿Una oferta mejor? —exigió Camila.

—Sí, creo que sí.

—Adelante —dijo ella.

—Puede que sean capaces de acosar a Tamsin, pero sus métodos conmigo no funcionan. No tengo veintitrés años y un corazón generoso. Yo soy —dijo con una sonrisa que hizo sentir frío a Tamsin— un monstruo como ustedes. O peor. Les daré dos opciones. Primera: los dos van a la cárcel por maltratar a una niña. Ya tengo las pruebas necesarias para convencer a un jurado, además de la capacidad financiera para asegurarme un veredicto si eso fuera necesario. El escándalo sería la puntilla de su negocio. Ninguna mujer comprará cosméticos de una empresa relacionada con el maltrato infantil. No tendrán dinero siquiera para pagarse un abogado decente, así que conseguiré la sentencia más dura posible —se puso en pie y se apoyó con las manos en la mesa—. Esa es mi mejor oferta.

—No tengo por qué escuchar esto —dijo Camila—. Sheldon, vámonos…

Empezó a ponerse de pie, pero Marcos le hizo una señal con el dedo para que volviera a sentarse.

Por primera vez en su vida, Tamsin vio a Camila quedarse sin palabras.

—Mi segunda opción —continuó Marcos como si no hubiera pasado nada— no es tan generosa. Saben cómo secuestre a Tamsin. Eso no fue nada. Puedo hacer desaparecer a los dos. Nadie sabrá nunca siquiera lo que ha pasado. Serán dos montones de huesos que encontrará un arqueólogo dentro de cien años.

Camila se mordió el labio y agarró con fuerza el bolso.

—Creo —protestó débilmente Sheldon —que está asustando a mi esposa…

—Usted debería ser quien estuviera asustado, Winter —se volvió hacia él—. He pasado veinte años soñando con el día en que le hiciera pagar.

Sheldon pareció asombrado.

—¿Yo? Sabía que tenía alguna cuenta pendiente con Aziz, pero ¿qué tiene en contra mía? Por lo que yo sé, ni siquiera nos hemos conocido antes.

—Hace veinte años usted compró una fórmula de una crema antiedad que Aziz había robado a mi padre. Sus abogados recurrieron a un juez deshonesto para que usted se quedara con la patente. Mi padre se arruinó y después murió junto a mi madre y mi

hermano. He soñado con la venganza y hoy, por fin, ese día ha llegado.

Tamsin lo miró. ¿El padre de Marcos había creado la fórmula de la crema antiedad? Conocía bien el producto. Estaba incluido en la línea de Winter que mejor se vendía. Y durante todos esos años, Sheldon había recibido los beneficios de la fórmula. Había sido su único éxito en la empresa, la única cosa por la que su padre lo había alabado.

Y se la había robado al padre de Marcos.

Y toda la familia de Marcos había muerto, incluido su hermano pequeño a quien tanto quería, ¿pero cómo? ¿Cómo había sucedido? ¿Y cómo había sobrevivido él?

Marcos se puso de pie delante de Sheldon como un arco y con los puños apretados. Tamsin quería abrazarlo, decirle que todo iba a ir bien, ofrecerle la comodidad de su cuerpo y de su amor. Entonces recordó que él no tenía ningún interés en su comodidad. Al contrario. Parecía cómo si pudiera arrancarle el corazón a Sheldon con sus propias manos. Eso le dio miedo.

Su hermano tenía el rostro empapado en sudor.

—Ya había tenido tres fracasos en I+D. Mi padre iba a matarme. Vi la fórmula y me quedé con ella, ¡pero no quería hacer daño a nadie! Lo juro por Dios, si hubiera sabido que alguien podía morir nunca…

—Exacto. Así que se quedó con la fórmula y ha vivido de los beneficios los últimos veinte años. Pero ahora Winter International está en quiebra. Lo que usted no ha hecho para arruinar la empresa, lo he hecho yo.

—¿Me ha arruinado intencionadamente? —peguntó Sheldon.

—Sí. Y haré algo más. Se merece sufrir como sufrió mi familia.

Con las manos enlazadas, Marcos dio un paso en dirección a él. Y Tamsin de pronto olvidó su propio miedo por el pánico de que pudiera matar a su hermano. Fuera lo que fuera Marcos, no era un asesino y no iba a permitir que se convirtiera en uno en un momento de presión.

Lo agarró de los hombros. Marcos se volvió a mirarla, sus oscuros ojos eran salvajes y, por un instante, incluso pensó que podría golpearle a ella.

—Marcos —dijo con suavidad.

La reconoció y parte de su ira desapareció. Respiró hondo y se volvió a decir a Sheldon.

—Esto es lo que va a hacer: va a entregar la custodia de su hermana a Tamsin. Y me va a firmar una confesión sobre la fórmula

que yo pueda utilizar para probar que Aziz al—Maghrib es un ladrón. Haga esas dos cosas le dejaré vivir. Se quedará sin un penique y puede que vaya a la cárcel, pero le dejaré vivir.

Sheldon se humedeció los labios.

—Sí —dijo con un suspiro de resignación. Se frotó la cabeza—. Sí. La justicia casi será un alivio después de todos estos años —se volvió a Tamsin—. Quédate con Nicole. Dios sabe que no la he cuidado bien.

—¡Cobarde! —gritó Camila poniéndose de pie y mirando a Sheldon—. Siempre he sabido que eras débil. Me separo de ti —se colgó el bolso del brazo—. Nuestro matrimonio se ha terminado. Me voy con un hombre de verdad que no se encoja de miedo y hable de justicia.

Salió como un vendaval. Sheldon la miró marcharse con los ojos enrojecidos, pero no trató de detenerla.

—Y ahora, ¿qué quiere que firme?

Así era como sabía la venganza.

Marcos tenía en sus manos la confesión, la contemplaba mientras Tamsin acompañaba a su hermano al ascensor. Dejó el papel en la mesa al lado de los documentos de cesión de custodia. Miró la firma de Sheldon en los dos. Después de veinte años, finalmente había aplastado a Sheldon Winter. Había conseguido pruebas del crimen de Aziz al—Maghrib. Había ganado.

Pero había pensado que eso le haría sentirse… diferente. ¿Dónde estaba su triunfo? ¿Dónde estaba la sensación de paz?

«Gracias por no amarme».

Giró bruscamente la silla y miró por el ventanal. El cielo era azul y brillaba el sol, lo normal en un día de septiembre, pero las sombras de los altos edificios de Azca estaban por todas partes. Miró a la Castellana. Diez pisos más abajo la gente estaba sentada en las terrazas de los cafés disfrutando del calor del sol.

Tuvo un repentino recuerdo de sus vacaciones con la familia en el sur de Inglaterra cuando, después de tres días de lluvia, las nubes se habían abierto de pronto y habían corrido a la playa para disfrutar del calor del sol. Incluso en ese momento podía cerrar los ojos y escuchar el eco lejano de las risas de su hermano, sentir los brazos de su madre alrededor de los hombros, reconocer la voz de su padre por encima del ruido de las olas.

Pero casi inmediatamente, sus recuerdos desaparecieron enterrados bajo el chirrido de las ruedas y el ruido del metal

aplastado que había imaginado tantas veces. Apretó los puños.

Su padre había cometido el error de enseñar una primera versión de su fórmula a Aziz, descendiente de una acaudalada familia que controlaba una gran parte de la producción mundial de aceite de argán. Había tenido la esperanza de convencer a Aziz de que invirtiera, sin embargo éste había decidido hacer dinero rápido vendiendo la fórmula a Sheldon.

Y mientras estaban de vacaciones, después de ese único día de sol, sus padres habían descubierto que el inmoral equipo de abogados de Winter International se las había arreglado para convencer al juzgado de que la gigantesca empresa de cosméticos había sido la que había creado la fórmula. Después de años de investigaciones, la pequeña firma farmacéutica de su padre lo había perdido todo. Incluso habían perdido sus vidas.

Se frotó los ojos. Si la venganza no funcionaba, ¿entonces qué? ¿Qué le quedaba?

Funcionaría, se dijo. Tenía que hacerlo. Sólo era que no había terminado el trabajo. Había arruinado a Sheldon Winter, y seguro que iría a la cárcel. Le quedaba ver a Aziz humillado, desheredado y avergonzado delante de su clan.

Si eso tampoco funcionaba, entonces tendría que pensar en otra cosa. Retaría a Aziz a una pelea. Quería destruirlo. Sólo eso enterraría finalmente sus pesadillas.

«Casarme contigo me envenenaría. Envenenaría a nuestros hijos. Pero, incluso sabiéndolo, no puedo resistirme. Gracias por no amarme».

Cerró los ojos y respiró hondo. Tamsin tenía razón. Casarse con él la hubiera destruido. Apartarla de él era lo único realmente desinteresado que había hecho en su vida.

Se volvió a mirarla cuando entró en el despacho. Llevaba un sencillo vestido azul que ocultaba las curvas, pero que, de algún modo, resaltaba los lugares adecuados. La seda índigo hacía juego con sus ojos.

Ella había sido un oasis, pensó. Un trago de agua clara en el seco desierto de la vida.

Se sentó en la silla más cercana a él y cruzó las piernas.

—He hablado con Sheldon —dijo ella—. Está sinceramente arrepentido. Dice que tratará de devolvernos nuestro fideicomiso cuando pueda y sé que no debería, pero lo creo.

—Te abofeteó. Trató de obligarte a casarte con alguien que no querías. ¿También está arrepentido por eso?

—Parte de eso fue culpa de Camila. Estaba gritándole para que

lo hiciera. También le aseguró que Nicole estaría perfectamente bien ella sola un par de semanas. El se creyó que sabía de niños —alzó una mano—. No me entiendas mal. No es que crea que es un buen tipo, pero después de un tiempo… creo que seré capaz de perdonarle.

—Yo no. No hay ninguna excusa para pegar a una mujer. Jamás.

—Puede ser, pero no voy a malgastar otro segundo de mi vida enfadándome con él. Quiero empezar una vida nueva. Por mí misma. Por mi hermana —rodeó la mesa hasta donde estaba él y lo abrazó—. Tú lo has hecho. Nos has salvado —le besó la mejilla—. Gracias.

La deseaba tanto, que era insoportable. No sólo su cuerpo. Deseaba su optimismo, su alegría, su paz. Deseaba lo que una vida con ella le hubiera ofrecido si las cosas hubieran sido diferentes.

Hubiera sido tan fácil amarla…

La apartó de él, no quería sentir su contacto, no quería sentirse tentado por todos esos sentimientos que lo asaltaban cuando ella estaba cerca.

—No hay de qué.

—Así que se acabó —volvió a sentarse.

—No —dijo él—. Todavía no está todo cerrado.

—Por favor, no le hagas nada más a Sheldon. No por él, por mí. Va a dejar Winter International, sólo aceptó el puesto de director general porque mi padre insistió. Y no quiere ser él quien lleve a la empresa a la bancarrota después de sesenta años de historia. ¿No es gracioso? No quería, yo sí, pero mi padre decía que era un mundo de hombres y que yo no hacía nada ahí.

—Tu padre era idiota.

—Tenía casi sesenta años cuando nací yo. No creo que entendiera nada. Sólo sabía mandar, extorsionar y golpear. Era el hombre más vengativo que he conocido —iba seguir hablando, pero se detuvo.

Marcos supuso que iba a decir: «hasta que te conocí a ti».

Tamsin se aclaró la voz.

—Da lo mismo. Nunca se me había ocurrido pensar que Sheldon también se sintiera atrapado por él. Va a volver a casa y abrir una tienda de golf. Siempre le ha encantado el golf. Y yo tengo una idea loca —bajó tímida los ojos y sonrió—. A lo mejor trato de hacerme cargo de Winter International. ¿Qué te parece?

—Tu hermano no va a abrir ninguna tienda —dijo parcos—. Va a ir a la cárcel.

—Marcos, por favor —Tamsin se puso en pie con las manos

juntas. Déjalo ya.

No tenía sentido discutir con ella. Marcos hizo girar la silla y miró por el ventanal. El sol le daba en el roso. Se giró a mirarla a ella.

—Tienes los papeles que te dan la custodia. Vete a Londres. Diré a los abogados que esperen tu llamada. Tu hermana te necesita.

—No quiero dejarte así —dijo con un suspiro.

—Ese era nuestro acuerdo —dijo sin ninguna expresión en el rostro—. Ambos sabemos que es lo mejor.

—Sí, lo sé —dio un paso en dirección a él. A la luz del sol su pelo era rojo como las rosas y sus ojos tenían un azul que nunca había visto. Le apoyó una mano en el hombro—, pero no quiero dejarte. Por favor, Marcos, abandona la venganza —susurró—. Elígeme a mí.

Marcos negó con la cabeza y la apartó de él con una carcajada amarga.

—Si te crees que después de veinte años puedo dejar que Aziz salga impune por lo que hizo, entonces no me conoces. A pesar de que digas que me amas.

Se arrodilló delante de él y le apoyó las manos en las rodillas.

—Mi padre se consumió por la venganza y eso destrozó mi familia. No importa lo que pienses que será para ti. Será igual. Sólo alimentará la oscuridad en tu corazón y te hará querer más. Abandona. Por favor —sus ojos se llenaron de lágrimas—. Te amo, por eso te pido que te olvides de Sheldon y de Aziz.

Oírla decir eso le hacía sentirse aturdido, como si el suelo se moviera bajo sus pies. Le hacía tener dudas sobre el mundo y su lugar en él.

Y eso no le gustaba. Además…

La atracción que ejercía sobre él era magnética Se acercó a ella mirando cómo sus pechos subían y bajaban. La miró a los ojos y le acarició una mejilla, la garganta, la piel de los hombros.

Tenía que alejarla de él. Por el bien de ella. Lo antes posible, pero no quería hacerlo. Quería hacer el amor con ella. En su mesa, en casa, en todas partes. Quería ponerle un anillo. Quería unirla a él. Quería que fuera su esposa. Quería que le diera hijos. Quería despertarse al lado de ella el resto de su vida.

Y entonces fue cuando sintió la horrible verdad como una bala en el corazón: estaba enamorado de ella.

Capítulo 8

Sin respiración, Tamsin esperó su respuesta. La miró unos instantes. Había una extraña luz en sus ojos. ¿Qué estaba pensando? ¿Sería posible que se olvidara de su venganza? ¿Serían felices después de todo?

Entonces Marcos habló. Tenía la voz de un hombre de cien años.

—Tamsin, no puedo dejar que Aziz salga libre. Debe ser castigado. Es la única forma de que encuentre la paz.

Respiró mientras la esperanza la abandonaba.

—Lo siento. Sé que no es lo que tú querías, pero es la única respuesta que puedo darte —siguió acariciándole la mejilla—. No puedo mentirte. A ti no.

Dio un tambaleante paso atrás consciente de que si seguía al alcance de las manos de él podía lanzarse a sus brazos y no salir nunca más de ahí.

En el rostro de él se dibujó un gesto de dolor, bajó la mano.

—Arreglaré tu regreso a Londres —apretó el botón del intercomunicador—. Amelita, por favor reserve un billete en el primer vuelo a…

—No —tiró de la mano de él para que soltara el botón—. ¡No puedo dejar que malgastes tu vida de ese modo! ¡No!

—¿Señor? —preguntó su secretaria en español—. ¿Puedo ayudarlo?

—Un momento, Amelita —soltó el botón y miró a Tamsin—. No puedes evitar que consiga justicia.

—No es justicia. Es venganza y no te hará feliz. No te dará la paz —le apretó más la mano—. Así es como mi padre perdió a sus amigos, sus matrimonios el amor de sus hijos. Siempre estaba enfadado, siempre dispuesto al ojo por ojo. Pero he oído que no siempre había sido así. Su primera mujer tuvo una aventura Con su mejor amigo. Eso le rompió corazón y no paró hasta que aplastó a los dos. Pero incluso cuando los dejó sin dinero y en la calle, no fue feliz. Estaba siempre esperando a la siguiente persona que lo traicionara. Algunas veces, incluso daba él el primer golpe por si acaso.

—Yo no soy así —dijo Marcos apretando los puños.

—Puede que todavía no, pero lo serás —miró los papeles en la mesa—. Tienes la confesión de Sheldon, ¿te hace eso sentir en paz?

—Es el principio —apretó la mandíbula.

—Es mentira. La venganza no te hará sentir mejor y no te devolverá a tu familia.

—No sabes nada de mi familia —se soltó de su mano de un tirón.

—¡Dímelo! —casi gritó—. ¡Dime qué ocurrió!

Se puso de pie y, sin mirarla, fue hasta el mueble bar.

—Sheldon y Aziz arruinaron a mi familia y provocaron su muerte, ¿no es bastante?

—¿Cómo? —se puso en pie—. ¿Cómo lo hicieron?

Marcos se sirvió un poco de bourbon.

—No quiero hablar de ello.

—Sí, quieres —dijo ella—. Creo que estás cansado de no hablar de ello. No hablar te está matando.

Con el vaso en alto, soltó una sonora carcajada.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Arruinaron el negocio de tus padres. Eso lo he entendido. Pero ¿cómo provocaron sus muertes? —cruzó los brazos—. Has estado planeando la venganza tanto tiempo que creo que deberías poder dar más detalles del crimen.

Se acercó más a ella. Dio un trago rápido al bourbon y dejó el vaso en la mesa. Cuando lo miró, en su rostro no quedaba ni rastro del gesto de sorna.

—Tamsin, deja que me vaya —dijo con tranquilidad—. Es mejor para mí enfrentarme a Aziz que preguntarme toda la vida si está detrás de nosotros esperando la oportunidad para golpear. Me ocuparé de él, así tú no tendrás que preocuparte de nada —le acarició suavemente el pelo—. Lo necesito. Necesito saber que estás a salvo y feliz.

—¡No te atrevas a decir que haces esto por mí! —sintió que la ira la invadía—. ¿De verdad crees que arruinar a Aziz y mandar a la cárcel a Sheldon va a hacer que te sientas mejor?

Marcos dio un golpe en la mesa con la palma de la mano.

—¡Sí! —explotó—. ¡Maldita sea! Tengo que hacerlo.

Su rabia la dejó petrificada, pero no se arredró. Lo miró intensamente a los ojos.

—Sólo dime. Dime cómo murió tu familia.

—Madre de Dios, no abandonas nunca.

—Exacto —«no cuando se trata de tu amor», pensó—. Así tendrás que contármelo.

—¿Si lo hago te marcharás de Madrid de inmediato? ¿Ni una discusión más? ¿Ni un intento más de salvar mi alma?

Tamsin se quedó un instante en silencio con los labios apretados.

—Quiero que me des tu palabra —exigió él.

«No», pensó ella, «No, no y no».

—Sí —dijo finalmente con un hilo de voz.

Marcos se dejó caer pesadamente en la silla mirando por el ventanal, se frotó la frente con las manos.

—Tenía doce años. Estábamos de vacaciones en Inglaterra. Yo sabía que mi padre estaba pasando por algunas dificultades en el trabajo, pero estábamos seguros de que ganaría el caso. ¿Cómo no iba a ganarlo? La justicia estaba de nuestro lado —cerró los ojos—. Pero perdimos la patente, una patente que había llevado años de investigación y desarrollo. La empresa de mí padre, su fortuna, el trabajo de toda su vida desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

—Y eso fue culpa de mi hermano —le ardían las mejillas por la vergüenza. Le apoyó las manos en los hombros desde detrás de la silla—. Lo siento mucho.

Marcos siguió hablando mirando por la ventana como si ella no hubiese dicho nada.

—Esa noche, mi padre pasó de ser un gigante a ser una sombra andante. Mi madre no dejaba de llorar. Mi hermano tenía sólo nueve años y no entendía nada. Nadie lo entendía. Yo era el hijo mayor. Alguien había hecho daño a mi familia, tenía que hacérselo pagar —se frotó la frente de nuevo.

—¿Qué hiciste? —preguntó Tamsin con suavidad.

—Me escapé —la miró con una sonrisa irónica—. Había estado ahorrando dinero para comprar a Diego una cometa nueva para su cumpleaños, así que pensé que tendría dinero suficiente para volar a Madrid. Iba a encontrar a esos hombres y obligarles a que nos devolvieran todo.

Realmente llevaba veinte años preparando la venganza, pensó Tamsin. Dos tercios de su vida.

—Hice dedo hasta el aeropuerto de Heathrow —continuó—. Mis padres adivinaron adonde iba y me siguieron en un coche de alquiler. Era una noche lluviosa, muy oscura y se salieron de una curva de la M25. Chocaron contra un camión de transporte especial y las ruedas los aplastaron. Mis padres murieron en el acto. Mi hermano vivió una hora. Al menos eso fue lo que me contaron. Yo no estaba allí cuando murieron. Estaba en el aeropuerto, tratando de comprar un billete a Madrid con doce libras.

—Oh, Marcos —lloraba mientras le agarró las manos.

La línea de la mandíbula de Marcos empezaba a oscurecerse por la barba. La expresión de sus torturados ojos la dejó helada.

—Me echas a mí la culpa de su muerte —dijo con voz ronca.

—¡No! —lo besó en las manos con desesperación—. No fue culpa tuya, Marcos. Eras sólo un muchacho. Era imposible que supieras…

—¡No mientas! —se puso de pie bruscamente—. Me echas la culpa, puedo verlo en tus ojos.

—No te echo la culpa —se cubrió la boca con las manos y respiró con fuerza—. Oh, Dios mío. No me sorprende que estés tan enfadado —dijo con suavidad—. Durante veinte años has estado soñando con vengarte de mi hermano y de Aziz, pero no es verdad. No es eso lo que quieres. Lo que realmente quieres es castigarte a ti mismo.

Por un momento pareció que se iba a acercar a ella, pero luego su gesto se endureció.

—Deja de tratar de salvarme. Déjame en paz para que pueda hacer lo que debo.

—Marcos, por favor. No fue culpa tuya. Tienes que saber eso. Te amo…

—Quédate con tu amor, Tamsin —dijo brusco—. No me lo merezco, no lo quiero.

—¡Marcos! —trató de acercarse a él, pero no se lo permitió. Abrió la puerta del despacho y la miró con los ojos muertos.

—No más retrasos. Ni una excusa más. Espero ahora cumplas tu palabra —se volvió para hablar con su asistente—. Amelita, la señorita Winter se marcha de Madrid, por favor arregle lo del vuelo.

—Sí, señor.

Se volvió a Tamsin:

—En el futuro, si hay algo que necesites, dinero ayuda o cualquier cosa… o si hay un niño, deberás ponerte en contacto con mis abogados inmediatamente. Prométemelo.

—No dejes…

—Prométemelo —exigió él.

—Te lo prometo —las lágrimas le corrían por las mejillas—. Por favor, Marcos. Háblame, quédate conmigo.

Tiene que haber otra forma…

—No hay nada más de qué hablar. Tu futuro está en Londres y mis pasos se dirigen a Marruecos —parpadeando con fuerza, se dio la vuelta—. Adiós, Tamsin.

El hogar del jeque Mohamed ibn Batuta al—Maghrib era una impresionante fortaleza de tres alturas con torres almenadas situada al lado del río Tata. Estaba rodeada por una villa fortificada. Se

encontraba al este de Agadir, junto a un oasis del desierto cerca del Anti Atlas.

Entornando los ojos para poder ver a través de la celosía que cubría la ventana, Tamsin observó la puesta del sol sobre las montañas. Cruzó los brazos para evitar temblar. Después de todo lo que le había pasado, se encontraba entumecida, insensible.

Había perdido al amor de su vida.

Y una hora después había descubierto que no estaba embarazada.

Le parecía extraño haber estado aterrorizada por llevar en su interior al hijo de Marcos. En ese momento, se lamentaba por la pérdida de un sueño. Se imaginaba con un bebé entre sus brazos, un bebé con el pelo negro y la mirada seria de su padre.

Que no hubiera niño significaba que no había esperanza. No había ninguna razón para que volviera a ver a Marcos.

Tamsin sabía que era joven y que no estaba preparada para ser madre. Hubiera sido un inconveniente además de difícil, pero también podría haber sido maravilloso y sentía la pérdida como si siempre hubiera querido un hijo de Marcos.

¿Qué era lo siguiente? ¿Perdería también la empresa de su familia?

—El jeque la recibirá ahora —dijo con un fuerte acento su ayudante de campo.

—Gracias.

El anciano hizo un gesto de desaprobación con los labios. Mantuvo la puerta abierta pero a distancia, como si tuviera miedo de estar cerca de una mujer lo bastante perturbada como para viajar ella sola hasta la aislada tierra de los al—Maghrib, conocida en todo Marruecos no sólo por sus campos de argán, sino por su producción de dagas y otras armas.

Además era un mundo de hombres. Sheldon se había ofrecido para acompañarla, pero ella lo había rechazado. Estaba muy ocupado con la disolución de su matrimonio. Y ya la había ayudado más de lo que se imaginaba diciéndole por qué Camila tenía tanta prisa por divorciarse.

Tamsin había querido ir hasta allí sola. Demostrar que podía. Mostrar que era lo bastante fuerte como para tener éxito en un mundo de hombres.

Para demostrarse a sí misma que podía seguir adelante con el corazón hecho pedazos.

Siguió al ayudante por un pasillo y llegó hasta una sala de recepciones arrastrando la túnica por el suelo. Un velo le cubría el

pelo por respeto al hombre que ib a ver, pero entró con la espalda derecha y la cabeza alta.

Cruzó la gruesa alfombra. El techo estaba decorado con volutas y motivos entrelazados. La sala estaba llena de elegantes muebles. El jeque estaba sentado en el centro de un sofá de seda fumando una pipa de agua. Delante de él había una mesa baja y a su lado un sirviente de pie en silencio.

La miró pero no se levantó.

—Ah, la prometida de mi sobrino que escapó —dijo en un perfecto inglés recorriéndola con la mirada—. Tengo curiosidad por saber por qué quiere verme. Siéntese, por favor.

Se sentó en la silla que le había señalado. En el vuelo desde Madrid, había estado ensayando frases para ser agradable y engatusarlo, pero estaba demasiado nerviosa para evitar ser directa.

—Gracias. Iré directa al grano.

El jeque asintió.

—Mi hermano ha decidido retirarse de Winter International, así que yo voy a hacerme cargo de la empresa. He venido a preguntarle si mantendrá el acuerdo al que llegó con Sheldon y nos venderá la cosecha de aceite de argán de este año a crédito y sin intereses.

—¿Y por qué debería hacerlo, señorita? ¿Ha vuelto a Marruecos a casarse con mi sobrino?

—No.

El jeque se encogió de hombros ostensiblemente.

—El acuerdo incluía una novia.

—Y mi familia ya le ha proporcionado una —el corazón le latía desbocado por su propia audacia, lo miró a los ojos—. Esta mañana, la esposa de mi hermano, Camila, ha dejado a Sheldon para vivir con su sobrino. Y entiendo, por la llamada de mi hermano, que llevan viéndose en secreto desde hace meses. Le ha pedido el divorcio hace sólo unas horas, con la ayuda de los abogados de usted, creo. Le ha dicho a Sheldon que tiene la intención de casarse con Aziz, lo que creo que usted ya sabe.

—Es usted muy rápida —dijo con una sonrisa.

—Gracias.

—¿Está usted segura de que no cambiará de opinión y se casará con mi sobrino? ¿Parece bastante mejor novia que la que ha elegido él?

—Creo que eso ni se plantea —alzó un hombro.

—Sé que hay rumores de que mató a su primera esposa, pero es mentira. Murió en un accidente. Yo lo vi. ¿Eso no la convence?

Tamsin negó con la cabeza.

—Pero me alegro de saberlo, por Camila.

—No se alegre por ella —dijo con una sonrisa irónica—. Mi sobrino no es un asesino, pero no es un ejemplo de virtud. Le dará una vida dura. Sospecho que está más enamorada de mi riqueza que de él y, dado que ella no tiene conexiones sociales y es incapaz de darle un heredero, puedo suponer que un voraz apetito por… otros objetivos, es lo que los une. Una pareja de lo menos prometedor, pero —se encogió de hombros—, ¿quién soy yo para interponerme en el camino del amor? Tiene razón, joven, su familia me ha proporcionado una novia para mi sobrino, así que estoy obligado a cumplir mi palabra.

Chasqueó los dedos. Su criado le llevó un libro y un bolígrafo que colocó en la mesa. Menos de cinco minutos después, Tamsin salía de la fortaleza asombrada. Tenía lo que quería.

Entonces alzó la mirada.

No, no todo lo que quería. El corazón se le paro cuando vio a Marcos bajar de una polvorienta camioneta aparcada al lado del *wadi*. Llevaba una mochila y tras cerrar la puerta de un portazo, se dirigió a la fortaleza.

Entonces la vio. Se paró tan bruscamente que sus botas levantaron una nube de polvo y la miró como si fuera un fantasma.

—Tamsin —se pasó la lengua por los labios—. ¿Qué haces aquí?

—Marcos —susurró ella sintiendo que le temblaba todo el cuerpo.

Se había pasado todo el día llorando mientras viajaba hasta allí, diciéndose que tenía que olvidarlo, tratando de recordar cada cosa horrible que le había hecho y dicho.

Al verlo en ese momento, empezó a retroceder. Deseó tomarlo entre sus brazos, besarlo y decirle que lo amaba. Rogarle que abandonara sus deseos de venganza y que la amara a ella.

Pero Marcos tenía un gesto duro en el rostro.

—Si has venido a tratar de detenerme en mi propósito de conseguir que se haga justicia con Aziz, pierdes el tiempo. No permitiré que viva sin castigo mientras mi familia está muerta. Tiene que pagar.

Fue como una bofetada en la cara. ¿Rogarle que la amara para que pudiera volverla a rechazar? No.

—No te preocupes —se puso muy derecha y se clavó las uñas en la palma de la mano—. No estoy aquí por ti. He venido a ver al jeque por el aceite de argán.

—¿Aceite? —la miró como si hablara en chino—. ¿De qué estás hablando?

—Un acuerdo de negocios. Ya te lo dije, voy a tratar de salvar Winter International —le dedicó una sonrisa forzada—. Y de momento voy muy bien. El jeque ha accedido a venderme a crédito la cosecha entera.

—Pero ¿cómo has llegado aquí? Le dije a Amelita que…

—Le dijiste que me reservara un billete en el primer vuelo que saliera de Madrid y así lo hizo —alzó una mano—. Esta es sólo una escala. Apenas he pasado por Agadir de camino a Londres. Por cierto, pretendo pagarte los derechos sobre la fórmula de tu padre en cuanto consiga estabilizar la compañía. Te pagaré con intereses hasta la última libra.

—Pero no tienes por qué hacerlo —dijo impresionado.

—Es una obligación de mi familia, lo que supone que ahora es mía. Si sigues queriendo destruirnos, no hay nada que pueda hacer para evitarlo, lo mismo que no puedo evitar que te sigas ahogando en tu propio odio.

Tensó la mandíbula y se recolocó la mochila en el hombro.

—Ibas a tirar tu vida por la ventana para salvar la de tu hermana. ¿Qué diferencia hay entre eso y lo que yo estoy forzado a hacer?

—¿De verdad no ves la diferencia? —dijo incrédula.

—No. Ambos queremos proteger a la gente que queremos.

—Tú no los estás protegiendo. Los estás vengando. Tu familia nunca hubiera querido que vivieras así. Habrían querido que olvidases y tuvieras tu propia vida. No que te castigaras a ti mismo durante veinte años. Lo que has elegido: mirando siempre hacia atrás, siempre amargado y vengativo… Es vivir como muerto, Marcos.

—Después de lo que Aziz estuvo a punto de hacerte, de lo que le hizo a su primera esposa, ¿no crees que merece sufrir?

—Tú eres quien merece dejar de sufrir —cortó—. ¿Por qué no eres capaz de verlo?

—Tamsin…

—Y, por cierto, Aziz no es un asesino, sólo un ladrón. El jeque me ha dicho que no mató a su esposa él presenció el accidente. Así que si quieres castigarlo por robar la fórmula, tendrás luego que ir por mí, dado que es mi empresa la que se ha beneficiado del robo.

—Nunca te haré daño, Tamsin. Jamás. Podrías ser la madre de mi hijo.

—No —parpadeó con fuerza para contener las lágrimas—. No estoy embarazada, lo acabo de descubrir. Así que eso es algo de lo que no tienes que preocuparte. Tampoco tienes que preocuparte por

mí. No volveré a darte problemas.

Se dio la vuelta en dirección al utilitario que había alquilado que estaba aparcado allí al lado.

—¿De verdad no estás embarazada? —preguntó él—. ¿Me estás diciendo la verdad?

Se dio la vuelta a mirarlo. El rostro de Marcos estaba semioculto por las sombras del atardecer.

—Sí —dijo tranquila—. Es la verdad.

Marcos apretó la mandíbula y se pasó la mano por la frente.

—Adiós, Marcos —se dio la vuelta.

—Tamsin, espera —la agarró de un brazo.

Sintió que su tacto en el brazo le recorría todo el cuerpo. No lo miró. Tenía miedo de que si lo hacía, se agarraría de él y ya no lo soltaría.

—¿Qué quieres?

Marcos se quedó en silencio, pero al final habló:

—Yo… yo no quiero perderte.

Respiró hondo y se volvió a mirarlo. ¿Sería posible que hubiera cambiado de opinión? ¿Que se hubiera dado cuenta de la futilidad de la venganza y quisiera realmente vivir la vida, una vida de perdón y felicidad?

Marcos se pasó la mano por el pelo y se humedeció los labios.

—Mira, quédate conmigo. Después de que negocie con Aziz, podemos hablar. Llegar a un término medio. A lo mejor tu hermana y tú podríais venir a vivir a Madrid. Podríamos estar juntos. Podríamos… salir.

Tamsin sintió que el corazón, henchido con las primeras palabras, se le caía a los pies. Le había dicho que lo amaba. Marcos no le ofrecía un compromiso, seguía tan obsesionado con lo que había ocurrido hacía veinte años que ni siquiera estaba dispuesto a viajar a Londres. Seguía pensando en la venganza y no iba a cambiar.

Y quería que arrastrara a su hermana por media Europa y abandonara su empresa para salir con él en Madrid.

Tamsin tragó saliva. Negó con la cabeza incapaz de hablar.

El momentáneo brillo en los ojos de Marcos, se apagó. Se protegió los ojos del sol y miró al infinito con la mandíbula apretada.

—Entonces, supongo que esto es un adiós —dijo finalmente—. Disfruta de la vida, Tamsin.

Tamsin luchó contra el deseo de arrojarse a sus pies y rogarle que viviera la vida, que la amara. Se dio la vuelta para que no

pudiera verla llorar.

—Disfruta de la muerte —dijo estrangulada.

Casi corrió hasta el coche y después condujo montañas abajo todo lo deprisa que pudo. No miró atrás y no se permitió ni un gemido hasta que la kasbah de Oukenzate fue sólo un recuerdo.

Marcos la miró alejarse hasta que su coche no fue más que una nube de polvo entre las montañas.

«Mejor así», se dijo a sí mismo mientras se dirigía a la fortaleza. Él no era bueno para ella. Para nadie Sólo conseguía arruinar la vida de las personas a las que amaba.

Pero cuando entró en la sala de recepciones todo el cuerpo le dolía como si acabase de perder una pelea. Saludó al jeque con unas respetuosas palabras en árabe.

El jeque le devolvió el saludo con una cortesía formal.

—Confío en que traiga las pruebas —dijo en inglés.

—Como prometí.

—El consejo de ancianos escuchará sus cargos. Mi sobrino merece tener la oportunidad de defenderse.

—¿Va a juzgarlo? —frunció el ceño—. Pensaba que mis pruebas eran sólo para usted.

El jeque inclinó la cabeza y miró a Marcos.

—Los cargos que usted ha presentado se castigan con la muerte. Según nuestra ley, mi sobrino no puede ser sentenciado sin el acuerdo del consejo.

¿A muerte? Marcos estaba conmocionado.

—Pensaba que el castigo sería el destierro.

—Por ladrón, pero usted también lo ha acusado de asesinato. Y la ley del desierto es ojo por ojo —el jeque hizo un gesto al sirviente —. Llévalo fuera.

Confuso, Marcos siguió al sirviente hasta el patio. Había montada una tarima en uno de los extremos y ardientes antorchas iluminaban la fría noche del desierto. Una audiencia compuesta exclusivamente por hombres se sentaba en unos bancos alrededor de la tarima y de dos sillas vacías.

El sirviente le indicó con un gesto una de las sillas vacías y se alejó. Consciente de los muchos ojos que lo observaban, Marcos se sentó. Alzó la vista y vio a Aziz mirándolo desde una ventana del segundo piso.

—Espero que no le importe, viejo amigo, que me quede a ver esto.

Se dio la vuelta y vio a Sheldon Winter sentado en un banco justo en frente de él.

—¿Qué hace aquí?

—Vine para asegurarme de que mi hermana no necesitaba mi ayuda —se encogió de hombros—, pero ahora que ya se ha ido, he decidido quedarme para ver cómo recibe su merecido ese canalla ladrón de esposas —moviendo la cabeza con gesto de indignación, miró a Marcos—. Por poco que usted me guste, estoy de su lado. Al menos ha tenido la decencia de arruinar mi empresa, no de seducir a mi mujer.

—¿Es cierto que ha dejado la compañía? —lo miró con los ojos entornados—. ¿O también ha mentido a Tamsin en eso?

—No, puede quedarse con esa maldita empresa. Nunca he querido dirigir una marca de cosméticos, pero no tuve elección —incluso en pleno desierto, llevaba polo y pantalones de sport como si fuese a jugar al golf—. Es sorprendente lo liberador que es el fracaso. En el trabajo, en casa. No tengo nada más que temer. Ninguna otra opción que volver a empezar.

—Acérquese, Winter —le hizo un gesto con la mano.

—¿Por qué?

En cuanto estuvo lo bastante cerca, le dio un puñetazo en el rostro.

Sheldon casi se cayó. Lo miró furioso.

—¿A qué viene esto?

—Es por el hematoma que tenía Tamsin en una mejilla hace un par de semanas.

—Oh —Sheldon se frotó la mandíbula con gesto irónico—. Entonces supongo que lo merezco.

Marcos lo miró y parpadeó. ¿Ese era el hombre con quien había estado obsesionado veinte años? ¿Ese era el enemigo en quien había pensado día y noche, ese hombre de mediana edad débil, fofo y fracasado?

Volvió a mirar a la ventana vacía. Aziz era incluso peor. Violento, cruel y codicioso. Un ladrón, un mentiroso, pero no un asesino.

Tamsin tenía razón. Vengarse de Aziz no le daría la paz. Porque la persona a la que Marcos realmente quería castigar era a sí mismo. Y lo había hecho los últimos veinte años.

Respiró hondo, recordó a su familia, recordó el amor y la risa y el día que todo eso había desaparecido. Pero no era culpa de Sheldon, ni siquiera de Aziz. Había sido él quien había acabado con sus vidas cuando había empezado aquella carrera por la venganza.

Pero tenía sólo doce años. Apenas un muchacho. Y durante veinte años había pagado por ese error.

¿Sería posible dejarlo pasar? ¿Perdonarse a sí mismo por lo que había hecho?

«Perdón, mamá, papá, Diego», cerró los ojos, «perdón».

Como si fuera una respuesta, sintió una súbita paz que lo llenaba. Se abrió su corazón y dejó salir la luz.

Y súbitamente supo que Tamsin tenía razón. Tenía que poner fin a la oscuridad. Por su familia. Por ella. Por toda las personas a las que había amado.

En ese momento, se escuchó un murmullo entre la multitud. El jeque y cinco ancianos cruzaron la tarima. El jeque pronunció unas sonoras palabras en árabe exigiendo que su sobrino saliera para afrontar los cargos.

Aziz, lentamente, apareció y se sentó en la otra silla mirando a Marcos con ojos de odio. Marcos no tuvo ninguna duda de que ese hombre lo hubiera despedazado, pero ¿por qué le daba igual? Marcos pensó que al acusarlo de asesinato, había mentido…

—Escucharemos las pruebas —dijo el jeque.

No, pensó Marcos. Tenía que poner fin a aquello inmediatamente. Subirse en el coche y volver a Agadir antes de que el avión de Tamsin saliera para Londres. Tenía que decirle que la amaba y abrazarla.

Su amor era como una vela en la ventana que lo guiaba hasta casa después de una larga y fría noche.

—Espere —dijo Marcos en árabe mientras se ponía de pie—. Detenga el juicio —mirando a Aziz, respiró hondo—. Me equivocaba.

Tamsin respiró hondo en la privacidad del aseo de ejecutivas. El cuartel general de Winter International estaba en las cuatro últimas plantas de un rascacielos de la calle Old Broad y desde la ventana podía ver el Támesis, el Puente de la Torre y San Pablo. Todo el sur de Londres estaba a sus pies.

No había estado tan asustada en toda su vida.

En dos minutos iba a hablar a los miembros del consejo. No sólo tenía que convencerlos de que mantuvieran la empresa completa, sino de que confiaran las riendas a una mujer de veintitrés años conocida por la ropa que se ponía y los hombres con quienes había salido.

Más de uno de los miembros del consejo ya lo había señalado: con acuerdo sobre el aceite de argán o no, lo que querían hacer era vender la compañía para tratar de recuperar algo de la inversión

perdida. Y dado que la familia Winter sólo tenía el cuarenta por ciento del capital, su única opción era convencerlos de que podía hacer que Winter International volviera a dar beneficios.

Si le daban la oportunidad, sabía que podría hacerlo. El liderazgo de Sheldon había hundido la imagen de la empresa. ¿Qué sabía él de mujeres? Nadie tenía tiempo ya para dedicar dos horas al día a maquillarse.

Tamsin sabía que las mujeres modernas tenían cosas que hacer y sitios a los que ir. Propondría Una nueva línea menos cara para veinteañeras y una más exclusiva para mujeres de más edad que tenían más recursos y querían parecer sofisticadas. También había pensado en un nuevo paquete para madres jóvenes: la antiedad de la marca, un reparador para bajo los ojos y un lápiz de labios indeleble para poder besar a los novios.

Conseguiría evitar la división de la compañía y hacerla rentable de nuevo, mantener los empleos manteniendo su propio salario bajo, lo justo para mantenerse a ella y a su hermana en un piso pequeño. Estaba dispuesta trabajar veinticuatro horas al día siete días a la semana: por la mañana en la oficina y por la noche asistiendo a fiestas para promocionar los productos.

No tendría puesto en ello el corazón porque se había dejado en algún lugar entre España y Marrueco pero había aprendido que se podía vivir con el corazón roto.

Por fortuna, su aspecto en el espejo no mostraba sus sentimientos. Parecía tranquila, incluso a la moda, con un traje amarillo pálido y unos zapatos de cocodrilo. El pelo recogido en un moño.

Quizá después de dos noches sin dormir, su piel estaba más pálida de lo habitual. Había pasado tanto tiempo desde que había dejado a Marcos en Marruecos. Dos días en los que había perdido sus sueños, su esperanza, su amor.

Desde su vuelta, había ocultado su dolor y su angustia a su hermana que seguía con Holland hasta que Tamsin se mudara de su piso en Knightsbridge a otro que se pudiera permitir. Los últimos dos días había tratado de concentrarse en el trabajo para asegurarse de que su presentación de ese día fuera impecable. Pero al mirarse en el espejo, le invadió la preocupación.

¿Habría seguido Marcos adelante con la venganza? ¿Les quedaría alguna oportunidad?

Se preguntaba constantemente si habría cometido un error. ¿Debería haber aceptado su oferta de quedarse y hablar?

A lo mejor no era demasiado tarde, pensó de pronto. Bianca,

siempre generosa, seguramente le dejaría su avión. Podía ir a ver a Marcos y ofrecerle mudarse a Madrid, cualquier cosa que quisiera, sólo con que le dejara ser parte de su vida…

No. Se miró en el espejo. Una vida basada en la venganza no era vida. Había hecho lo correcto.

¿Entonces por qué se sentía tan mal?

La secretaria de Sheldon llamó a la puerta.

—La están esperando, señora.

Aún pérdida en sus pensamientos, estuvo a punto de decirle que cancelara la reunión. Apretó la mandíbula. Tenía que pensar en los trabajadores de la empresa, gente con familias. Tenía que hacerlo por ellos, por su hermana, por ella misma.

Podía hacerlo.

Cuadró los hombros, salió del aseo y recorrió el pasillo para enfrentarse al pelotón de fusilamiento con sólo una presentación en el ordenador y un traje de Chloé para protegerla.

Marcos observó a Tamsin mientras bajaba las escaleras del alto edificio.

Con un impermeable se dirigió a grandes zancadas hacia un taxi negro. Parecía distinta de cuando la había secuestrado. Se había hecho una mujer fuerte, con confianza, capaz de luchar por lo que quería.

A lo mejor ya no lo quería a él, pensó de pronto. La ciudad estaba llena de hombres mejores, pero ninguno la amaría como él. Pasaría el resto de su vida haciendo lo que fuera necesario para que ella fuera feliz. Se lo demostraría. Sólo necesitaba que le diera una oportunidad. Nunca se arrepentiría.

—Avanza un poco —ordenó a Reyes.

La limusina negra se movió suavemente y se detuvo. Marcos abrió la puerta. Ella miró el coche sorprendida como si estuviera bloqueando la calle. Entonces lo vio a él y abrió los ojos de par en par.

Marcos salió del coche.

—No pude hacerlo —dijo poniéndose una mano en el corazón—. He sido un imbécil…

Con un grito, lo rodeó con los brazos. Marcos sintió las lágrimas en sus mejillas que se mezclaban con la lluvia.

—Tenía miedo de perderte —susurró ella besándole una y otra vez—. Tenía tanto miedo.

—¿Tú? ¿Miedo? Jamás —la abrazó—. Lo siento, querida. Tenías razón. Estaba tratando de castigarme a mí mismo. Pero no pude seguir adelante una vez que me di Cuenta de que te amaba…

—¿Qué? —jadeó ella separándose.

La miró a los ojos. La lluvia caía con más fuerza pegándole el pelo rojo a la cabeza y haciendo que se le corriera el maquillaje, pero a él le pareció más un ángel que nunca.

—Te amo, Tamsin.

—Marcos….

La besó y la metió rápidamente en el coche.

—Vamos. Tienes que tener ganas de cenar. ¿Adónde te llevo?

Parecía aturdida en el calor y la comodidad del asiento trasero.

—¿Qué ha pasado? Han sido dos días. Dos días.

—Lo siento, no he podido venir antes —sacudió la cabeza—. Hubiera llamado, pero… tenía miedo de que me dijeras que no viniera.

—¿Lo he oído bien? ¿De verdad has dejado ir a Aziz?

—Sí —dijo sencillamente.

Aunque las cosas no habían ido como él pensaba.

Había retirado sus acusaciones contra Aziz, pero Sheldon se había puesto de pie de un salto y lo había acusado él de robo. El jeque había desheredado a su sobrino y lo había desterrado. Por lo que había oído, Aziz trabajaba en una gasolinera y Camila lavaba perros en El Cairo.

Los ojos de Tamsin se llenaron de lágrimas y Marcos pensó que algo iba mal. ¿Por qué lloraba? No era ésa la reacción que esperaba. ¿Ya era demasiado tarde?

—¿Dónde vamos a cenar esta noche? —preguntó Marcos con falso ánimo—. ¿Al Nobu, al Ivy? He oído que los dos son muy buenos.

—Creo que vamos a hacer un cambio —respondió ella cambiando las lágrimas por una sonrisa—. Estás hablando con la nueva directora general de Winter International.

—¡Tamsin!

—No muy bien pagada, me temo, dado que la empresa tiene un montón de deudas y hay que hacer algunos ajustes para volver a ser rentables, pero por ti, estoy dispuesta a hacer el dispendio de invitarte a curry.

Se acercó a él y lo besó. El calor de ese beso recorrió el cuerpo de Marcos y en ese momento supo que las cosas podían ir bien.

—Lo he estado deseando todo el día —dijo ella.

—¿El curry o el beso?

—Ambos —dijo con una sonrisa descarada.

—Vivo para satisfacer tus deseos —la abrazó, pero ella se separó y lo miró con el ceño fruncido.

—Pero Marcos, ¿qué estás haciendo aquí?

—Besarte —volvió a abrazarla—, así que, si no te importa…

—Estás en Londres —insistió ella—. Dijiste que nunca volverías a Londres. Hiciste una promesa…

—Eso es el pasado. Y, como he aprendido, algunas promesas es mejor incumplirlas —le acarició la mejilla y la miró a los ojos—. Y otras duran toda la vida. Tú eres mi futuro, Tamsin. Me salvaste de una vida oscura. Podemos vivir en Londres, Madrid, Katmandú… donde tú quieras, porque tú eres mi hogar —parpadeando el con fuerza, la miró—. Un día sin ti es como veinte años de noche.

Tamsin enjugó la única lágrima que se le había escapado a pesar de sus esfuerzos.

—Marcos —susurró mirándolo con los ojos llenos de amor.

Esa vez, cuando la besó, le devolvió el beso. En unos instantes se estaban quitando la ropa.

Y Reyes, mientras se alejaba del la acera, subió la pantalla opaca dejándolos en su sol en medio de la tormenta.

Fin